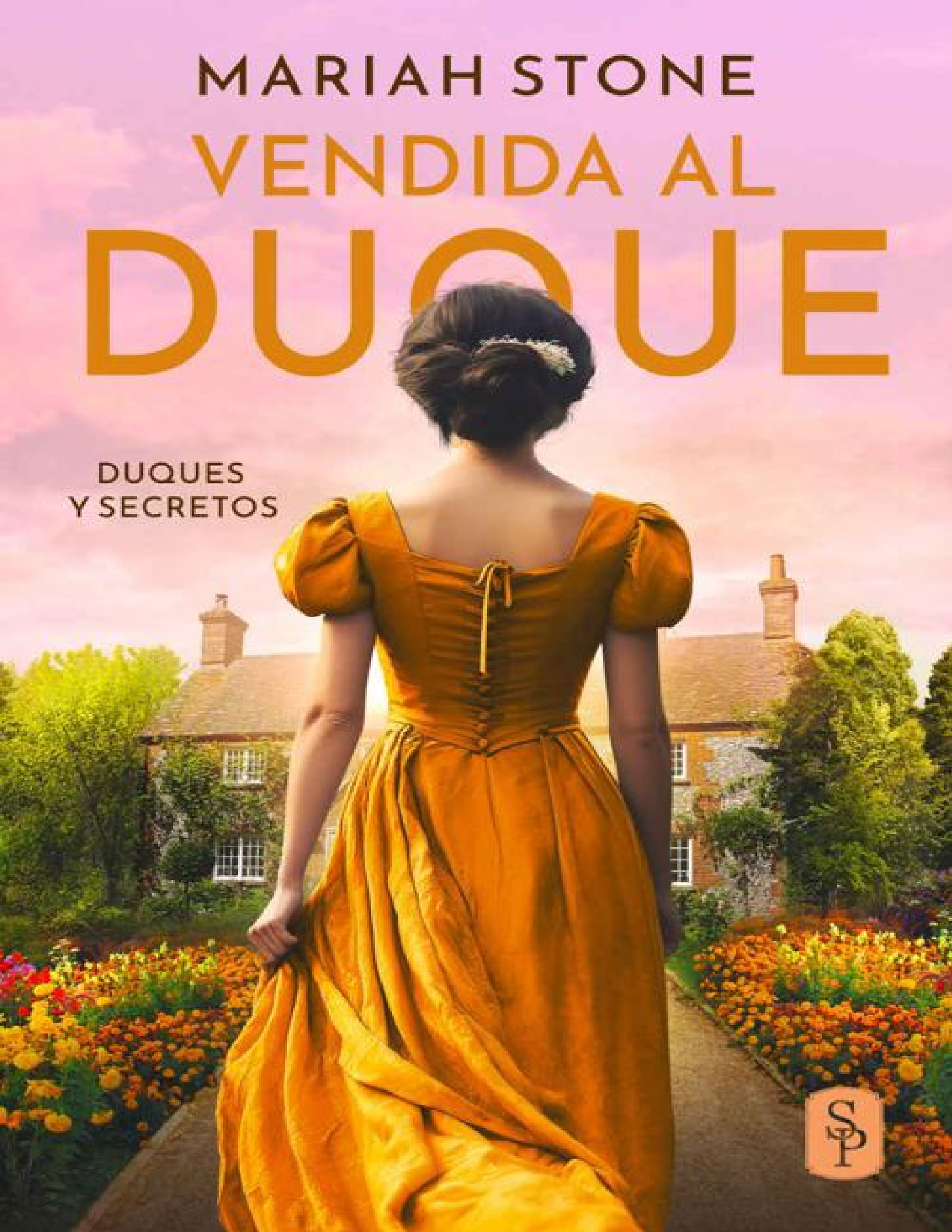
MARIAH STONE

VENDIDA AL DUQUE

DUQUES
Y SECRETOS



VENDIDA AL DUQUE

DUQUES Y SECRETOS

LIBRO CERO

MARIAH STONE

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *When the Duke Bought A Wife* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

En Inglés

CALLED BY A VIKING SERIES (TIME TRAVEL):

Viking's Temptation (prequel)—grab for free!

Viking's Desire

Viking's Claim

Viking's Bride

Viking's Love

Viking's Captive

FATED (URBAN FANTASY):

Age of Wolves

Age of Ice

Age of Fire

A CHRISTMAS REGENCY ROMANCE:

Her Christmas Prince

1

AGOSTO de 1813

—Esta noche iré a tu cama.

La voz del baronet sonó dura, dominante y seria, y Emma se estrujó las manos dobladas con tanta fuerza que le dolieron los nudillos.

La firme determinación endureció el rostro hinchado de su esposo, *sir* Jasper Bardsley, en las penumbras del carruaje, y la luz clara del cálido día no llegó a iluminarle los rasgos. El suelo del vehículo desgastado se sacudió y se hundió bajo sus pies antes de volver a emerger de manera abrupta y hacer que a Emma le diera un vuelco el estómago y sufriera un ataque de náuseas. El tapizado del cielorraso estaba desgarrado y colgaba, la lana de oveja sobresalía de los agujeros que había en los asientos y la pintura marrón de la puerta estaba saltada.

—No me siento bien —le informó.

Era cierto. De solo pensar en que su marido, con quien se había casado hacía menos de un año, la tocara de manera íntima o de la manera que fuera, le daban náuseas.

—A ver si adivino. —Se cruzó de brazos sobre el estómago redondeado y estiró las piernas delgadas cubiertas con los pantalones de piel de ante hasta que las botas de montar de última moda tocaron el asiento opuesto en el que ella estaba sentada—. ¿Estás en tus días?

Emma inhaló profundo. La preocupación hacía que el pecho le subiera y bajara rápido. ¿Cuándo había utilizado esa excusa por última vez? ¿Habría pasado un mes ya?

—Pues, sí —dijo.

Las botas cayeron al suelo con un golpe seco, y el baronet se inclinó hacia adelante y se apoyó los codos sobre las rodillas. Tenía una expresión amenazadora.

—Querida, me has dicho lo mismo hace dos semanas.

La había atrapado. Los dos sabían que las excusas para mantenerlo alejado de su cama en el transcurso de los últimos seis meses solo habían sido eso… excusas.

Desde que era niña, la hija mayor de un caballero pobre pero perfectamente respetable, había soñado con un matrimonio feliz. No necesitaba a un hombre adinerado ni a un hombre con título. Lo único que quería era una casa llena de niños y un marido que la amara y la respetara. En lugar de ello, acabó casándose con *sir* Jasper Bardsley.

—Necesito un heredero, Emma —le dijo—. Y debes darme uno. Es tu deber de esposa. Y, hasta el momento, no has sido una buena esposa. Me desobedeces, me faltas el respeto y me desafías. Durante toda la semana que pasamos en la mansión de Cross Manor, no me prestaste atención ni siquiera un instante, pero estabas feliz de hablar con todas las personas presentes en

la casa de *sir* Lionell.

Emma sintió toda la frustración en la boca del estómago. Las paredes del carruaje parecieron encogerse a su alrededor, y el espacio se volvió diminuto como una celda de prisión sin salida. Se le estrechó el pecho, y tuvo que luchar para respirar.

Como necesitaba aire y un momento para recomponerse, miró hacia afuera de la ventanilla. Estaban pasando por delante de una pequeña aldea llamada Clovham y en la que había un mercado en la plaza principal. Estaban vendiendo vacas, cabras, caballos, gallinas, gansos e incluso perros. Además, había varios puestos abundantes con verduras y otros productos.

Dentro de otras cuatro horas, estaría de regreso en la prisión de su vida doméstica en la mansión de Bardsley y podría darse un baño para quitarse el polvo del camino, así como también la humillación que había vivido durante toda la semana que habían pasado en la fiesta en Cross Manor.

—Usted tampoco es un gran marido, *sir* Jasper —le refutó sin mirarlo.

Él soltó un bufido.

—Eso no es justo. Te lo doy todo. Tienes una buena casa, un ingreso decente y me la paso insistiendo en que renueves tu guardarropa siguiendo la última moda londinense.

Emma lo fulminó con la mirada y sintió que el pecho se le hinchaba y apenas podía contener el enfado. Por supuesto que se negaba a renovar su guardarropa. *Sir* Jasper estaba feliz de gastar dinero en prendas de forma frívola mientras la propiedad se caía a pedazos por la falta de fondos. Se aferró al borde tapizado del asiento y clavó las uñas en la tela deshilachada.

—Eso es solo porque quiere exhibir mis senos delante de todo el mundo.

—¿Y por qué no? *Lady* Kinlea lo hace, y tú tienes unos senos tan bonitos como los de ella.

Emma se sonrojó con el comentario. Nunca antes en la vida se había sentido más pequeña o insignificante.

Tenía muchas cosas que decir acerca de *lady* Kinlea, una dama hermosa que era miembro elegante de la sociedad londinense y tenía tres hijos que Emma adoraba. *Lady* Kinlea no dejaba de coquetear con *sir* Jasper, tanto delante de su marido como de ella. No tenía ni idea de por qué la dama querría recibir la atención de *sir* Jasper.

—Sí, *lady* Kinlea —le dijo—. Las mujeres se cuentan cosas entre sí que no les dicen a los hombres. Te pedí que te hicieras amiga de ella y descubrieras los últimos chismes de Londres para poder hacer contactos útiles e invertir de manera sabia. En cambio, te la pasaste jugando con los niños. Me has avergonzado.

Emma contuvo un jadeo.

—¿Que yo lo avergoncé a usted?

Hacía tan solo tres días, había visto a *sir* Jasper y *lady* Kinlea salir de detrás de un rosal desalineados y agitados. No le sorprendía que *sir* Jasper tuviera una amante. De hecho, era probable que tuviera más de una, y eso no le generaba ningún aguijón de celos, ni mucho menos de dolor. Por el contrario, le daba alivio saber que, si estaba satisfecho en otra cama, no la molestaría a ella durante un tiempo.

Sir Jasper ignoró la pregunta. Las mejillas redondeadas y perfectas se enrojecieron de enfado, y los ojos pequeños y grises destellaron con malicia.

—¿Me dejará ir a su cama esta noche, señora? ¿Sí o no?

Que la condenaran si permitía que la tocara otra vez. Volvió a mirar hacia afuera de la ventanilla. Con rastrillos en las manos, tanto granjeros como niños trabajaban en los campos de cultivos, recolectaban heno y lo arrojaban sobre varias pilas. Los campos estaban separados por algunos arbustos y árboles esporádicos. Las ovejas y las vacas pastaban en los pastizales, y el

aroma a estiércol y césped recién cortado pendía en el aire. Mientras lo inhalaba, pensó que estaría más que feliz de renunciar a su posición y trabajar en esos campos con tal de escapar del bruto de su marido.

Se había casado con él para ayudar a su familia. La pequeña propiedad de su padre apenas producía ingresos suficientes como para llegar a fin de mes, y ninguna de las cuatro hijas tenía una dote. Cuando *sir* Jasper Bardsley expresó interés por ella en uno de los bailes del campo, a pesar de su pobreza, Emma vio cómo florecía la esperanza en los ojos de sus padres por primera vez en años. A pesar de que no era nada común, en lugar de esperar una dote, *sir* Jasper le había ofrecido a su padre los títulos de algunas propiedades, lo que les brindaría más ingresos y mejores perspectivas matrimoniales para sus hermanas.

¿Cómo podía rechazar semejante oferta, aunque eso significara renunciar a sus sueños de casarse por amor? ¿Cuándo aparecería otro caballero de renombre para hacer una oferta que conllevara un ingreso en lugar de demandar una dote?

Pero al cabo de un año, se retorcía ante la idea de que su marido la tocara, y su padre aún no había visto los títulos de las propiedades que le debía. Y ahora sabía que jamás los vería…

Su marido esperaba que se acobardara. Que se sometiera. Que le dejara dictaminar todo en su vida. Legalmente, como su esposa, era su propiedad, pero jamás permitiría que la aplastara ni le mostraría lo mucho que la lastimaban sus palabras.

Por eso, sonrió.

—Como ya le he dicho, estoy en mis días. No puede venir a mi cama esta noche.

Vio el momento preciso en que *sir* Jasper perdió los estribos. Soltó un gruñido de rabia. Tenía los dientes al descubierto y miraba fuera de la ventanilla.

—Hasta ellos se ven más felices de lo que tú me haces —señaló, y, cuando Emma le siguió la mirada, vio que se aproximaban a un chiquero en el que un porquero y su esposa conversaban mientras limpiaban el excremento del corral de los cerdos con unas palas. *Sir* Jasper continuó hablando.

—Eres una mala esposa. No puedes cumplir con tu deber de obedecer y hacer feliz a tu marido. Eres una desagradecida. Y, sin dudas, eres una frígida. ¿Por qué otro motivo rechazarías algo que tantas mujeres están felices de compartir conmigo? ¡Apuesto cien libras a que aprenderías a valorar a tu marido si intentaras llevar esa vida! —Señaló a la pareja y guardó silencio con los ojos encendidos—. De hecho, eso es lo que necesitas —añadió al cabo de unos segundos con una sonrisa rencorosa—. Una lección.

Con el bastón, golpeó la pared detrás de ella, y el carruaje se detuvo frente a la pocilga.

A Emma se le formó un nudo de nervios en el estómago.

—¿Qué quiere decir, *sir* Jasper?

Pero antes de responderle, se apeó del carruaje y luego agregó sobre el hombro:

—Ven conmigo.

Emprendió la marcha hacia el porquero y su esposa.

Con una sensación de malestar en el estómago, Emma lo siguió. Aún no tenía ningún motivo para estar alarmada. El césped se sentía suave bajo los zapatos mientras andaba, y apoyó la mano sobre el bonete cuando sopló una fuerte brisa fría que acarreó el hedor acre de los cerdos y el estiércol y que la obligó a contener una arcada.

A unos metros de distancia, había una casa modesta con paredes de piedra áspera y techo de paja. Tenía ventanas pequeñas y una puerta desgastada por el tiempo. A unos seis metros de la casa, había otra edificación de piedra con una puerta grande para los animales. Toda la granja estaba rodeada por una cerca de madera. Los gruñidos de casi cincuenta cerdos sonaban fuerte en

el aire.

Mientras se acercaba a *sir* Jasper, su marido comenzaba a hablar con la pareja. Los dos debían de tener unos cuarenta años, y los rostros curtidos y cansados estaban oscuros por la exposición al sol y tenían manchas de barro. La cofia de la mujer estaba vieja y enmendada, y el cabello despeinado y grisáceo se volaba con el viento.

—¿Cuánto quieren por las prendas? —les preguntó *sir* Jasper.

—¿Para qué necesita…? —comenzó Emma, pero *sir* Jasper la interrumpió.

—¿Dos peniques? —preguntó *sir* Jasper interrumpiéndola.

Con dos peniques podrían comprar dos pintas de leche. Esas prendas debían valer más. *Sir* Jasper era un tacaño.

—Disculpe, *milord*, ¿para qué las quiere? —le preguntó el hombre rascándose la barba despareja.

Emma se llevó la mano al cuello. *Sir* Jasper había dicho algo acerca de una lección… y ahora quería comprar prendas que apestaban a estiércol y estaban llenas de mugre.

—Es para el mercado de Clovham —le respondió *sir* Jasper—. Acabamos de pasar por allí y he visto que venden ganado. —*Sir* Jasper la miró y le ofreció una sonrisa torcida—. ¿Acaso siguen la vieja costumbre inglesa de vender a las esposas allí?

Emma sintió un escalofrío que le llegó hasta las extremidades.

—A veces —respondió el porquero entrecerrando los ojos confundido—. Los granjeros suelen hacerlo. Hace tres años, el vaquero le vendió la esposa al herrero. No era feliz con ella y la había encontrado pecando con el hombre. Pero los niños se quedaron con el vaquero.

Una mirada de triunfo llevó a *sir* Jasper a enderezar los hombros antes de volverse hacia ella.

—Excelente. *Lady* Bardsley, como no encuentra la felicidad a mi lado, quizás la encuentre al lado del herrero.

Tanto el porquero como su esposa se quedaron con la boca abierta. Emma sintió un cosquilleo en la piel y un frío que le caló hondo. Una carcajada de lo menos refinada se le escapó de la garganta.

—No habla en serio, *sir* Jasper.

—Le aseguro que sí.

Emma no apartó la mirada de los ojos pálidos de roedor y entonces vio que fingía. Vio el temor detrás del triunfo y el desprecio. En realidad, jamás la vendería. Era un baronet, no tenía categoría de par, aunque su título fuera hereditario. Y necesitaba que Emma, la hija educada de un caballero, le diera un heredero.

La amenaza era vacía. Simplemente, le quería enseñar una lección. Era un método de lo más efectivo, pensó, al tiempo que el estómago le daba un vuelco de preocupación.

—Muy bien, *sir* Jasper. En ese caso, véndame al herrero.

Sir Jasper asintió y todo se volvió una nebulosa. La mujer, que se presentó como Harriet, condujo a Emma y *sir* Jasper hacia la casa.

—¿Quiere algo limpio, *milady*? —le preguntó Harriet mientras la miraba de reojo.

—No —respondió *sir* Jasper antes que ella pudiera hacerlo—. Quiero que huela igual de repugnante que tú.

Emma se cambió dentro de la casa. Sintió la túnica interior, el vestido y el delantal cubiertos de polvo y duros contra la piel, y el olor a estiércol de cerdo se le pegó tanto que tuvo que luchar por tomar una buena bocanada de aire. Para completar el disfraz, *sir* Jasper se vistió con las prendas del porquero, que se llamaba Freddie.

Sir Jasper estaba esperándola de pie frente al caballo y la carreta de Freddie —se la había

arrendado para llegar al mercado de Clovham como un granjero que acudía con su esposa—, y cuando Emma se aproximó, se volvió hacia ella y le colocó una cuerda alrededor del cuello.

—Es la costumbre —le explicó apretando la cuerda—. Se lleva a la esposa a la venta como si fuera ganado. Te lo mereces.

La camisola le producía picor. Era demasiado corta para su altura y le dejaba los tobillos al descubierto. La cuerda le raspaba el cuello y era un sofocante recordatorio del hecho de que era propiedad de su marido. La expresión de triunfo que él tenía en el rostro hizo que se le subiera la bilis.

—Esto te mostrará el excelente marido que he sido. Prueba vivir la vida de la esposa de un porquero, *lady* Bardsley.

Sir Jasper se mostró muy satisfecho de humillarla de ese modo y se subió a la carreta para sentarse en el asiento del conductor y emprender el camino hacia Clovham. Cuando se detuvo cerca de la plaza del mercado, se bajó de la carreta de un salto y fue a buscarla. Mientras la ayudaba a descender, a la expresión de triunfo se le sumó una de entusiasmo.

Jaló de la cuerda para que lo siguiera.

—*Sir* Jasper, ¿puede detenerse de una vez? —le pidió.

Sin responderle, la jaló con más fuerza y casi la hace caer.

Caminaron entre varios puestos de manojos de hierbas, frascos de miel, mermeladas y jaleas, así como también velas, panes de jabón y cera de abeja. Otros comerciantes colocaban cajones con zanahorias, nabos, patatas, coles, pescado y carne sobre el suelo de tierra del mercado. También había vacas, ovejas y burros a la venta. El mercado estaba rodeado de varias cabañas de piedra con ventanas blancas donde varios negocios atraían a los aldeanos y a aquellos que habían acudido desde las granjas y aldeas cercanas; a través de los paneles de vidrio se veían lazos, sombreros y guantes, así como también telas, tazas y platos de porcelana y otros productos.

En la plaza se oían las voces altas de los comerciantes que llamaban a la gente, negociaban, reían y charlaban. Algunas ovejas balaban, las vacas mugían y los burros rebuznaban. Olía a estiércol, hierbas, verduras y pescado. Mientras Emma avanzaba, el estómago le dio un vuelco al sentir miradas llenas de curiosidad sobre ella. Algunas personas se apartaron para dejarla pasar con muecas de asco en el rostro. Pero eso no era de sorprender. Apestaba.

En la mitad de la plaza había una carreta vacía, y *sir* Jasper se subió a ella y jaló de su esposa a sus espaldas de modo que quedaran más elevados que todo el resto de los presentes para que todos los vieran.

Sir Jasper se volvió hacia ella y le dijo:

—Dime que me aceptarás en tu cama y todo esto acabará.

Emma enderezó la espalda. Se negaba a dejarse chantajear para tener relaciones íntimas… aunque él fuera su marido.

Como no contestó, *sir* Jasper se llenó los pulmones de aire y gritó:

—¡Vendo esposa! ¡Vendo esposa! Hagan sus ofertas. Desde un penique. ¡La pueden tener por el mismo precio de una pinta de leche!

Cuando varias decenas de miradas masculinas se posaron sobre ella, Emma se ruborizó de la vergüenza. Y luego se congeló del horror cuando una multitud de carniceros, granjeros, vaqueros, pescadores y trabajadores se reunió alrededor de la carreta para mostrar gran interés y entusiasmo.

Y entonces comenzaron a gritar sus ofertas.

2

—¡VENDO esposa! ¡Vendo esposa!

Sebastian Rockliffe, duque de Loxchester, estaba parado al lado de la taberna y bebía un sorbo del refresco que le habían servido en una copa. Él y sus amigos, dos de los hermanos Seaton, se habían detenido de camino a Londres para almorzar y beber algo. Al oír los gritos, miró alrededor del mercado atestado, pero no logró ver la extraña subasta que parecía tener lugar.

Su mejor amigo, *lord* Preston Seaton, arqueó una ceja oscura al tiempo que estiraba el cuello para ver más allá del puesto donde vendían cera para velas.

—Spencer, ¿tienes algún interés? —le preguntó a su hermano mayor, el duque de Grandhampton con una chispa de humor bailándole en los ojos negros.

El duque fulminó a Preston con la mirada. Los dos hermanos eran altos, de cabello oscuro y piel aceitunada que habían heredado de su difunta madre, una heredera española que compartía lazos sanguíneos con la familia real española. Grandhampton disfrutaba practicar boxeo y era más grande y más musculoso que Preston, que prefería la esgrima.

—Aún no he caído lo suficientemente bajo como para necesitar comprar una esposa, ¿no te parece? —repuso Grandhampton y cruzó los brazos enormes sobre el pecho—. Además, ya tengo a alguien en mente, y lo sabes muy bien.

Cualquier indicio de humor se desvaneció del rostro de Preston y se le tensó el mentón rasurado a la perfección.

—Soy muy consciente de tu interés por la señorita Beckett, y ese es el motivo exacto por el que te lo pregunté. Al menos la esposa de un granjero no será una cazafortunas.

—La señorita Beckett no es ninguna cazafortunas —refutó Grandhampton con los dientes apretados.

Sebastian estaba al tanto de la disputa que estaba teniendo lugar entre los hermanos desde hacía ya varios meses. *Lord* Richard, su hermano menor, habría encontrado el modo de calmar la acalorada discusión, pero Sebastian no tenía la capacidad de hacerlo. Tenía su propio conflicto que resolver en Londres. Al ser hijo único y el heredero al título de su padre, tenía obligaciones con las que cumplir. Su madre lo había convocado a Londres, a pesar de que todos los miembros de la sociedad aristocrática se habían marchado de la capital por el otoño y el invierno. El motivo por el que lo podría haber convocado hacía que se llenara de temor. El matrimonio.

En ese momento, los dos hermanos estaban apretando los puños y no se quitaban los ojos de encima.

—La venta de esposas es una antigua tradición inglesa —anunció Sebastian en el patético intento de interrumpir el duelo de miradas—. ¿Por qué no vamos a echar un vistazo?

—Sí —acordó Grandhampton e inspiró hondo—. Qué noción más bárbara.

Preston arqueó las cejas.

—¿Y en qué se diferencia a lo que hacemos los aristócratas? El precio es el nombre y la riqueza de un caballero. El mayor postor gana.

Por ese motivo, Preston había sido su mejor amigo desde Oxford. Le agradaba que no se andaba con rodeos; los dos hombres eran gruñones que carecían de la paciencia para llevar una conversación alegre y preferían cometer más actos de libertinaje con damas sofisticadas que la mayoría de los jóvenes.

—Como tú, mi pobre viejo amigo —dijo Preston mirando a Sebastian—. Te has ganado a *lady* Isabella Greene, ¿no es así?

Sebastian tensó el mentón. De repente, el chaleco y el traje de levita le parecieron demasiado ceñidos en el pecho y le fue difícil respirar en ese hermoso día soleado.

—Sí, es lo que quiere mi madre —le respondió.

—No hables como si estuvieras por acudir a tu propia ejecución —le dijo Grandhampton—. ¿No es *lady* Isabella bastante hermosa?

Lady Isabella era la perfecta dama inglesa con el rostro suave y delicado, los intensos ojos celestes y los rizos rubios y brillantes. Era la hija del conde de Whitemouth, con quien el difunto padre de Sebastian había llegado a un acuerdo. La dama tenía una dote que consistía en una gran propiedad ubicada en el norte de Inglaterra. Lo único que su padre siempre había querido había sido aumentar las propiedades familiares.

Pero eso era todo lo que había entre las dos familias. Un acuerdo. Su padre había muerto hacía dos años, y ahora el impaciente conde de Whitemouth insistía en que era hora de convertir a su hija en duquesa.

—No es para mí.

Dejó vagar la mirada y reparó en la gente que volvía las cabezas hacia el mercado y avanzaba hacia el centro de la plaza.

Los puestos que tenía cerca y que habían estado abarrotados de gente hasta hacía tan solo un momento ahora se encontraban vacíos.

—¡Diez peniques! —exclamó alguien desde el centro de la plaza.

—Solo dile a tu madre que no te casarás con *lady* Isabella —le dijo Preston.

—¡Vendo esposa! —volvió a rugir la voz desde detrás de los puestos—. ¡Hagan sus ofertas, aún hay tiempo!

—Eso no resolverá nada —le aseguró Sebastian—. Mi madre jamás dejará de arreglar matrimonios para mí. Seguirá insistiendo sin cesar hasta que termine cediendo. Y mientras tanto tendré que asistir a los bailes, hacer reverencias, hablar con amabilidad y bailar cuadrillas, pero que Dios no permita que baile dos veces con la misma dama, amén de tener que tolerar a las madres casamenteras que están impacientes por presentarme a sus hijas solteras. Esto no acabará hasta que tenga una esposa.

Preston y Grandhampton lo miraron con empatía. La elección de la novia era una decisión muy importante, y su madre lo estaba privando de tomarla. Sebastian era un caballero, y si accedía a casarse con Isabella, jamás podría retractarse de su palabra, aunque fuera la persona menos indicada para él.

—¡Veintidós peniques! —gritó alguien desde atrás de un puesto.

Necesitaba distraerse. Además, las miradas de pena de sus dos amigos no lo ayudaban.

—Me gustaría ver una subasta de esposa —les dijo—. ¿Qué les parece?

—Vamos, hermano —le dijo Preston a Grandhampton—. A lo mejor encuentras una esposa que te agrade y acabas por olvidarte de la señorita Beckett.

A Grandhampton se le tensó el mentón cuadrado. Asintió de manera abrupta y apretó los labios en una línea firme de descontento.

—Solo si dejas de hablar de ella.

Los tres hombres apoyaron las copas sobre la pequeña mesa redonda y avanzaron hacia el centro de la plaza del mercado antes de girar en la esquina del siguiente puesto.

Sebastian comenzaba a sentir curiosidad. La gente estaba entusiasmada, reía y gritaba. Hasta llegó a oír los insultos que le hacían a la esposa en cuestión.

—¡Veinticinco peniques por esas pechugas!

Tras pasar por el puesto, Sebastian vio a la multitud que se había reunido alrededor de la carreta en el centro de la plaza. Sobre la carreta, se encontraban el granjero y la esposa. Cuanto más se acercaba, mejor podía ver que el granjero estaba igual de entusiasmado que la multitud que tenía delante. Los ojos abiertos de par en par pasaban de un postor al otro al tiempo que señalaba a quien acababa de hacer una oferta y la repetía. Tenía una sonrisa frenética en el rostro.

Cuando Sebastian y sus dos amigos se detuvieron a diez metros de distancia, vio a la mujer en cuestión. Estaba de pie al lado del marido, llevaba una cuerda alrededor del cuello, las manos apretadas sobre el vestido artesanal que apenas le quedaba y era evidente que estaba hecho para una mujer de estatura más baja. Tenía los tobillos al descubierto y el generoso busto demasiado apretado dentro del escote.

Y el rostro… orgulloso y tranquilo, como si la escena no la inmutara en lo más mínimo. Tenía los labios suaves y rosados apenas curvados en una sonrisa, pero sus grandes ojos verdes no guardaban ningún indicio de humor. Se veía más pálida que una nube.

Le gustó. Había visto mujeres hermosas en su vida y hasta se había acostado con varias. La mayoría eran damas nobles, pero hasta las mujerzuelas de lujo que visitaba en Elysium y otros clubes para caballeros eran tan amables, exquisitas, femeninas y encantadoras que podían hacerse pasar por excelentes miembros de la alta sociedad. Esa mujer también era hermosa. De hecho, era despampanante si no se enfocaba en las prendas sucias de un color imposible de identificar. Tenía unos ojos grandes e inocentes y unos labios suculentos y sensuales que reflejaban terquedad y se mantenían cerrados a cal y canto.

Sebastian dio un paso hacia adelante sin poder apartar la mirada de ella. ¿Por qué sería que su marido había decidido subastarla?

Grandhampton se dirigió a una mujer que observaba la subasta.

—Disculpa, ¿cómo funcionan estas subastas de esposa?

La mujer le hizo una reverencia.

—Disculpe, *milord*. El marido vende la esposa al mejor postor. Pero ella debe estar de acuerdo, de lo contrario la venta no tiene lugar.

—¿Y la cuerda? —le preguntó Sebastian.

La mujer los observó con los ojos bien abiertos. Era evidente que no pertenecían allí, en medio de esa multitud de granjeros, herreros, trabajadores, comerciantes, molineros y cuidadores de animales.

—Es algo que hace la gente —le contó—. Ella es su propiedad, como si fuera esa cabra de allá.

Sebastian asintió con la cabeza y le agradeció a la mujer antes de volver a mirar a la esposa subastada con más atención. ¿Quién la compraría? ¿Daría su consentimiento? Y si se negaba, ¿qué le pasaría?

—¡Tres cuartos de peniques y tres chelines! —gritó otro—. ¡Por esas pechugotas!

Sebastian frunció el ceño. No le gustaba que nadie hablara de ella de ese modo.

—¡Será mejor que vayas a la taberna La oveja dorada! ¡Las prostitutas no fruncen la nariz como ella allí!

—¡Oh! ¿Y a quién le importa? Solo será una prostituta cara. ¡La pagas una vez y la usas todo lo que quieras!

Sebastian entrecerró los ojos y miró al granjero. Alguien acababa de insultar a su esposa. Como marido, debería defender su honor. De seguro, lo haría en cualquier instante. Pero ¿por qué le hervía la sangre de ira y se le cerraban los puños si esa mujer no tenía nada que ver con él? El marido se limitó a sonreírle y se volvió hacia la multitud.

—¡Tres chelines y tres cuartos de peniques! —repitió el granjero a los gritos—. ¿Alguien da más? ¿Quién quiere comprar a esta mujer decente?

—¡Puede ser, si la das vuelta y nos muestras el trasero que tiene! —exclamó otra voz, y la multitud rompió en carcajadas.

El rostro de la mujer adoptó el color de una remolacha. Pero el marido se rio a carcajadas, claramente satisfecho y victorioso.

Ya era suficiente. Sebastian se abrió paso a codazos entre la multitud.

—¡Seb! —lo llamó Preston—. ¿A dónde vas?

Sebastian ignoró a su mejor amigo y siguió caminando. Cuando se detuvo delante de la carreta, vio lo hermosa que era, con los pómulos altos y los hoyuelos a cada lado de la boca. Al ver los ojos grandes que brillaban con las lágrimas contenidas, el pecho se le contrajo de pena por ella. Ninguna mujer se merecía eso, fuera o no fuera una granjera.

Se volvió y alzó los dos brazos.

—¡Silencio! —rugió, y la multitud se calló.

Varias docenas de pares de ojos lo observaron con el ceño fruncido y expresiones de curiosidad y confusión. Era evidente que era un *lord*. ¿Qué buscaba al involucrarse con la esposa de un granjero?

La pregunta no podía ser más acertada. ¿Qué diablos lo había poseído? Por lo general, no solía llamar la atención. De hecho, evitaba la compañía a menos que se tratara de los hermanos Seaton, las mujeres y, en ocasiones, su madre cuando no lo fastidiaba. Y, ahora, sin embargo, la atención de toda la multitud de personas se encontraba enfocada en él. Miró por encima del hombro a la mujer y se encontró con sus ojos abiertos y brillantes. Algo se le estrujó en el corazón.

Se volvió hacia la multitud.

—No hay ninguna necesidad de insultarla. No ha hecho nada para merecer esos comentarios de mal gusto.

—Oh, entonces, ¿la quiere comprar, *milord*? —le preguntó alguien antes de soltar una carcajada.

Abrió la boca para responder que no, de ninguna manera. Pero las palabras no salieron.

¿Y si la compraba? La idea le envió luz por todo el cuerpo. Si regresaba a Londres con ella y le decía a su madre y a todos los miembros de la alta sociedad que ya se habían casado, no tendría que casarse con Isabella.

Tendría el control de su vida. Podría decidir qué hacer, en lugar de que su madre lo decidiera por él. O el conde o la condesa de Whitemouth o la decena de madres casamenteras que se le arremolinaban alrededor como un enjambre de avispas.

Esa mujer era una granjera. No sabía nada de la sociedad. No lo molestaría. Llegaría a un buen acuerdo con ella, y a ella le gustaría ser duquesa: tendría seguridad, dinero y prendas. No tendría que volver a trabajar ni un solo día de su vida.

Sin dudas, eso provocaría un escándalo. Pero a ella no le importaría la opinión de un montón de petimetres de Londres. Viviría en Mayfair. Tendría un cocinero, un mayordomo, varios lacayos y una criada. La mejor modista de Londres le confeccionaría vestidos a medida.

A Sebastian no le podía importar menos lo que pensaran los miembros de la alta sociedad londinense. De hecho, disfrutaría frotarles en la cara que un duque se había casado con la esposa de un granjero y había rechazado a todas las damas nobles solteras. Los músculos se le estremecieron de euforia. De repente, se sintió despierto, liviano y joven.

¿Acaso así era como se sentía la libertad?

Iba a poder seguir viviendo su vida como le viniera en gana. Nadie lo volvería a molestar para que se casara.

—¡Sí! —respondió en voz alta, y un murmullo de sorpresa se esparció por toda la multitud —. Quiero comprarla.

Se volvió hacia el granjero, a quien se le había desvanecido la sonrisa entretenida del rostro. De hecho, observaba a Sebastian con cierta preocupación.

—Mil quinientas libras —le dijo, y todos los presentes en la plaza del mercado soltaron un jadeo.

El granjero parpadeó, sin dudas, conmocionado. La oferta de Sebastian igualaba el salario anual de un caballero que tenía varias propiedades.

Alguien le apretó el hombro.

—¿Qué demonios haces? —le gruñó Preston al oído—. No puedes bromear con esto.

—No es ninguna broma —le aseguró.

Sintió algo liviano en el estómago que lo hacía sentir ingrávido. La mujer exhaló fuerte. La máscara de belleza estoica cedió, y se mostró sorprendida y llena de esperanza.

Durante un largo instante, el granjero no respondió nada, pero luego se volvió hacia ella.

—Por esa suma de dinero, no me importa si te vendo al diablo en persona. ¡Acepto!

Sebastian asintió con la cabeza. Ahora faltaba que la mujer diera su consentimiento.

Le clavó la mirada. Y el resto de los presentes hizo lo mismo. En ese momento, el silencio era tal que podía oírse el pulso latiéndole en los oídos. Una gallina cacareó y una oveja baló.

Los ojos verdes de la mujer nunca se apartaron de los suyos. Sebastian sintió como si estuviera hecho de cera y el sol estuviera brillándole encima, calentándolo por dentro y provocando que se le derritieran los músculos.

Se dio cuenta de que deseaba que ella lo aceptara. Le agradaba la idea de tomarle la mano y conducirla hasta su carruaje antes de refregársela en el rostro a su madre.

Transcurrieron varios minutos, y no se movió. Parecía como si ni siquiera estuviera respirando.

Iba a decir que no. Por supuesto que lo rechazaría. No se marcharía con un desconocido que acababa de comprarla. ¿Por qué haría eso?

Debió de transcurrir un año entero antes de que la mujer por fin abriera la boca. Con una voz dulce y melódica, pronunció una sola palabra:

—Sí.

Sebastian no supo cómo fue posible que esas dos letras provocaran una explosión de algo parecido a la alegría que le recorrió todo el cuerpo.

3

EL HOMBRE más hermoso que Emma había visto en la vida le quitó la cuerda del cuello rozándole la piel con los dedos al punto de hacerla estremecer. Por fin le habían quitado el condenado material áspero y rasposo del cuello y recibió el aire como un bienvenido alivio sobre la piel.

Los sonidos de las voces, las risas, los cantos de los pájaros y los ruidos de los animales que había en el mercado se amortiguaron hasta reducirse al borboteo de un río a su alrededor. Se encontraba de pie delante de alguien a quien solo podía describir como su salvador y, más allá del hedor de las prendas que llevaba puestas, podía sentir su aroma a jabón costoso y buena crema de afeitar.

La había salvado, no solo de los hombres que la insultaban como si fuera una mujerzuela de la calle, sino también de *sir* Jasper. Ese debía de ser el motivo por el que acabó aceptando.

Todo a su alrededor era una nebulosa de tonos rojos, marrones y azules mientras las prendas de la multitud se disolvían y la gente reanudaba sus actividades.

Y, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, no podía apartar la mirada de esos hermosos ojos. Debía de existir alguna regla en el mundo que estableciera que los hombres como él no podían andar sueltos… los hombres con pómulos altos y melena de cabello grueso del color del oro. Se ceñía sobre ella con los hombros anchos y más musculosos que los de cualquier caballero. Tenía rasgos duros y tallados, con una clásica nariz romana, un mentón cuadrado y una boca ancha con labios sensuales. Unas cejas abundantes y gruesas se fruncían por encima de unas pestañas sorprendentemente largas que adornaban los hermosos ojos de la misma tonalidad del ámbar al sol. La intensidad con la que la observaba la hizo sentir como si acabara de lamer la primera miel del año. Fresca. Deliciosa. Lujosa.

Cuando le ofreció el codo, como un verdadero caballero, lo contempló sin comprenderlo durante unos instantes. Debía de estar conmocionada. Sentía un extraño entumecimiento en las extremidades, como si en lugar de estar parada sobre el suelo se encontrara flotando en el aire y derritiéndose bajo su mirada. Como si eso no bastara, experimentaba un cosquilleo en todo el cuerpo. Y la curiosa sensación de que le habían hecho un agujero en el centro del cuerpo.

La conmoción no se debía solo a que alguien acababa de pagar una fortuna por ella, sino también a que ella había accedido. Además, había creído desde el comienzo que o bien ella o *sir* Jasper detendrían eso en cualquier momento.

Y, sin embargo, la idea de abandonar a su esposo y marcharse con ese caballero apuesto de mirada intensa le produjo escalofríos y una ola de excitación similar a un cosquilleo cálido.

Por su parte, era evidente que el hombre no compartía el mismo entusiasmo ni el mismo cosquilleo que ella. La profunda arruga que tenía en el entrecejo por encima de los ojos ámbar le

deberían haber dicho todo.

—Soy el duque de Loxchester —se presentó.

¡Era un duque! Emma tragó con dificultad y se humedeció los labios. Un duque acababa de comprarla en una subasta. La invadió una nueva ola de conmoción.

¡Acababa de intercambiar a *sir* Jasper por un duque! Y era el primer duque que conocía. Pero ¿tenía que ir vestida de ese modo? Olía como un chiquero y parecía la esposa de un granjero. Entonces… ¿por qué un duque compraría a alguien como ella?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con suavidad.

Con la garganta seca y áspera, le respondió:

—Emma. —No le dijo que era *lady* Bardsley, pero debería haberlo hecho. Sin embargo, se presentó solo como Emma, la esposa de un porquero.

Arqueó una ceja y continuó ofreciéndole el codo. Cerca de ellos, un hombre casi tan alto y musculoso como él, pero con el cabello mucho más oscuro, los observaba con el ceño profundamente fruncido.

—¿Y bien, Emma? —le preguntó el duque—. Le he dado la dirección de mi administrador a tu esposo para arreglar el pago. ¿Puedes venir conmigo, por favor? Creo que ahora eres mía.

Mientras le pasaba la mano por el codo y comenzaban a andar, las palabras le resonaron en la cabeza… «Ahora eres mía…». No supo por qué hacían que se le debilitaran las rodillas, algo que *sir* Jasper jamás le había provocado.

De pronto, el duque de Loxchester se detuvo para presentarle al duque de Grandhampton, un hombre grande y alto de belleza increíble, y a su hermano, *lord* Preston Seaton, que los había seguido desde la subasta. Debía deberse a la conmoción que había experimentado que apenas recordaba sus reacciones a excepción de los ojos abiertos de par en par y los movimientos tensos. Ellos también debían de estar conmocionados. El único que no parecía afectado en lo más mínimo por la situación era su nuevo marido. El duque de Loxchester.

Al cabo de algunos minutos, o quizás varios años, el duque y ella quedaron a solas en su carruaje.

El carruaje era mucho más grande y, sin dudas, lo más exquisito que había visto en su vida. Un tapizado de cuero recubría los asientos, que eran suaves como el terciopelo bajo las puntas de los dedos.

Tanto el retumbo de la carretera bajo las ruedas como los cascos de los cuatro caballos jóvenes que tiraban del carruaje quedaban amortiguados. Las paredes del carruaje del duque estaban cubiertas con terciopelo oscuro con patrones de pájaros dorados que bebían de unas parras y lirios. Había dos lámparas de gas aseguradas por encima de los asientos. A pesar de que era agosto, tenían calentadores bajo los pies que emanaban un calor agradable. Era un contraste tan grande con el viejo carruaje de *sir* Jasper que parecía a punto de caerse a pedazos. Y, como para profundizar las diferencias, olía limpio y delicioso… como a vainilla y sándalo, bienes exóticos reservados para los más acaudalados, y algo masculino que no se podía comprar. Jamás se imaginó que entraría en ese mundo.

El segundo carruaje con el duque de Grandhampton y su hermano iba delante de ellos.

El mundo se encogió alrededor de ella. El paisaje pasaba por las dos ventanillas y no parecía más que la ilustración de un libro. Lo único que existía eran las cuatro paredes del carruaje, el traqueteo del suelo y ese hombre alto y musculoso con la misma presencia de un tigre en una jaula.

Captó su aroma y se concentró en el bulto de los músculos de los muslos bajo los pantalones de piel de ante estirados al extremo. Los nervios le produjeron un cosquilleo en todo el cuerpo, el

significado de su propia vida se desmoronó hasta no quedar nada. Y no se debía solo a él. Las prendas de la esposa del granjero, ásperas, harapientas y demasiado cortas y estrechas, apestaban a animales y a una vida diferente.

Mientras el carruaje se bamboleaba y se zarandeaba, el duque tomó el periódico del asiento. Cuando lo abrió, se formó una pared de papel entre ellos.

—Tú bastarás.

¿Acaso podía mostrarse más desdeñoso con ella? No podía negar que iba vestida con harapos, pero ¿y qué? La había comprado por algún motivo que desconocía.

Qué aristócrata más arrogante. ¡Arrogante y apuesto! ¿Dónde estaban sus modales? A pesar de que la consideraba parte de la clase trabajadora, no podía comportarse como si fuera un objeto que le complacía comprar.

Como debía saber más, enderezó los hombros.

—¿Cuáles son sus pretensiones conmigo, duque?

Él bajó el periódico y entrecerró los ojos para observarla con cautela. La mirada ámbar le hizo sentir calor en todo el cuerpo.

—Disculpa, pero suenas demasiado educada para ser la esposa de un porquero. ¿A qué se debe eso?

Emma se atragantó. ¿Eso sería algo bueno o algo malo? Intentó utilizar un acento típico de Bedfordshire y le respondió:

—Me lo debe haber enseñado mi madre. Era una dama de compañía.

El duque frunció el ceño mirándola con un gruñido que le hizo sentir mucho enfado, y luego reanudó la lectura del periódico. Emma estudió los dedos largos y masculinos que sostenían las páginas y luego las piernas musculosas estiradas en el espacio reducido que había entre los asientos.

No permitiría que la ignorara de ese modo. No. Esa era su vida, y tenía que descubrir qué tenía en mente.

—¿Qué quiere conmigo, *milord*? —le preguntó—. De seguro, un hombre apuesto y rico como usted no debe tener ninguna necesidad de comprar una esposa. ¿No puede tener a la mujer que se le antoje?

Al oírla, bajó el periódico y la observó con los ojos ámbar tan oscuros como las castañas.

—Como he dicho, tú bastarás.

—¿Para qué, *milord*?

—Para lo que tengo en mente.

Esa respuesta le hizo poner los ojos en blanco.

—¿Y qué sería eso?

—Envolverte en seda y vestirte a la última moda y decirles a todos los miembros de la alta sociedad que eres mi esposa.

Tras decir eso, volvió a abrir el periódico y enterró la nariz en él como si ella no existiera.

El encanto que había tenido sobre ella se había evaporado. Sin dudas, no podía ser el galante protector que había creído que era. La había comprado por sus razones, fueran las que fueran, y no tenían nada que ver con su coraje o su amabilidad hacia ella. Era arrogante y egoísta como cualquier otro aristócrata. Quizás hasta era peor que su marido.

No le podía ver el rostro al otro lado del periódico, que estaba planchado como el de cualquier caballero, y eso le resultó tan duro como una bofetada. Emma se merecía más que eso. Fuera la esposa de un porquero o no, tenía derecho a saber qué tenía planeado para ella.

Y si la iba a ignorar de ese modo, como si fuera un mueble que acababa de comprar, se

limitaría a irritarlo. Le socavaría la información a como diera lugar. Al fin y al cabo, se trataba de su futuro, y no era nada justo que no le brindara la información que definiría su vida.

Se levantó del asiento y se movió al de él antes de dejarse caer al lado del duque, que tenía el perfil de una estatua romana contra el fondo de la ventana iluminada por el sol.

—Pero ¿por qué me necesita a mí para eso? Para envolver a alguien en sedas y vestirla a la última moda y decirle a toda la sociedad que es su esposa, no necesita a la esposa de un porquero.

Por detrás del periódico, asomó una respuesta fría y perezosa.

—No entiendo por qué eso te preocupa. Por favor, déjame leer en paz.

Emma soltó un bufido muy poco propio de una dama, pero perfecto viniendo de la esposa de un porquero.

—Me preocupa porque es mi vida.

El duque se apoyó el periódico en el regazo y la miró con el destello ámbar tan afilado como una esquirla.

—Por favor, regrese a su asiento, señora.

—No hasta que no me diga toda la verdad. ¿Y dónde están sus modales?

—¿Mis modales? —El labio superior casi se le subió hasta la nariz—. Mis modales se encuentran sofocados por el hedor inmundo que emana.

¡Oh! Por fin le causaba algo. Por fin había generado alguna especie de sentimiento en ese duque frío e implacable. ¡Y era nada menos que el excremento de cerdo lo que le causaba algo! Una sonrisa se le asomó a los labios.

Para darle un respiro, regresó al asiento de enfrente y miró afuera de la ventanilla. Estaban transitando por el bosque, y pasaban por delante de varios árboles y arbustos.

Totalmente ajeno al paisaje del exterior, el duque volvió a abrir el periódico.

—Por favor, no me vuelvas a hablar hasta que hayamos llegado y te hayas bañado.

—No —se negó—. No permitiré que me asuste con su semblante hermoso hasta que no me diga el motivo por el que me compró. ¿Y si resulta ser un asesino?

La pregunta lo llevó a arquear las cejas y mirarla por encima del periódico.

—¿Crees que te lo diría si lo fuera?

—No, supongo que no.

—Bien, no lo soy. Y estoy intentando no respirar demasiado.

Ella también, y eso la llevó a ocultar una sonrisa.

—En ese caso, respóndame. ¿Por qué?

Los ojos se tornaron tan amenazantes que se preguntó si le había mentido en cuanto a ser un asesino.

—Estarás vestida con los mejores atuendos. Comerás los mejores platillos que hayas probado en la vida. Dormirás en una cama de pluma. Estarás a salvo, protegida y hasta me atrevo a decir limpia. Lo que no harás es meterte en mis asuntos.

—*Milord*, usted sí que es el duque de Villa Alegría, ¿no? —soltó—. Parece un buen hombre con sus modales, pero en lo más profundo detesta a cualquiera que se encuentre por debajo de su posición, ¿no?

El duque alzó el rostro como para decir algo, pero se contuvo. Tenía los músculos del mentón tensos.

—¡Ya dígame por qué! —le exigió a los gritos.

—Comienzo a arrepentirme de haberte comprado —le advirtió apretando los dientes—. ¡Y a comprender por qué tu marido no soportaba estar casado contigo ni un día más! Eres un diablillo

disfrazado de mujer, ¿no?

Al igual que las palabras de *sir* Jasper, las del duque la apuñalaron en el pecho. *Sir* Jasper siempre discutía con ella o la criticaba o intentaba controlarla. Hasta le había dicho que comía el desayuno mal. «El pan no se unta con tanta mantequilla. Eso es poco propio de una dama y te hará engordar».

Pero al igual que con *sir* Jasper, no le daría la satisfacción. Y, al igual que con *sir* Jasper, estaría bien. De alguna forma, todo acabaría estando bien, siempre y cuando mantuviera una actitud positiva. Eso la llevó a encuadrar los hombros.

Hasta que no encontrara la manera de escapar sin regresar con *sir* Jasper, tenía que informarle los límites que no le permitiría cruzar.

—Ni se atreva a esperar que yacerá conmigo como mi marido —le advirtió.

Los ojos se le oscurecieron mientras le recorrían el cuerpo.

—Necesito que seas mi esposa en todo sentido de la palabra, duquesa. Puede que me lleve un tiempo ponerle un fin legal a tu matrimonio y casarme contigo, pero le dirás a todos que estamos casados. A los ojos de la sociedad, serás mi esposa. Y yo esperaré que lo seas… en todo sentido.

Sonaba como otra prisión. Todos los matrimonios eran una prisión. Siempre sería la propiedad de un marido.

El duque la miró de arriba abajo. Emma tragó con dificultad. Era increíble el modo en que la afectaba. Le producía un deseo oscuro y peligroso en el estómago.

No, eso estaba mal. Ella no quería un marido. No quería otro carcelero como *sir* Jasper. Lo que quería era huir. Ahora que había escapado de su horrible matrimonio, no quería regresar con *sir* Jasper. Pero tenía que encontrar el modo de alejarse del duque también. No estaban casados de verdad. No habían firmado el registro de la iglesia. Vender a una esposa en una subasta no era más que una tradición tonta.

En cuanto estuviera en Londres, huiría. Quería ser libre, fuerte e independiente para que nadie más pudiera lastimarla ni manipularla como lo había hecho *sir* Jasper.

Pero, por el momento, tenía que seguir fingiendo ser la esposa de un porquero. De seguro, ningún duque querría llevarse a la cama a una mujer como ella.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es lo que no me está diciendo?

El rostro se le endureció mientras adoptaba una expresión nefasta.

—A mi madre no le agradará.

—Pero no soy su verdadera duquesa, ¿no? Me ha comprado, pero no nos hemos casado.

El duque apoyó la cabeza contra la pared destellante del carruaje.

—Todavía no.

—Entonces, déjeme ir, *milord* —le rogó y se dio cuenta de que estaba perdiendo el acento rural y adoptando uno más sofisticado—. Solo quiero alejarme de mi marido. Trabajaré de criada para usted hasta que pueda pagarle mi valor.

Sus palabras le provocaron una mirada dolorosa y peligrosa.

—Te he comprado, y tú accediste. Ahora no puedes huir de mí, esposa.

4

CUANDO EL CARRUAJE se detuvo en un pequeño jardín delante de una gran casa, ya había oscurecido afuera. Mientras el duque se bajaba del vehículo por el otro lado, uno de los lacayos le abrió la puerta.

Emma se bajó y miró alrededor. A través del alto portón de hierro vio una plaza rodeada de casas altas con terrazas y varias mansiones, todas iluminadas con lámparas de gas. Sin embargo, ninguna era tan imponente como esa.

Varias de las lámparas flaqueaban las anchas escaleras que conducían a un gran porche de entrada con cuatro columnas de tres pisos de altura que le brindaban soporte a un techo triangular con estatuas griegas. La mansión era simétrica y abarcaba la manzana entera. En la planta baja, se veían unas ventanas grandes y redondeadas que estaban iluminadas, y Emma vio el movimiento de una cortina y una silueta que se movía.

El patio frente a la casa tenía el césped perfectamente cortado a ambos lados del acceso para vehículos en forma de semicírculo. Varios rosales florecían por el frente de la residencia.

Esa mansión podía albergar la residencia Bardsley al menos cinco veces, ya que era una modesta casa de dos pisos de ladrillos rojos con un tejado lleno de filtraciones, un parqué de madera en estado de decadencia y paredes que se caían a pedazos. Bedfordshire… de repente echó de menos su hogar. No tenía ninguna prenda ni tampoco llevaba nada de equipaje. ¿Acaso se podría haber imaginado esa mañana cuando empacó para regresar a casa que jamás llegaría a su destino y que acabaría en Londres, una ciudad que jamás había visitado? ¿En la mansión de un duque?

El mayordomo y otros criados se apresuraron a bajar las escalinatas y a formar una fila frente al duque, que asintió hacia ella con la cabeza y le ofreció el brazo en una invitación silenciosa. Emma tragó con dificultad ante las miradas perplejas de los criados.

—Les presento a la duquesa de Loxchester. Mi nueva esposa —anunció el duque.

Los criados abrieron los ojos de par en par, pero se las ingeniaron para mantener las bocas cerradas. El duque le presentó al mayordomo, Standen, y al ama de llaves, la señora Eastbrook.

—Bienvenida a la residencia de Longton Place, *milady* —le dijo Standen.

—Señora Eastbrook, por favor, instale a la duquesa en la recámara adyacente a la mía y asígnele a una criada. Por favor, asegúrese también de que la duquesa se bañe antes de la cena. Búsquele un vestido apropiado, quizás del armario de mi madre, hasta que podamos llamar a la modista.

Ropas limpias y frescas… Emma casi que se dejó caer aliviada. Aún podía oler su propio hedor y se preguntaba cómo el duque lo había tolerado durante todo el camino hasta la casa.

Y a pesar de todo, no pudo dejar de sentir como si estuviera soñando. Eso no podía ser cierto.

A nadie la compraba un duque. Además, no podían estar casados, no legalmente, por más que acabara de presentarla como su duquesa.

Oh, pero ¿en qué se había metido? ¿Y cómo saldría de eso?

Dentro de la mansión había un pasillo alargado iluminado con lámparas de gas y velas. Un gran candelabro colgaba del cielorraso alto, y la luz titilaba al reflejarse contra los cristales. Las paredes de color verde turquesa estaban decoradas con cuadros grandes de paisajes. Unos aparadores de caoba tenían unos ensambles cubiertos de oro con rostros de leones y patas con forma de garras. Sobre ellos había varios jarrones con rosas rojas que le daban un aroma agradable a la habitación.

El duque había estado callado durante la mayor parte del viaje. Emma había intentado hablar con él, pero el hombre se había limitado a responderle con monosílabos taciturnos y malhumorados.

Mientras la señora Eastbrook y tres criadas la conducían por la gran escalera que tenía una barandilla con patrones de hojas y flores recubiertos de oro, pasaron por delante de más cuadros. Sin duda, se trataba de los anteriores duques y duquesas de Loxchester. A Emma se le estrujó el pecho y se le hundió el estómago y, al igual que en la humilde casa de ladrillos de *sir* Jasper en Bedfordshire, se sintió atrapada. Excepto que, en esta ocasión, se encontraba en una jaula de oro.

La condujeron a una encantadora recámara con un empapelado de seda de color lila que tenía unos diseños de hojas, pájaros y flores. Contra una de las paredes, había una cama de caoba con un dosel dorado y lila. Unas cortinas de seda violeta con flecos decoraban tres enormes ventanas. El hogar tenía una rejilla negra con unos intrincados ornamentos de parras. En su interior, el carbón crepitaba con suavidad, y hacía que la habitación estuviera agradable y cálida. También había un armario de caoba, una cómoda y un escritorio elegante con una silla. Una suave alfombra de la marca Axminster cubría el suelo. La habitación era tan grande como la sala de estar de su casa.

Detestaba lo mucho que le agradaba. Lo mucho que anhelaba recostarse en esa cama que se veía tan suave y oír la calma de esa gran casa y saber que se encontraba a salvo y era libre.

Eso era lo que había querido con tanta desesperación desde que se casó con *sir* Jasper. Y era algo que jamás tendría.

Las criadas se apresuraron a darle un baño de esponja mientras la señora Eastbrook le explicaba que estaban por servir la cena y que no había tiempo para un baño propiamente dicho. Sin embargo, le prometió a Emma que se podría dar uno después de la cena.

Quitarse las prendas de la esposa del porquero se sintió celestial. Quitarse la suciedad, también. La señora Eastbrook le llevó un hermoso vestido de seda blanca con una capa de gaza transparente. El corsé, que terminaba justo por debajo del busto, tenía unas pequeñas perlas cocidas a los patrones bordados de parras y flores. La falda se reunía bajo el busto y era liviana y flotaba.

Jamás había visto ni llevado puesto un vestido tan hermoso y, sin lugar a dudas, tan costoso. Cuando la criada se lo puso, se dio cuenta de que no era de su tamaño: era demasiado grande en la altura del busto y demasiado corto, pero la criada se apresuró a ajustárselo.

—Es un vestido de la señora del año pasado —le informó la criada sin dejar de apretar los labios con los que sostenía una aguja—. Dijo que se lo podía quedar usted, *milady*.

Luego de que la criada le peinara y arreglara el cabello, la señora Eastbrook llamó a la puerta y entró para pedirle que bajara porque el duque y la duquesa aguardaban su presencia.

Lo cierto era que no quería bajar. Su madre jamás estaría contenta con esa situación. Y volver al duque gruñón e intentar comprender el motivo de sus actos, se sentía como una batalla.

Y estaba exhausta. Pero quizás descubriría la verdad de una buena vez y encontraría la manera de escapar.

Mientras bajaba las escaleras y seguía a la señora Eastbrook, vio al duque de pie al lado de una mujer más baja pero hermosa y elegante. Debía de tener unos cincuenta años y le dirigía una mirada de profunda desaprobación. Al duque se le abrieron tanto la boca como los ojos, y su rostro reflejó sorpresa. Emma sintió que se le debilitaban las rodillas bajo la mirada ardiente y oscura que le recorría el cuerpo de pies a cabeza. Cuando llegó al último escalón, el duque le ofreció la mano y, sintió el calor de su cuerpo quemándola a través del guante.

—Madre —dijo volviéndose hacia la duquesa—, permíteme que te presente a mi nueva esposa. *Lady* Emma Rockliffe, duquesa de Loxchester.

Emma vio los ojos serios y ámbar de la duquesa. Podía ver a quién se parecía Sebastian. La mujer tenía el cabello dorado pálido, una tonalidad que era el resultado de una mezcla de blanco y rubio, los pómulos altos y unas pocas arrugas. La duquesa apretó los labios hasta formar una línea recta, y Emma contuvo el aliento. ¿Sería que la duquesa viuda la reconocería o no? Se vería claro en el orden de prioridad mientras se dirigían hacia el comedor.

La mujer arqueó una ceja.

—No sé de dónde ha salido ni cómo se las ingenió para robarse a mi hijo. Pero por su culpa, Sebastian rechazó una unión muy beneficiosa con la hija de un conde, una verdadera dama. Una unión que se había arreglado entre el padre difunto de Sebastian y el de la dama, que eran amigos. Y ahora…

Emma abrió la boca para contradecirla, para decir que nunca había tenido la intención de impedir ninguna unión, pero la duquesa no le permitió hablar.

—Jamás la llamaré *milady*, ni duquesa, porque me niego a permitir que mi hijo se vea enredado con la hija de un porquero.

¿La hija? ¿Eso era lo que le había dicho el duque? Bueno, suponía que no podía decir que tenía un esposo.

Pero el duque negó con la cabeza.

—Madre, no te atrevas a hablarle a la duquesa de ese modo. ¿Y tú quién eres para enseñarle algo a alguien acerca de la moral?

La duquesa apretó los labios y sin dirigirle otra mirada a Emma, se volvió para dirigirse al comedor.

Mientras la seguían y tomaban sus lugares, a Emma se le aceleró la mente mientras decidía cómo actuar. No podía quedarse allí. No sabía a qué estaba jugando el duque, pero era evidente que solo era un peón en sus juegos. Tenía que marcharse y ocultarse para que *sir* Jasper no la encontrara. Era una mujer educada y podía buscar trabajo como institutriz en algún sitio lejano donde nadie pudiera encontrarla.

Sirvieron el primer plato, sopa de castañas francesa. A través del silencio tenso, se oyó el sonido de los cubiertos contra la porcelana. Luego de limpiar los platos, sirvieron el siguiente, que constaba de una ensalada con queso.

—Me sorprende que la hija de un granjero tenga modales para comer —señaló la duquesa que la miraba con frialdad.

—Madre, ¿dónde están tus modales? —le preguntó el duque.

—Supongo que se evaporaron en el momento en que me enteré de tu escapada.

El duque parecía estar suprimiendo una sonrisa arrogante.

—Oh, por favor.

—¿Qué pretende, querida? —La duquesa se inclinó hacia adelante para mirarla a los ojos—.

No tendrá la intención de ser duquesa de verdad, ¿no? Jamás la prepararon para eso. La prepararon para una vida criando ganado, cocinando, limpiando y criando niños, y no para bailar en salones sofisticados o sostener conversaciones con diplomáticos y miembros de la aristocracia.

Emma enderezó los hombros. No le importaba que la intimidaran ni tampoco creía que la duquesa tuviera derecho a juzgarla, por más que la creyera una plebeya.

—Aprendí modales porque mi madre era una dama de compañía. Aunque no sé por qué eso le preocupa, ni tampoco el motivo por el que su hijo me ha escogido. Si no lo hubiera sofocado para que se casara con alguien a quien no quería, no habría sentido la necesidad de haber hecho algo tan drástico.

Emma sintió la mirada cálida del duque y lo miró a los ojos, que reflejaban sorpresa, calidez y mucho respeto. Oh, pero eso no era lo que quería. Necesitaba que la desprecie para que quisiera deshacerse de ella y la dejara ir, no que estuviera interesado en ella.

La duquesa la miró con los ojos entrecerrados.

—Oh, pero hasta habla. Y con bastante elocuencia. ¿De verdad una dama de compañía le enseñó a hablar tan bien a la hija de un granjero?

Emma no se permitió bajar la mirada ni acobardarse.

—Soy buena imitadora.

La duquesa soltó un suspiro, tomó el tenedor y lo clavó en un trozo de queso. Luego se acercó al duque y le dijo:

—Veo que es inútil intentar de convencerla de que te deje. Pero tú y yo tendremos una conversación seria. No permitiré que te quedes con ella. ¡Es un escándalo!

Una sonrisa se dibujó en el rostro del duque, que no apartó la mirada de Emma ni un segundo.

—Un escándalo. Sí, supongo que sí.

Tras dos horas insoportables, la velada llegó a su fin, y Emma pudo regresar a la recámara. Cuando cerró la puerta a sus espaldas, se apoyó contra ella aliviada. Ni siquiera había saboreado la comida del plato. Por fortuna, vio una tina que la aguardaba con agua echando vapor.

Oyó que alguien llamaba a la puerta a sus espaldas.

—El baño está listo, *milady* —oyó a la criada—. ¿Quiere que la ayude?

Dejó entrar a la criada y le permitió ayudarla a desvestirse y meterse en la tina. Acto seguido, le pidió que se marchara y, por fin, gracias al cielo quedó a solas y disfrutó de la paz. Oyó el fuego que crepitaba y permitió que el cuerpo se le derritiera en el agua cálida al tiempo que apoyaba la cabeza contra la tina.

Oyó pasos al otro lado de la puerta de caoba que conectaba su recámara con la del duque y, de pronto, la puerta se abrió de par en par. Emma se sentó, se acercó las rodillas al pecho y se abrazó antes de clavar la mirada en la silueta que se había detenido en la puerta.

Tanto los pies como el pecho musculoso se asomaban debajo del salto de cama, y el duque se hallaba de pie y la observaba con un brillo intenso en los ojos ámbar.

5

SEBASTIAN SE ACERCÓ despacio a la mujer desnuda y húmeda que se encontraba en la tina y lo miraba fijo con los ojos abiertos.

En lo que a él concernía, tenía una esposa y era hermosa.

—Buenas tardes, duquesa —la saludó avanzando lento hacia ella.

—Por favor, márchese —le pidió.

Haciendo caso omiso de la orden, se detuvo delante de la tina e inclinó la cadera contra ella.

—¿Por qué me marcharía? —la desafió.

De hecho, era una buena pregunta. Cuando había bajado a cenar antes, era pura gracia y seda, sin rastro alguno de suciedad o excremento de cerdo. Lo había dejado sin aliento. Se había quitado esa cofia ridícula que le cubría la cabeza y la hacía aparentar diez años más, y había llevado el cabello espeso y castaño recogido en un tocado de moda que hubiera seguido las tendencias de los salones de baile londinenses más refinados. El atuendo de granjera que parecía una bolsa de arpillera había desaparecido. Y, en su lugar, se había puesto un vestido que la hacía parecer una diosa griega descendida del Olimpo… A Sebastian no le pudo importar menos que le quedara corto y no le cubriera los tobillos; lo cierto era que el vestido no había hecho mucho para ocultar la longitud de esas hermosas piernas. Además, le había abrazado la figura a la perfección. Le resaltaba el busto generoso con un pliegue pequeño entre los senos que lo había vuelto loco. Por no mencionar el modo en que el cuerpo se había movido bajo la falda flotante, que le destacaba las caderas redondeadas y la cintura angosta sin dejar mucho librado a la imaginación.

Por todos los cielos, ¿cómo podía ser que un atuendo perfectamente aceptable resultara tan revelador? ¿Tan excitante? ¿O sería ella la que le provocara ese ardor en la sangre? En el centro de su ser. No recordaba que ninguna otra mujer hubiera tenido ese efecto sobre él. Ni en la alta sociedad, ni tampoco en los burdeles y mucho menos en las fiestas de las casas de campo.

Era solo la esposa de un granjero. ¿Cómo podía ser tan… deliciosa? ¿Tan deseable?

En especial en ese momento, con la piel al descubierto y destellando y el cabello aún recogido, pero algo humedecido y enrizado alrededor del rostro. Sintió ansias de recorrerle el rostro con el nudillo de un dedo.

Sin embargo, no solo era hermosa. En el carruaje, lo había incordiado con la cháchara constante, pero le había agradado que fuera tan alegre y fuerte. Era generosa con las sonrisas y no se dejaba intimidar ni por un duque malhumorado, ni por su madre cascarrabias. Por el contrario, veía todo con los ojos bien abiertos y llenos de admiración. Tenía un espíritu muy vivaz, que lo hacía sentir más vivo por el solo hecho de encontrarse a su lado.

—Ahora eres mía —le declaró—. Te he comprado.

Qué diferente era a *lady* Isabella. Por más hermosa que fuera *lady* Isabella, Sebastian podía

contar con los dedos de las manos la cantidad de ocasiones en las que había hablado con ella. Y en cada ocasión, había sentido un aburrimiento sofocante en presencia de la dama. Eran como el agua y el aceite. A ella le importaban las apariencias, los linajes y la reputación. A él no.

Lady Isabella hablaba de las flores y las telas que estaban de moda esa temporada. Sabía cuántas debutantes habían entrado en el mercado matrimonial. Y a cuánto subía la fortuna de un caballero u otro. Él no. *Lady* Isabella cotilleaba como su madre. Él no.

En cambio, esa mujer… El modo en que lo había defendido de su madre y la forma en que se negaba a permitir que su madre lo intimidara le demostraban que tenía más coraje del que había creído.

Se sentó en el borde de la tina e introdujo la mano en el agua cálida al lado de su pierna. El aire estaba algo húmedo y olía a jabón de lavanda. Era una fragancia herbal y dulce, como ella. Alzó una mano para permitir que le cayeran unas gotas de agua sobre la rodilla desnuda y le rodaran por la piel. Era una rodilla hermosa que destellaba. Emma estaba sonrosada, y Sebastian no sabía si se debía al calor o, como en realidad deseaba, a su presencia.

—Eso no significa que tenga derecho a… —comenzó, pero no la dejó terminar.

—Y tú aceptaste —le recordó—. Eres mía. Has dado tu consentimiento.

—*Milord*…

Tenía unos hermosos ojos grandes, con pestañas largas, unos pómulos altos y unos oscuros labios suculentos y sensuales. Una imagen seductora se le formó en la mente: los dientes blancos de ella mordiéndose el labio inferior mientras gemía de placer… del placer que él le daba.

Cuando se arremangó la camisa hasta los codos, Emma le posó la mirada en los antebrazos y abrió los ojos aún más. A juzgar por el modo en que se le separaron los labios, debía gustarle lo que veía.

A lo mejor solo necesitaba que la alentara un poco. Que la consintiera. Decididamente, podía hacerlo. Sabía muy bien cómo calmar a una mujer preocupada y cómo hacerla sentir a salvo. Solo tenía que jugar un poco con ella y asegurarse de que supiera de que se encontraba a salvo y que la cuidaría bien.

Introdujo la mano en la tina hasta que el agua le rozó la manga de la camisa. En respuesta, oyó un jadeo, y Emma se apartó.

—¿Qué hace?

Entretenido, alzó una comisura del labio.

—Estoy buscando.

Movió la mano por el fondo de la tina oscura y salpicó un poco de agua. Con delicadeza, le frotó los nudillos contra el muslo, y ella se sobresaltó.

—¡*Milord*! —exclamó.

Oh, cómo le gustaba ese juego. Una sonrisa ladina le asomó a los labios, pero la ocultó. Hundió el brazo aún más y palpó el pan de jabón en el fondo. Lo recogió y tomó la esponja de un platito en la tina.

Muy despacio, frotó el jabón en la esponja para enjabonarla. El exquisito aroma a lavanda y aceite de naranja le embargó los sentidos. Sus muslos eran unas siluetas redondeadas y oscuras bajo el agua. Anheló sentirlos envueltos alrededor de la cintura.

—No puedes ser virgen, duquesa —le dijo sin dejar de frotar el jabón contra la esponja—. Ya has estado casada. Y ya te he dicho que este es un matrimonio real para mí, en todos los aspectos. ¿Por qué no disfrutarlo?

Abrió la boca para responderle, pero no le salió ninguna palabra. Lo tomó como una buena señal. No tenía objeciones.

Se rio entre dientes y apoyó el jabón en el plato antes de reclinarse y frotarle la esponja desde el tobillo hasta la rodilla. Emma pestañeó al tiempo que se le oscurecían los ojos y se le abría la boca. Oh, le había gustado.

A él también le agradaba. El deseo hizo que la sangre se le reuniera en el miembro mientras observaba cómo le subía y le bajaba el pecho. Podía verle la hermosa pendiente entre los senos. La línea suave de la clavícula era encantadora. Tenía un cuello elegante, y deseaba recorrérselo con la lengua, lamerle las gotas que lo empapaban e inhalar su fragancia femenina y limpia. Cómo deseaba hundir las dos manos en el agua enjabonada y recorrerle todas las curvas que se veían borrosas en el agua oscurecida.

—Te gusta que te toque —le dijo mientras le pasaba la esponja por la rodilla y la cara interna del muslo con suavidad—. Me doy cuenta. Si te gusta esto, te encantará que te toque en los lugares indicados.

Emma tragó con dificultad, y se le aceleró la respiración aún más.

—Se equivoca, tengo frío.

—¿Frío? —Le sonrió con arrogancia antes de apartar la esponja para volver a enjabonarla. Luego se puso de pie y caminó hasta situarse detrás de ella. Se inclinó hacia abajo y le pasó la esponja por los hombros femeninos al tiempo que se valía de la otra mano para masajearla. Tenía la piel suave como el terciopelo. No era musculosa considerando que era la esposa de un granjero. No era experto en el tema, pero ¿no se suponía que los granjeros eran fuertes y fornidos por todo el trabajo manual que realizaban?

—No tienes frío, duquesa —la contradijo—. De hecho, en breve te va a dar mucho calor.

Hundió la esponja en el agua para enjuagar el jabón. Mientras se la escurría por encima de los hombros, se imaginó que la sacaba de la tina y la alzaba en sus brazos para que le envolviera las piernas mojadas alrededor de la cintura. Sintió una ola de deseo que le produjo calor en el miembro y lo hizo endurecer.

Se colocó delante de ella, se inclinó y apoyó las manos sobre los bordes de la tina para besarla. Sabía tal y como se veía: dulce, prohibida y tan deliciosa que no se creyó capaz de detenerse jamás.

Al introducirle la lengua en la boca y acariciarle la lengua la sintió derretirse y fundirse contra sus labios. Un pequeño gemido sensual se le escapó de la garganta y le encendió un fuego en la sangre. Oh, qué seductora. Lo deseaba tanto como él a ella. Anhelaba explorarla, ver si era igual de aterciopelada allí abajo, si sus senos se sentían igual de increíbles que el resto de su piel. Jamás había deseado a una mujer como la deseaba a ella. La erección le latía endurecida.

Le pasó la mano por la mejilla, el cuello y siguió bajando… Pero al llegar al pecho, Emma se estremeció, se tensó y se apartó parpadeando rápido. Aunque seguía excitado y la deseaba mucho, él también se apartó. No iba a tomar nada que ella no estuviera dispuesta a entregarle.

—¿Qué tengo que hacer para que me dejes marchar? —le preguntó con voz firme.

Tras oír la pregunta, inspiró hondo. Sentía la ira a punto de hacerle perder los nervios. ¿Por qué estaba tan desesperada por marcharse? ¿Tan desagradable le parecía?

—No tengo la certeza de querer dejarte marchar, duquesa. Te prometo que no te haré daño y no haré nada en contra de tu voluntad. Pero te deseo. Eres mi esposa y quiero compartir esa cama contigo, hacerte mía y darte placer. —Con las mejillas sonrosadas del color de las manzanas maduras, parpadeó. Sebastian lo tomó como un buen indicio—. Una y otra vez, duquesa. Pero no te obligaré ni te lo volveré a pedir. Solo dímelo y me retiraré.

Ella enderezó los hombros y alzó el mentón.

—Retírese, duque.

Dio un paso hacia atrás y asintió con la cabeza con la erección apretándose contra el salto de cama. El temor que vio en ella… la preocupación… Se comportaba como una virgen, aunque era obvio que no lo era.

De pronto, recordó al marido y la malicia con que la había observado. Un pensamiento por poco lo fulmina.

—Un momento… ¿acaso el bastardo de tu exmarido te lastimó?

En respuesta, negó con la cabeza.

—No, no de ese modo.

—Y entonces, ¿cómo?

Temblorosa, soltó el aliento y se obligó a sonreír.

—No debería preocuparse por él, *milord*. Como le he dicho, estoy dispuesta a trabajar hasta devolverle el dinero que pagó o me marcharé de su hogar y no volveré a incordiarlo.

Se le tensó el pecho y se le formó un nudo en el estómago. Comprendía el deseo de proteger su cuerpo, pero estaba dispuesto a darle la mejor vida posible, aunque fuera una mujer de clase baja. Pensó que la estaba rescatando y ayudando.

A pesar de su posición social y su dinero, no podía convencer a una mujer de que necesitaba quedarse con él.

Por supuesto que no querría quedarse con él. ¿Por qué lo querría?

Era el producto de un matrimonio lleno de resentimiento y mentiras. Su madre y su padre se habían odiado. Ambos habían sido infieles y ninguno de los dos lo había ocultado. Lo peor de todo era que era su culpa. Él era el motivo de su infelicidad.

Sin embargo, aún la necesitaba sin importar cuánto lo detestara.

—¿No volverás a incordiarme? —Se mofó—. Ya lo veremos. En unos días, acudiremos a un baile, y tengo la intención de llevarte como mi esposa y presentarte a *lady* Isabella y toda la alta sociedad. Prepárate.

La mirada de conmoción no lo detuvo. Como no soportaba mirarla ni un momento más, giró sobre los talones y se marchó de la recámara tan rápido como si lo estuvieran persiguiendo los sabuesos del infierno. Y, mientras andaba, no podía dejar de preguntarse qué es lo que tenía de malo.

Hasta la esposa de un porquero prefería ser pobre y estar con un hombre que la maltrataba a estar casada con él.

Pero ¿qué esperaba? Al igual que su padre, haría infeliz a su esposa y tarde o temprano la haría escapar.

6

AL DÍA SIGUIENTE, la modista, *madame* Dubois, que al parecer era la más cara y la más buscada de Mayfair, llegó con un enjambre de ayudantes y se las ingenió para hacerle dos vestidos ese mismo día. A la vez, prometió entregarle cinco más en dos días.

Si era tan buscada, Emma se preguntó cómo la habría convencido Sebastian para que hiciera a un lado sus compromisos y le confeccionara siete vestidos a una nueva clienta. ¿Podría tratarse simplemente de un asunto de dinero? No podía negar que Sebastian era muy generoso.

Pero a lo mejor no se debía a la generosidad del duque, sino a su deseo de hacer ostentación de su nueva esposa frente a la alta sociedad. La duquesa viuda había mencionado una unión que no se había concretado por su culpa. A lo mejor la quería exhibir ante *lady* Isabella, a quien el duque había mencionado la noche anterior.

Pobre mujer. Eso debía de ser muy duro para ella si toda la vida había creído que se casaría con Sebastian y ahora, de repente, él estaba casado y tendría que verlo paseando con otra mujer…

Los siguientes días transcurrieron con preparativos. Emma se la pasó de pie delante del espejo mientras la modista y las asistentes le tomaban medidas, ponían alfileres, cortaban y cosían. Cuando no estaba ocupada con la modista, iba a la biblioteca y leía. Por primera vez en su vida, no tenía que ocuparse de ninguna tarea del hogar, ni cuidar del jardín, supervisar cenas, enmendar prendas o entretener a ningún invitado.

Aunque no echaba de menos la mayoría de las tareas que había tenido en el hogar de su padre y en el de *sir* Jasper, sí extrañaba el jardín floral, a pesar de que las peonías jamás crecerían allí. Su abuela le había enseñado a sembrar peonías, por lo que esas plantas le recordaban a la mujer que había fallecido unos años antes de la boda de Emma. Florecían muy bien en Sherbourne Place, la residencia donde había crecido. Pero en la residencia de Bardsley Manor se habían marchitado y muerto, como si el sustrato fuera venenoso.

Al anochecer, bajaba a cenar con alguno de los vestidos nuevos. Las veladas eran tensas, la duquesa de Loxchester no le dirigía la palabra, ni siquiera una mirada, y el duque no intentaba entablar ninguna conversación amable, sino que se limitaba a clavar la mirada en la comida mientras masticaba.

Luego por la noche… Durante las últimas tres noches, el duque había acudido a ella, atractivo, elegante, con los hombros anchos y los ojos ámbar destellando a la luz de las velas, y le había reiterado la oferta de llevarla a la cama, darle placer y convertirla en su esposa en todo sentido de la palabra. Al recordar la dulce agonía que le produjeron sus caricias en la tina, una parte de ella quería acceder. Y, a pesar de que cada noche se volvía más difícil rechazarlo, lo rechazaba.

Cuando por fin llegó la noche del baile, se puso un vestido de color verde pastel con destellos dorados que le caía en cascada por el cuerpo. Los ojos verdes brillaban con intensidad, tenía las mejillas ruborizadas, y la piel atractiva y saludable. La criada, Erin, le había hecho un peinado elaborado con lirios del mismo color que el vestido.

Con una docena de mujeres rodeándola, congelada e hipnotizada, Emma no podía reconocer a la diosa que veía en el espejo. La mujer pertenecía en una gran casa con un señor. Con ligereza en el estómago, supo que nunca en la vida se había visto ni se había sentido tan hermosa. Bajó las escaleras sabiendo que el duque la esperaba de pie en el vestíbulo. En el momento en que alzó la vista, el ceño taciturno se le borró del rostro. Abrió los ojos mientras la admiraba de arriba abajo, sin perderse ni el más mínimo detalle. Estaba boquiabierto y adoptó una expresión de orgullo. Los oscurecidos ojos ámbar le robaron el aliento.

Sir Jasper jamás la había mirado de ese modo.

A Emma le agradaba ver cómo desaparecía la fachada huraña del duque en las raras ocasiones en que bajaba la guardia y se mostraba más jovial con ella. En ese momento, vio el hombre detrás de la pared adusta, sorprendido y asombrado, claramente complacido, sin ninguna arruga entre las hermosas cejas pobladas. Y de tan solo pensar que ella había provocado eso, se sonrojó.

Durante un breve instante, mientras bajaba las escaleras hacia él, se permitió guardar esperanzas. Se imaginó que, en efecto, el duque era su marido y ella, su esposa, y que la admiración que reflejaban sus ojos era amor. En su mente, el duque era alguien de quien se podía enamorar.

Cuando se detuvo ante él, Sebastian le ofreció el brazo. Mientras le pasaba el brazo por el codo, lo sintió sólido, cálido y adecuado.

—Buenas noches, duquesa —le dijo con la voz baja y ronca, como si fuera una caricia contra la piel.

—Buenas noches, *milord* —lo saludó y se perdió un momento en la calidez de los ojos ámbar. Se sintió liviana, como si estuviera flotando.

Cuando se subieron al carruaje, el duque mantuvo la gracia y los buenos modales, pero se volvió de nuevo frío y distante. No la miró. Y cuando entraron en el salón de baile, con la mano envuelta en el codo de su nuevo esposo, se volvió a quedar sin aliento. Ya había atendido a otros bailes, tanto los que organizaban sus vecinos o los que acudía con su tía y su tío cuando los visitaba en York.

Pero jamás algo así. La habitación era grande y larga. Unas parras con flores trepaban por las columnas de dos pisos de altura. Unos candelabros bajos destellaban con lo que parecían cien velas e iluminaban todo. Vestidas a la última moda, las damas llevaban los atuendos más hermosos que había visto, y los caballeros tenían puestos trajes de levita y pantalones elegantes. Todo destellaba, brillaba y se movía. Las damas llevaban plumas y flores en los tocados, así como también centelleantes diamantes y joyas en los cuellos, las orejas y las muñecas. La música que tocaba una pequeña orquesta de diez personas sentadas en un escenario ubicado al otro lado del salón envolvía el ambiente.

Varias parejas se movían en dos líneas largas y bailaban al compás de un baile de campo inglés. Otros hablaban, bebían vino y champaña o paseaban por la habitación. Emma sintió que se le formaba un nudo en el estómago. ¿Alguna vez se iba a imaginar que alguien como ella acudiría a un baile como ese?

—Mi madre ya está aquí —le informó el duque—. Quería llegar más temprano. Oh, veo a Preston y a los Seaton.

Alzó la mano para saludar y la condujo a un grupo de cinco personas. Emma reconoció a Spencer, el duque de Grandhampton, y a su hermano, Preston Seaton. Una joven de cabello castaño rojizo y ojos celestes se encontraba de pie entre ellos, y el duque de Loxchester la presentó como *lady* Calliope Seaton, la hermana menor de los Seaton. Los dos hermanos la miraron con los ojos y la boca abiertos del estupor; era probable que no esperaran que la esposa del granjero que habían conocido hacía unos días se viera de ese modo. Había otro hombre alto, de cabello caoba y tan atractivo como el duque de Grandhampton y su hermano, pero con una expresión más relajada. El duque de Loxchester se lo presentó como *lord* Richard Seaton. Una dama de unos setenta años, con un atuendo pasado de moda y el cabello grisáceo recogido en un tocado elegante la contemplaba con unos grandes ojos celestes.

—Por todos los cielos —dijo el duque de Grandhampton al tiempo que arqueaba una ceja oscura y elegante y la miraba—, si no hubiera venido con Loxchester, no la habría reconocido.

—Todo un cambio de imagen —señaló *lord* Preston Seaton mirando a Sebastian con las cejas arqueadas.

—¡No podría estar más hermosa, duquesa! —exclamó *lady* Calliope con una gran sonrisa. A Emma le cayó bien de inmediato y le devolvió la sonrisa. *Lady* Calliope parecía algo fuera de lugar en ese gran salón de baile, a pesar de que estaba vestida como si perteneciera allí. A lo mejor, se debía a su expresión tímida, o al brillo astuto de sus ojos inteligentes.

—¿Duquesa? —repitió la dama mayor—. ¿Ha encontrado una nueva duquesa?

Sebastian asintió.

—Emma —le dijo, que al oír su nombre de los labios del duque se estremeció con una ola de calor—. Te presento a la duquesa de Grandhampton. Es la abuela de los Seaton. —Asintió con la cabeza hacia la dama.

—¿Cómo se está adaptando, duquesa? —le preguntó *lady* Calliope.

—¿Adaptando a qué? —preguntó Richard.

—Mi esposa vivía en una granja de cerdos —respondió Sebastian.

Entre las cinco personas se hizo el silencio, y Emma se quedó petrificada aguardando una reacción.

—¡Ah! —exclamó la duquesa—. Pues, lo oculta muy bien, duquesa. ¡Jamás me lo hubiera imaginado!

Esa debió ser una de las mejores recepciones que podría recibir. Emma dudaba de que las presentaciones se volvieran más fáciles. Hablaron un poco más, y, para su sorpresa, tanto la duquesa como *lady* Calliope se mostraron muy amables con ella, le hicieron preguntas acerca de su vida que respondió con oraciones genéricas para no mentir más de lo necesario. A final de cuentas, no sabía nada acerca de criar cerdos.

Notó que los tres hermanos eran muy diferentes. El duque de Grandhampton y *lord* Preston discutían mucho acerca de nada. *Lord* Richard, por su parte, hacía bromas e intentaba disipar la tensión, mientras que *lady* Calliope era tranquila, dulce y muy inteligente. Quizás era muy introvertida y no le interesaba sociabilizar, ni bailar, ni ser el centro de atención.

Varias personas le dirigían miradas extrañas a Emma, y a pesar de la cálida recepción de los Seaton, se sintió fuera de lugar. No obstante, ignoró las miradas y sostuvo la cabeza en alto. Se preguntó si esas miradas no se deberían a la duquesa de Loxchester. ¿Les habría dicho a todos los presentes que su hijo se había casado con la hija de un granjero? Los Seaton eran amigos de Sebastian y lo mantendrían en secreto si el duque se los pedía, por lo que la única persona en Londres que lo sabía además de ellos era su madre.

—Circulemos —le dijo el duque y le ofreció la mano—. Me gustaría saludar a algunas

personas.

—¿Es necesario? —le preguntó.

—Por ser la esposa de un porquero, te comportas de manera muy educada, duquesa —le aseguró mientras avanzaban entre algunos invitados a los que saludó con un gesto de la cabeza —. Si no hubiera visto la subasta en persona, podría haber pensado que mientes.

Emma sintió un frío paralizador. ¿Qué pensaría si descubría que mentía?

—Como le he dicho, soy buena observando e imitando.

—Supongo que sí. Míralos —refunfuñó mientras avanzaban—. Cómo detesto las reglas y los chismes y lo importante que es la reputación para las damas, pero no así para los caballeros. Jamás quise la responsabilidad de ser duque, solo quería que me dejaran en paz.

Emma estudió el perfil severo y esbozó una sonrisa.

—No es tan malo, *milord*. Si quiere refregarme en sus narices, lo está haciendo con mucho éxito. Todos me detestan. Mire alrededor. —La sonrisa se ensanchó—. Está funcionando.

El duque asintió y, cuando miró alrededor, detectó varias miradas extrañas que le dirigían a Emma. Pero eso no pareció agradarle.

—¿Acaso no le da satisfacción? ¿No era eso lo que quería?

—No. No me gusta que te miren de ese modo.

A Emma la embargó una ola de calor. Algo en su voz la hizo sentir a salvo y le recordó al hombre que la había protegido de una multitud de hombres que no dejaban de arrojarle insultos cuando su propio marido se había limitado a quedarse de pie con una expresión de júbilo. Era evidente que el duque tenía mucha bondad, aunque no le gustara demostrarla.

Durante la conversación, el centro de la pista de baile se despejó, y varias parejas se alinearon. Los músicos comenzaron a tocar una balada sobre el balcón. Emma vio a *lady* Calliope de pie contra una pared como si se estuviera escondiendo de potenciales pretendientes mientras hablaba con la abuela. El duque de Grandhampton bailaba con una dama hermosa de cabello castaño y ojos grises azulados que le ofrecía una sonrisa radiante. En respuesta, el duque le sonreía con la felicidad de un muchacho adolescente enamorado. Verlo de ese modo la hizo pensar en que jamás había visto sonreír al duque de Loxchester. Lo había visto fruncir el ceño, fulminar con la mirada, ladrar y hablarle con el tono de voz más seductor, pero jamás lo había visto sonreír.

Los invitados que formaban un círculo y observaban a las parejas bailar los empujaron más cerca de una columna grande.

—¿Por qué siempre echa chispas por la mirada como si tuviera una tormenta en la cabeza?

El duque la fulminó con la mirada.

—¿Crees que es tu optimismo sin fin lo que te llevó a aceptar que un completo desconocido te comprara como esposa en una subasta? ¿Cómo está funcionando eso para ti?

Emma se rio.

—Me gusta más de lo que quiero admitir.

Cuando el duque dejó de caminar y la miró a los ojos, Emma por poco se ahogó en la intensa mirada ámbar. La música, las voces y las risas se desvanecieron. El punto en el que el codo del duque le rozaba la piel le provocó un cosquilleo que se le esparció por todo el cuerpo. Debería haber guardado silencio en lugar de admitir que lo estaba disfrutando.

—*Milord* —lo llamó una voz, y una sombra apareció al lado de ellos.

El hechizo se rompió, y Emma apartó la mirada para ver a dos damas de pie ante ellos. La más grande tenía unos ojos celestes glaciales y el cabello rubio con mechones grises. La otra parecía una versión de ella más joven, con el cabello de un rubio más intenso y unos llamativos

ojos celestes. Llevaba puesto un vestido blanco que le caía por el cuerpo femenino y esbelto y se veía hermosa y llena de gracia.

Sebastian asintió con la cabeza.

—*Lady* Whitemouth —saludó a la mayor—. *Lady* Isabella.

Emma se quedó petrificada. «Isabella…». Esa era la hermosa que dama que iba a casarse con él. Tuvo el impulso de apartar la mano del codo del duque, como si la hubieran atrapado con las manos en la masa. *Lady* Isabella tenía una expresión fría y clavaba la mirada en un punto entre Emma y Sebastian, mientras que a *lady* Whitemouth se le había formado una arruga en el entrecejo y se le había curvado el labio superior para formar una leve mueca de repulsión.

—Les presento a mi nueva esposa, la duquesa de Loxchester.

Isabella se puso pálida. No alteró la máscara de amabilidad, pero los ojos le destellaron heridos.

La condesa, por su parte, asintió con la cabeza y apretó tanto los labios que perdieron el color.

—Supongo que siempre pensé que llevaría a mi hija del brazo, y no a otra mujer.

Tras ese comentario, Emma apartó la mano con las mejillas ruborizadas.

—Jamás hubo ninguna promesa o propuesta al respecto, *lady* Whitemouth. No falté a mi palabra, pero me disculpo si hubo algún malentendido. Sin embargo, estoy casado y le deseo a *lady* Isabella toda la felicidad del mundo. —*Lady* Isabella parpadeó.

—Le deseamos lo mismo, *milord*. Supongo que me sorprende no haber visto nada en los periódicos. Es todo. Y uno se pregunta a qué se debe tanta prisa en casarse…

—En cuanto a los periódicos, no tuvimos la oportunidad de anunciar el compromiso. Nos casamos hace dos días. Nuestro amor era demasiado poderoso como para tolerar demoras.

La condesa arqueó las cejas aún más.

—¿Y qué hay de su familia, duquesa? —le preguntó—. ¿Cómo le presentaron al duque?

—Su familia cría cerdos —informó el duque.

A *lady* Whitemouth se le infló el pecho visiblemente mientras jadeaba.

—¿Crían cerdos? —exclamó—. ¡Es de lo más inusual! ¡Jamás he oído de ningún miembro de la sociedad que se dedique a eso!

—Bueno… —una arrogante expresión de satisfacción le iluminó el rostro—, pues ahora lo ha oído.

—¡Ha manchado el buen nombre y el título de Loxchester! Es escandaloso… —susurró *lady* Whitemouth—. ¿Lo sabe su madre, *milord*?

—Sí.

—¿Lo aprueba?

—No.

Emma se mordió el labio inferior. La mentira le pesaba en el pecho y hacía que le sudaran las palmas. Era la hija de un caballero, y la habían criado con fuertes principios morales. No había sido criada para que mintiera ni para que ocultara su verdadera identidad.

Pero se recordó que lo hacía para liberarse. Para escapar de la prisión del matrimonio. Incluyendo, eventualmente, el actual, el de una celda de oro con el duque. Además, ninguno de los presentes sabía quién era en realidad, de modo que ese escándalo jamás llegaría a su familia. Al menos, de momento…

Mientras *lady* Whitemouth y *lady* Isabella intercambiaban algunos comentarios más, el baile llegó a su fin y una nueva fila de invitados ocupó el espacio. *Lady* Isabella se disculpó y les informó que le había prometido el baile a un caballero, y cuando las dos damas se alejaron,

Emma logró respirar con más facilidad.

Pero cuando la música reanudó, las damas y los caballeros comenzaron a bailar, y se produjo un movimiento abrupto entre un grupo de personas que estaban de pie cerca de ellos. Un caballero se volvió, y Emma tuvo que contener un jadeo. Era *sir* Lionell Cross, a quien ella y *sir* Jasper habían visitado en la mansión de Cross Manor. El anfitrión había dicho que se dirigiría a Londres finalizada la fiesta en la casa de campo, y allí estaba, como si sus propios pensamientos lo hubieran conjurado.

—¡Oh, *lady* Bardsley! —exclamó—. ¡Buenas noches!

—*Sir* Lionell… —murmuró. Una fría capa de sudor le cubrió la espalda.

—Pero ¿cómo es que se encuentra aquí? —le preguntó algo ebrio—. No sabía que usted y *sir* Jasper frecuentaban la sociedad londinense.

Emma abrió y cerró la boca, pero no logró encontrar nada que decir, de modo que miró de reojo al duque. Con una furiosa confusión, Sebastian fulminaba con la mirada a *sir* Lionell.

—Un momento… —A *sir* Lionell le dio hipo—. Oí un rumor de lo más tonto… que no puede ser cierto, ¿verdad? Algo acerca de que *sir* Jasper la vendió en una subasta.

La mentira se hizo añicos sobre ella. Las rodillas le temblaron y le subió la bilis. La habían atrapado.

—¿*Lady* Bardsley? —preguntó el duque—. ¿No eres la esposa de un porquero?

En ese momento, el duque de Grandhampton apareció al lado de ellos. Tenía una presencia alta, segura e imponente.

—¿Qué sucede? —les preguntó con el ceño fruncido y los miró a los tres con intensidad.

Sir Lionell se rio entre dientes y sonrió.

—Ojalá fuera la esposa de un porquero, *milord*, y estuviera a la venta de verdad. Yo mismo la compraría. ¡Solo mírela! He soñado con usted, *lady* Bardsley…

Sebastian lo fulminó con la mirada.

—Señor, le pido que por favor cierre la boca —le recomendó el duque de Grandhampton.

Emma deseó que *sir* Lionell le hiciera caso y no solo porque la estaba exponiendo, sino también por su propio bien. Sebastian había mencionado que el duque de Grandhampton practicaba boxeo en una especie de club de boxeo en las peores partes de Londres.

—¿Y ahora la compró un duque? —continuó *sir* Lionell—. ¡Ja! No sabía que ahora se podía comprar a las esposas de los caballeros. ¿Cuánto quiere por ella, *milord*? Aún no estoy casado, y su manera de buscar esposa me parece mucho más conveniente que hacerle la corte a una dama y pedir su mano.

Emma sintió un estremecimiento de horror. Ahora el duque estaba al tanto de todo. Sabía que le había mentido. A pesar de que estaba mortificada, una parte de ella comprendió que eso debía de ser algo bueno porque ahora no se opondría a dejarla ir.

Sin embargo, en lugar de reflejar decepción, el rostro de Sebastian mostraba furia.

—Ha ofendido el honor de mi esposa, señor —le dijo con frialdad—. Demando satis…

Con un nuevo ataque de hipo, *sir* Lionell se cayó a los pies de Emma.

Sebastian y el duque de Grandhampton se volvieron a mirarla. Sintió las miradas como algo físico contra la piel. A pesar de todo, lo que más le importaba era la opinión de Sebastian.

—¿Eres una dama? —le preguntó su marido—. ¿Es cierto?

Se había acabado. Había cometido un error. Ahora se sabía su verdadero nombre. Debería haberse marchado antes. Debería haber insistido más.

Ahora que su reputación quedaría destruida, ¿lograría encontrar trabajo de institutriz?

Sebastian tenía razón. Debería haberlo pensado mejor antes de acceder a casarse con un

desconocido.

—Con permiso —les dijo—. Me ha dado dolor de cabeza.

Se apresuró a huir del salón de baile y no dejó de oír a Sebastian que la llamaba por su nombre mientras la seguía.

7

—ERES *LADY* BARDSLEY… ¿Por qué me mentiste? —le preguntó el duque de Loxchester.

Tenía el rostro frío como una piedra bajo la luz amarilla que proyectaban las lámparas a gas del carruaje por encima de sus cabezas. El traqueteo de las ruedas contra las calles de adoquín le resonó alto en los oídos a Emma, pero no llegó a ahogar el rugido de ira que bramaba en su interior ni tampoco a disminuir su humillación.

—Quería que fuera la esposa de un porquero, ¿no? —le respondió.

Al duque se le tensó el mentón y se le dilataron las fosas nasales.

—¿Por qué ibas vestida como tal si eras una dama?

—Era la manera que se le ocurrió a mi esposo de castigarme por desobedecerle.

—¡Oh! Pues tu desobediencia se ve a la legua.

Emma sintió una puñalada de conmoción y dolor.

—¿Cómo ha dicho?

El duque se apoyó los codos sobre las rodillas y unió las cejas.

—Debió haber tenido un motivo real para intentar deshacerse de ti. Eres una mentirosa.

Las palabras la hicieron ruborizar de vergüenza. El desprecio que le oía en la voz y las cosas que le decía… ¿Mentirosa? No tenía ni idea de lo mucho que detestaba fingir como lo había hecho, y todo para escapar de un matrimonio que se había sentido como una prisión. Para acabar en otro, con él.

¿Cómo pudo haber llegado a pensar que el duque era diferente? No lo era.

Debía marcharse de inmediato. De seguro, ahora que la tenía en tan mala estima, no la querría más.

—Por favor, déjeme ir —le pidió.

Unió las cejas aún más, y se le formaron dos líneas alrededor de la boca con una expresión dolorosa.

—No lo haré. Ya te he dicho que ahora eres mía.

Las paredes del carruaje se encogieron a su alrededor como una jaula. Se le hizo casi imposible respirar.

—¿Por qué? Soy una mentirosa. No soy la esposa de un porquero como usted pensó. ¿De qué le sirvo ahora? No quiero estar casada.

El duque se reclinó contra el asiento y soltó un gruñido.

—Por esta noche, lo estás.

Las lágrimas le ardían en los ojos, y supo que, si decía algo más, rompería en llanto delante de él. No podía. No le demostraría debilidad. Durante el resto del trayecto a casa, guardaron silencio, y Emma solo pudo pensar en cómo escapar.

Al llegar a la habitación, se arrojó sobre la cama. Se negó a llorar, aunque las lágrimas le producían ardor en los ojos y tenía el pecho tan tenso que estaba a punto de sofocarse. En cambio, se puso de pie y comenzó a recorrer la habitación para tranquilizarse. Fue al tocador, pero no se pudo sentar. Se aferró a los bordes en el momento exacto en que las lágrimas ganaron las batallas y unos sollozos violentos le estremecieron el cuerpo.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando alguien llamó a la puerta y entró. Emma se apresuró a secarse las lágrimas y miró por encima del hombro. Era la duquesa de Loxchester.

—¿Qué sucedió? —le preguntó de pie en la entrada. Los diamantes destellaban a la luz de las velas—. Vi que se fueron del baile repentinamente. ¿Será que por fin estás recuperando el juicio?

Emma negó con la cabeza e inspiró una profunda bocanada de aire.

—Disculpe. Usted tenía razón, no debería estar aquí. Y no quiero.

La duquesa asintió con la cabeza, soltó un suspiro y entró en la recámara antes de cerrar la puerta a sus espaldas. Se detuvo delante de ella y la miró a los ojos con tristeza.

—Sebastian nunca se enamorará de ti, es el tipo de hombre que jamás se permitirá amar a nadie. —Con amargura, añadió—: Su padre y yo le hemos dado un mal ejemplo.

Jamás se permitiría amar. Eso no debería importarle. Acababa de demostrarle que era como *sir* Jasper, y, aun así, no le permitiría abandonar esa jaula de oro. Pero ¿por qué la idea de dejarlo hacía que el estómago se le retorciera de dolor?

—Entonces ¿para qué esperar? —le preguntó la duquesa con una sonrisa triste—. Márchate ahora, querida. Has probado la vida del cuento de hadas, pero él y tú no pertenecen juntos. Para mí, era obvio que esto no duraría y, sin dudas, para ti también. No esperes más.

Tras decir eso, se dio media vuelta y se marchó.

¿Por qué él quería que se quedara? La había acusado de ser una mentirosa. Le había dicho que *sir* Jasper había obrado bien al subastarla. Y ahora hasta su propia madre le había asegurado que no tenía la capacidad para amar.

Así y todo, la esperanza del amor que había visto con él… Qué tonta había sido.

Sin dudas, era el sueño infantil e inocente que *sir* Jasper había destruido. El sueño de un matrimonio feliz. Aún deseaba amor, pero debería limitarse a aceptar que eso no sucedería jamás. Ni con *sir* Jasper ni con el duque.

Emma decidió que ya era suficiente. La duquesa estaba en lo cierto. Se iba a marchar, aunque una parte de ella sintiera pena de dejar a Sebastian. Resuelta, se puso el vestido de día que *madame* Dubois le había confeccionado. No tenía ninguna posesión, pero necesitaba dinero para escapar. Se sentía demasiado avergonzada como para regresar a su familia. Su reputación estaba dañada, pero también había accedido a la subasta sabiendo que *sir* Jasper no le daría a su familia el ingreso al que tenía derecho según el contrato matrimonial si dejaban de estar casados. Aunque las tierras que le había prometido a su padre ya se habían vendido, podría haber convencido a *sir* Jasper de que les ofreciera otra fuente de ingresos, en especial si le hubiera dado lo que él deseaba.

Pero eso ahora estaba en el pasado. Tenía que comenzar una nueva vida. A lo mejor iría a Escocia o Canadá y buscaría empleo de institutriz. Allí, su reputación no sería ningún problema. Se cambiaría el nombre. *Sir* Jasper jamás la encontraría. Y a Sebastian no le importaría.

Se sintió avergonzada de solo considerar robar algo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Cuando comenzara a cobrar un salario, le suplicaría a Sebastian que la perdonara y le devolvería el dinero.

Pero antes debía huir.

Sebastian recorrió la habitación de un lado a otro sin apartar la mirada de la puerta que unía su recámara con la de Emma.

Se sentía fatal por la pelea que habían tenido en el carruaje y el modo en que se había comportado con ella. Debió haber sido horrible estar casada con *sir* Jasper.

De repente comenzó a recordar los detalles que había ignorado del aspecto que presentaban los dos en Clovham. El hombre llevaba el mentón bien afeitado y unas patillas de moda, por no mencionar la falta de barro y ojeras bajo los ojos o la piel del rostro arrogante curtida. *Lady* Bardsley no andaba encorvada ni se ocultaba. Llevaba la espalda erguida y los hombros bajos. Una cofia blanca le cubría los rizos oscuros que llevaba en un peinado a la moda. Además, hablaba como una dama y eso no se debía a que su madre hubiera sido una dama de compañía ni porque fuera buena imitando. Esa era una explicación bastante mala.

Sebastian gruñó. Debería haberlo cuestionado todo. Lo había tenido delante de las narices.

Pero dejando eso a un lado, qué patán era *sir* Jasper. No había ninguna excusa para justificar a un hombre que castigaba a su esposa humillándola y subastándola.

El hecho le recordaba a su infancia.

En las únicas oportunidades en que sus padres le prestaban atención era cuando se comportaba mal. Cuando hacía las cosas bien, nadie reparaba en su existencia. Pero cuando se rebelaba y creaba problemas, se escondía de su tutor, rompía algo o lo dañaba, su madre se quedaba con él más tiempo. Y, a pesar de que lo castigaba, al menos reparaba en él. Su padre le decía cosas como: «Eres un castigo de Dios», o «¿Por qué tengo que cargar con un heredero tan malo?». Y, en varias ocasiones, lo abofeteaba. Si bien Sebastian había sentido que su padre notaba su existencia, también se había sentido odiado.

Había hecho tan infelices a sus padres que los había llevado a ser infieles. Siempre estaban molestos por su comportamiento infantil y revoltoso. El enfado que sentían hacia él fue destruyendo gradualmente su relación.

Hasta que todo explotó un día, cuando tenía ocho años. No quería recordar el evento porque se avergonzaba de sus actos y de su estupidez.

Había sido su culpa. Y ahora se había comportado como su padre con Emma y la había hecho sentir fatal. Pero deseaba que nunca más se sintiera de ese modo. Como tenía que decírselo, abrió la puerta que conectaba las dos recámaras.

—Discúlpame… —comenzó, pero se detuvo al ver la habitación vacía.

¿Dónde estaba? El estómago le dio un vuelco. La había visto subir cuando regresaron.

Bajó las escaleras corriendo y se dirigió a la cocina.

—¡Standen! —gritó desde arriba—. ¡Standen!

Pasó por delante de las paredes sencillas del sótano a toda prisa. Oyó las sillas de los criados que se arrastraban por el suelo al tiempo que el personal se ponía de pie.

Anonadado, Standen apareció en el pasillo.

—¿*Milord*?

—¿Dónde está mi esposa?

—Jack la llevó, estaba apurada.

—¡Por todos los diablos! —maldijo Sebastian—. Disculpa, Standen. Por favor, dile a Oliver que prepare un carruaje.

—Enseguida, *milord.*

Sebastian asintió con la cabeza y volvió a subir las escaleras a toda prisa. Oyó unos pasos

apresurados, y vio que su madre salía de su recámara en un salto de cama.

—¡Oh, Sebastian! ¿Dónde está la señora Eastbrook? ¡Una de las criadas tiene que ser una ladrona! Ha desaparecido mi precioso alhajero, el que es de madreperla… ¡Es muy importante para mí!

Estresada, se estrujó las manos, mientras sus rasgos reflejaban profundo temor.

—¿Por qué un simple alhajero es tan importante para ti, madre? Jamás en mi vida te he visto tan asustada.

—¿Dónde está la señora Eastbrook? —exclamó.

Pero a Sebastian no le pudo importar menos el alhajero que había desaparecido. Sentía que no podía respirar si Emma no se encontraba cerca. La conocía hacía menos de una semana, y, sin embargo, sin ella era como si lo hubieran privado de luz y se encontrara en penumbras.

Ignorando a su madre, salió corriendo por la puerta principal, dispuesto a ir tras su esposa en cuanto el carruaje estuviera listo.

8

EL CARRUAJE traqueteó por las calles adoquinadas. Emma sacó la cabeza por la ventanilla y miró hacia atrás. Las elegantes mansiones de Mayfair que formaban dos hileras a ambos lados de la calle aparecían a la luz de las lámparas de gas y luego se hundían en la oscuridad.

Un carruaje viejo y destartalado los seguía.

A Emma le pareció verlo moverse entre las sombras de la plaza Burlington Square en cuanto Jack condujo el carruaje afuera de Longton Place.

Avanzaron varios minutos más antes de que volviera a asomarse por la ventanilla y viera que el carruaje aún los seguía. De hecho, cada vez se encontraba más cerca, y la embargó una sensación de desasosiego.

En la siguiente ocasión en que se volvió a mirar, la distancia que separaba los vehículos se había reducido de forma significativa. Al cabo de unos segundos, el segundo coche se encontraba lo suficientemente cerca como para que Emma pudiera oler los caballos y ver unas cicatrices en el rostro del cochero, que llevaba un parche sobre un ojo. El ojo descubierto la miraba fijo.

¿Quién sería? Ningún cochero decente se acercaría tanto. ¿Serían ladrones, criminales que pensaban que era una duquesa y esperaban quitarle dinero y joyas? El cochero jaló las riendas para que los caballos apretaran el paso y el carruaje se alineara con el de Emma. La madera de ambos vehículos se rozó, se produjo un estrépito y se vieron empujados a un costado de la calle.

Emma miró hacia adelante y exclamó:

—¡Más rápido! ¡Más rápido, por favor!

Jack blandió el látigo, y el carruaje comenzó a apartarse del perseguidor, viró en una esquina cerrada y se tambaleó. Los caballos soltaron un relincho estridente. El suelo se dio vuelta bajo los pies de Emma. Se oyó un fuerte estrépito y el carruaje se volcó antes de impactar contra el lateral de un edificio.

Emma salió volando dentro del carruaje, se estrelló contra una pared y se dio un golpe en la cabeza. Con las manos temblorosas, se quitó esquirlas de vidrio del vestido. Acto seguido, abrió la puerta en el extremo opuesto del carruaje e intentó salir del vehículo.

—¡*Milady*! —la llamó Jack al tiempo que se subía sobre la pared del carruaje y le extendía una mano—. ¡Discúlpeme! ¿Se encuentra bien?

Cuando le tomó la mano, la ayudó a salir del carruaje.

—Sí —repuso.

Jack saltó al suelo y le ofreció la otra mano para ayudarla a bajar a la calle. Emma miró alrededor. A pesar de lo que había ocurrido, no podían haber conducido durante más de diez minutos. La calle a su alrededor no se parecía a Mayfair. Los edificios eran casas grandes de tres plantas de altura, con ventanas rectangulares y lámparas a gas que aún iluminaban las calles.

Oyó cascos que repiqueteaban contra los adoquines. Y, al cabo de un momento, un carruaje dio vuelta a la esquina y se detuvo. Emma dio dos pasos hacia atrás al ver que dos hombres se apeaban de un salto. El cochero con el parche en el ojo también se bajó.

Los tres maleantes se acercaron y la miraron detenidamente.

Jack se colocó delante de ella y cerró las manos en puños.

—Atrás.

Cuando los hombres se llevaron las manos a los cinturones, tres dagas destellaron a la luz.

—Al parecer, la dama se encuentra en aprietos —señaló uno de ellos.

Emma negó con la cabeza.

—Por favor, Jack. No hace falta pelear.

Eran rufianes. Debían querer robarle. Metió la mano en la bolsa de mano y extrajo el alhajero de madreperla que se había llevado de la habitación de la duquesa.

—No tengo dinero para ofrecerles, pero por este alhajero conseguirán una buena suma. Se lo pueden quedar si me dejan ir.

Uno de ellos se movió hacia adelante y se lo arrebató de la mano antes de guardárselo en la chaqueta.

—Ahora, márchense, por favor —les pidió.

Pero ninguno de los tres se movió.

—Qué bonito —dijo el hombre que tomó el alhajero—, pero hemos venido por ti. *Sir* Jasper te espera.

«¿*Sir* Jasper? No. ¡Por favor, *sir* Jasper, no!». No podía regresar con él.

Jack dio un paso hacia adelante.

—¡Aléjense de la señora!

Uno de ellos se abalanzó sobre Jack y le dio varios puñetazos en el estómago. Jack y el maleante aterrizaron sobre el pavimento, al tiempo que el cochero le golpeaba la cabeza al hombre. El asaltador se defendió dándole un golpe tras otro en el rostro.

Emma se horrorizó al ver que el cochero dejaba de moverse y dio un paso hacia atrás sintiendo que el suelo desaparecía de debajo de sus pies. El asaltador se incorporó, y los tres se le acercaron. Uno de ellos la sujetó y le enterró los fuertes dedos en la piel. La embargó una ola de pánico y gritó y se retorció mientras la arrastraba hacia el carruaje.

No, no permitiría que se la llevaran. No regresaría con *sir* Jasper para que la controlara, la manipulara y la insultara. No cuando estaba tan cerca de conseguir la libertad que tanto anhelaba.

Intentó apartar el brazo, pero el captor la sostuvo con fuerza, y luego otro hombre le sujetó el otro brazo. Entre los dos la arrastraron.

—¡Suéltenme! —gritó rebatiéndose contra la presión de acero—. ¡No regresaré con él!

De repente, oyeron el trote de unos cascos y el traqueteo de unas ruedas a sus espaldas. Los asaltantes se quedaron petrificados, pero no la soltaron.

El carruaje se detuvo, y un hombre se apeó. Lo habría reconocido simplemente por la silueta oscura: los hombros anchos, el cuello grueso y musculoso y el mentón cuadrado. Era el duque.

Sintió el cosquilleo de algo liviano en el vientre.

—Suelten a mi esposa —demandó con frialdad al tiempo que se detenía bajo la luz.

El cochero del duque de Loxchester descendió del asiento delantero del carruaje y apuntó a los maleantes con una pistola.

—No es su esposa —lo contradijo el que llevaba el parche en el ojo.

El que no la sostenía, se lanzó sobre el cochero del duque, que disparó el arma. Sin embargo, la bala erró, el asaltador alzó el brazo, y la daga destelló a la luz de las lámparas de la calle. El

cochero del duque se agachó y le asestó un puñetazo en el estómago. El atacante se dobló en dos, pero se arrojó sobre el cochero y lo empujó contra la pared de un edificio. El ruido de un hueso al quebrarse sonó en el aire.

Uno de los hombres que la sostenía, corrió a ayudar a su compañero, y ambos se volvieron hacia el duque. Pero, a pesar de que lo superaban en número, el duque mantuvo a los dos hombres a raya y les arrojó un puñetazo tras otro. El que la seguía sosteniendo contemplaba la escena con los ojos abiertos de par en par y algo distraído, de modo que Emma aprovechó para pisarle el pie y asestarle un codazo en el estómago.

Se liberó y se volvió para ver a los otros dos asaltadores que yacían en el suelo.

El que había tomado el alhajero se recuperó del ataque y estaba a punto de volver a sujetarla. El rostro del sujeto se veía violento a la luz de las lámparas. De pronto, una figura alta cayó sobre él. El duque le sujetó el brazo y le reventó el puño contra el mentón. El hombre se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio y se apartó aún más. No volvió a atacar, sino que giró y echó a correr. El duque se apresuró a seguirlo, pero el hombre fue más rápido. Se subió sobre el asiento del conductor, blandió el látigo, y tras soltar un relincho, los dos caballos emprendieron la marcha.

Emma saltó a un lado cuando el carruaje pasó a toda marcha por delante de ella.

Era libre… de *sir* Jasper.

Miró al duque a los ojos. Sebastian se encontraba de pie y parecía un gladiador atrapado en las prendas de un aristócrata. Cuando avanzó hacia ella, las piernas la llevaron hacia él. Antes de que pudiera decir nada, sintió que le pasaba un brazo por la cintura y otro por el cuello.

Se abrazaron como si siempre hubieran pertenecido juntos, como si de verdad fueran marido y mujer. La sostuvo en sus brazos y la miró con cautela.

—¿Te han lastimado? —le preguntó.

—No, solo estoy conmocionada —respondió derritiéndose ante sus caricias.

El carruaje estaba hecho añicos, y Jack yacía inconsciente en la calle. No podía marcharse, a menos que la dejara. Pero ¿debía preguntarle?

Acababa de robarle. No la querría.

De pronto, vio un pequeño cardenal que se le comenzó a formar en el pómulo.

—¿Se encuentra…? —Dejó de hablar al sentir algo cálido y húmedo bajo la palma de la mano, que tenía apoyada contra el hombro de él. Al verlo, aun en la luz tenue que proyectaban las lámparas de gas, pudo ver que se trataba de sangre—. ¡Está herido! —exclamó al tiempo que interrumpía el abrazo y lo hacía girar para estudiarle el hombro. Vio un corte profundo que manaba sangre. No se podía marchar. Primero, debía asegurarse de que se encontrara bien.

—Tenemos que buscar ayuda —dijo—. ¡Oh, por todos los cielos, Jack!

El duque y su cochero, Oliver, arrastraron a Jack, que seguía inconsciente, al interior del carruaje. Luego, Oliver desató los dos caballos del carruaje caído y los sujetó a la parte trasera del vehículo del duque. Era un milagro que no se hubieran roto una pierna. Emma agradeció por esa pequeña bendición. Con cada minuto que transcurría, el estómago se le ceñía de preocupación por el duque y Jack. Los dos habían resultado heridos por protegerla.

Antes de partir, el duque le pidió a Oliver que regresara más tarde con más hombres a recuperar el otro carruaje.

9

SEBASTIAN YACÍA en la cama con el pecho descubierto, mientras que, sentada a su lado, Emma le limpiaba la sangre del hombro. La herida le palpitaba, pero no le importaba. Nada le importaba, excepto tener a esa mujer a su lado y a salvo. Emma tenía los ojos completamente abiertos; de seguro, seguía conmocionada por los eventos de la hora anterior.

Él mismo sintió que podría haber muerto al verla en las garras de esos matones que intentaban llevársela.

Emma había huido de él. Le había robado a su madre. Pero ¿qué esperaba? Él la había llevado a actuar de ese modo con su comportamiento abominable. La había vuelto miserable, porque eso era algo que se le daba bien.

A pesar de todo eso, no podía evitar desearla. Se veía muy hermosa a la luz cálida y modesta del fuego que ardía en el hogar. Sus preciosos ojos verdes eran del mismo tono del musgo, un rubor les daba color a sus mejillas y tenía los labios entreabiertos. Los labios que tan bien se habían sentido contra él, los labios que anhelaba volver a reclamar.

Pero no era solo su belleza lo que le hacía sentir algo liviano en el pecho. Era ella. Se había parado fuerte y orgullosa en el mercado de Clovham. Y ese día debió de haber atravesado la experiencia más traumática de su vida y, no obstante, allí estaba sin llorar ni quejarse, cuidándolo con eficacia.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó—. ¿Por qué has robado y huido?

Tras oír las preguntas, dejó de moverse y le dirigió una mirada llena de culpa.

—Lo siento mucho. Planeaba devolverle el dinero cuando encontrara trabajo de institutriz.

—¿Institutriz? —repitió—. ¿Tan terrible es ser mi esposa?

La pregunta la hizo reír al tiempo que negaba con la cabeza y tomaba una venda limpia de la caja que había sobre la mesa de luz. La luz de la vela titiló repentinamente cuando le envolvió el hombro con la venda. Sintió un pálpito en la herida, pero cuando Emma le tocó la piel, el dolor pareció disolverse.

—Ya está —le informó tras terminar de amarrarle el vendaje.

Recogió el cuenco con agua ensangrentada y lo llevó hasta el escritorio. Se movió con tanta gracia y facilidad, que los pequeños talones repiqueteaban con suavidad contra el suelo de madera y se silenciaron cuando atravesó la alfombra persa. Encajaba tan bien en su hogar y en su vida, que el corazón le dolía. El tono oscuro de verde azulado de las paredes de la habitación hacía que le resaltaran los ojos. Los muebles de caoba eran del mismo color que su cabello. El nuevo vestido crema, el que *madame* Dubois le había hecho por una suma exorbitante de dinero que estuvo feliz de pagar, era el único elemento claro en la habitación y la hacía parecer un ángel en la oscuridad de su vida.

Mientras observaba la tela del vestido moverse sobre el cuerpo femenino, se percató de que nunca antes había llevado a ninguna mujer a esa recámara. Si tomaba alguna amante, la visitaba en su hogar. Y Elysium, el club con las prostitutas más caras de Londres, tenía recovecos en el vestíbulo principal.

Nunca quería tener a ninguna otra mujer allí. Solo a ella. Esa idea le hizo sentir algo pesado y cálido en la boca del estómago. Porque sin importar cuánto quisiera que se quedara para hacerla suya, ella no lo deseaba.

Sin ponerse la camiseta, se incorporó y avanzó hasta la pequeña mesa redonda con dos sillas que había frente al hogar. La señora Eastbrook le había enviado una botella de oporto y una tabla de quesos y embutidos.

—¿Quieres una copa? —le preguntó quitándole el corcho a la botella—. Debes estar conmocionada.

El fuego se sentía cálido y agradable contra la piel… ¿o sería el efecto que tenía ella al acercarse a él?

—Sí, gracias —respondió y se sentó en una de las sillas.

Le sirvió una copa, y el aroma dulce del vino le embargó los sentidos. Cuando se la entregó, los dedos se rozaron por un instante, y el contacto le produjo una ola de fuego en todo el cuerpo.

—Me has dado un buen susto —le dijo—. Eres mi responsabilidad.

Emma se humedeció los labios y bebió el oporto. Sebastian también bebió y sintió cómo el líquido dulce y ácido le quemaba la boca.

—Lamento haberlo puesto en peligro —se disculpó—. No era mi intención que lo lastimaran ni que Jack resultara herido.

Por fortuna, Jack había recuperado la consciencia de camino a Longton Place. Tenía un chichón en la cabeza, pero no había vomitado ni se sentía mareado. En ese momento, estaba descansando, y un médico vendría a examinarlo a primera hora de la mañana. Oliver y otros dos lacayos habían ido a recoger el carruaje destrozado.

Sebastian se sentó en la otra silla y estiró las piernas delante de la rejilla negra frente al hogar y sintió el calor agradable contra los pies descalzos.

—No te preocupes por mí —le dijo—. Es un pequeño precio que pagar por tu seguridad. Pero no me has dicho la verdad acerca de ti. ¿Quién eres en realidad? ¿Y por qué te subastó tu marido?

Mientras aguardaba una respuesta, le sirvió otra copa de oporto.

—*Sir* Jasper Bardsley es un baronet de Bedfordshire —comenzó—. Hemos estado casados alrededor de un año.

De solo pensar en que ese hombre, *sir* Jasper, era su marido, fue como si le hubieran apuñalado el pecho con una espada de esgrima. Detestaba pensar que le perteneciera a alguien que no fuera él.

—De acuerdo —dijo y se bebió el oporto sin saborearlo—. ¿Y por qué te subastó?

—Somos una pareja inadecuada —repuso—. Nunca lo amé, pero supongo que el amor no es un requisito para el matrimonio. Y puede que sea tonto considerando la cantidad de matrimonios sin amor que hay, pero siempre soñé que estaría locamente enamorada de mi marido. Jamás sentí mucho por *sir* Jasper, pero tenía la esperanza de aprender a quererlo. —Bebió un sorbo de vino y apoyó la copa sobre la mesa—. Pero jamás podría querer a un hombre que intenta controlarme y me sofoca. Hasta envió a esos matones para recuperarme.

A Sebastian se le tensaron los dedos alrededor del borde de la copa y sintió cómo los patrones con decoraciones se le hundían en los dedos. ¿*Sir* Jasper la sofocaba e intentaba

controlarla? Era fácil de creer, sobre todo teniendo en cuenta el comportamiento absurdo del tipo en la plaza del mercado. Pero Sebastian también debía reconocer sus propias faltas. Al fin y al cabo, ¿no se había comportado como *sir* Jasper esa noche? La culpa le pesaba en el pecho.

—Dejé de recibirlo en mi cama hace unos meses. De solo pensar en que me tocara, sentía repulsión. La subasta… era su manera de enseñarme una lección. Intentaba humillarme, asustarme e intimidarme para que le obedeciera.

—Qué hombre más patético —acotó Sebastian—. ¿No viste ninguna señal de ese tipo de comportamiento antes de la boda?

—No. Puede ser de lo más encantador cuando uno acaba de conocerlo, y yo era inocente y optimista. No me podía imaginar que pudiera ser tan… Me casé con él por obligación hacia mi familia. Le tenía que dar unas tierras a mis padres que los ayudarían a nivel financiero y generarían mejores oportunidades de matrimonio para mis tres hermanas menores, que no tenían dote alguna.

—Tienes razón. Hay muchos matrimonios sin amor. Estoy seguro de que, si mis padres hubieran tenido la oportunidad de subastarse en una venta de maridos y esposas, lo habrían hecho.

—¿Por qué? ¿Acaso el matrimonio de ellos fue tan malo como el mío, *milord*?

—Por favor, llámame Sebastian.

En respuesta, le ofreció una de sus sonrisas más intensas, y se sintió como un rayo de sol en el rostro.

—En ese caso, me puedes llamar Emma.

Sebastian asintió al tiempo que algo cálido le florecía en el pecho. Emma… qué nombre más hermoso y dulce. Como ella.

—Y su matrimonio… —continuó—, sí, me atrevo a decir que mi madre se vio obligada a darle un heredero a mi padre. Ni siquiera se las ingeniaron para tener uno de sobra. Se engañaban constantemente. Eso sería motivo para divorciarse, pero ese tipo de cosas lleva años. Además, cuesta dinero. Pero Dios sabe que mi padre tenía una gran fortuna. Supongo que ninguno de los dos quería sentir la humillación de los periódicos de cotilleos cubriendo cada detalle para el público.

—Oh, sí —repuso Emma—. *La gaceta de los adúlteros*. Hay quienes se desviven por leerlo.

Sebastian asintió.

—Por eso no se divorciaron. Y creo que jamás he conocido a dos personas que se detestaran más que ellos. Y era mi culpa.

Emma frunció el ceño y se sentó más erguida.

—¿De qué hablas, Sebastian?

Oír su nombre de sus labios fue como saborear miel. Se aclaró la garganta y sintió la tensión en el pecho. Hablar de su infancia dolorosa, la miseria de ser el responsable del fracaso del matrimonio de sus padres… Jamás le había contado eso a nadie, ni siquiera a Preston.

—De pequeño, era un niño travieso. Siempre lloraba para llamar la atención o rompía cosas, huía y rehusaba aprender latín y francés o a leer las obras de Shakespeare. Y cuando me regañaban, al menos sabían que existía.

—Eso no significa que fueran infelices por tu culpa.

—Pero lo eran. Estaban enfadados conmigo. Infelices conmigo. Pero no fue hasta los ocho años que hice que todo colapsara de verdad.

—Fue en este preciso lugar, en Longton Place, que vi a una dama que visitaba a mi padre en varias ocasiones. Sin pensarlo demasiado, pregunté quién era la dama con la capa púrpura que

visitaba a papá tan a menudo y a quien a mi padre le gustaba abrazar. Pregunté si era una pariente de la que no sabía nada.

Se río, y sintió dolor en el pecho.

—Recuerdo que el rostro de mi madre perdió todo el color. Las manos le temblaron tanto que se le derramó el vino. Despacio, se incorporó y salió de la sala de estar. Entonces supe que había hecho algo terrible y malo. Corrí tras ella y la llamé, pero no la pude encontrar. Y, de pronto, los gritos de mis padres se oyeron por toda la casa.

Miró los ojos grandes y verdes de Emma que lo observaban con tanta empatía y comprensión que se le cerró la garganta. No lo estaba juzgando. Ni le echaba la culpa. Solo, se limitaba a escucharlo. Y tuvo la certeza de que lo comprendía, y una ola cálida lo embargó.

—Luego de eso —continuó—, se fueron preocupando cada vez más por sus propias vidas, y yo siempre me sentí solo. No sé si la dama con la capa púrpura era su amante o no, pero luego de eso, mi padre tuvo varias aventuras que no se molestó en intentar ocultar. Hasta acudió a bailes y veladas sociales con sus amantes. Mi madre también tomó amantes. Según oí más tarde, tuvo al menos un aborto, y todos sabían que no era de mi padre.

—Oh, Sebastian. —Estiró la mano por encima de la mesa para cubrirle la suya. Era tan cálida, suave y delicada que sintió una sensación de consuelo de que tan solo lo acariciara—. Eras un niño. Nada de eso es tu culpa.

Sebastian soltó un suspiro profundo y clavó la mirada en la llama de la vela sobre la mesa.

—Míranos a mí y a *sir* Bardsley. Estoy contenta de no haber tenido un hijo suyo aún, pero, aunque lo hubiera tenido, nada de lo que pudiera hacer el niño nos haría más compatibles como pareja. Nuestro matrimonio es inútil. Me casé con él para que mi padre consiguiera tierras e ingresos, pero luego descubrí que había vendido esa propiedad mucho antes de firmar el contrato.

Sebastian se sentó erguido en la silla.

—¿Le prometió a tu padre tierras que ya había vendido y no eran suyas para dar?

Emma soltó un suspiro.

—Así es, la propiedad de Charing Fields. Eran tierras de labranza con algunas cabañas. Recuerdo el nombre del contrato. Un tiempo después, *sir* Jasper estaba ebrio en una cena en la residencia Bardsley y alardeó de la gran suma de dinero que le habían pagado por la propiedad hacía dos años.

—Emma, ¿entiendes que eso se llama fraude?

—¿Eso es en serio? No lo sabía.

—Y es un motivo legalmente aceptado para anular el matrimonio.

De pronto, se quedó petrificada.

—No bromees, por favor.

—No es broma. La anulación de un matrimonio es bastante rápida. Y es posible si se ha cometido fraude.

Sebastian sintió un cosquilleo en todo el cuerpo. A Emma se le agrandaron los ojos y se volvió a mirarlo con los nudillos blancos de aferrarse fuerte a los apoyabrazos.

—No me atrevo a guardar esperanzas… —dijo al tiempo que una sonrisa le asomaba al rostro.

—¿Te gustaría liberarte del matrimonio? —le preguntó. «¿Para casarte conmigo y ser mi esposa de verdad?», añadió en su mente.

—¿Si me gustaría…? —repitió—. ¡Claro que sí!

—Entonces te ayudaré, si así lo deseas. Pero necesitaremos evidencias. El contrato de

matrimonio. Y el acta de venta de la propiedad.

—Puedo conseguir el contrato, mi padre tiene una copia. Y el acta de venta… ¿no está registrado en algún lado?

—Hablaré con mi abogado. —Se rio con suavidad—. Has dicho que querías un matrimonio por amor. No deberías ser parte de uno infeliz. Nunca supe que podría haber sentimientos entre un marido y su esposa porque jamás lo presencié. Y jamás me imaginé que me casaría. —La miró detenidamente a los ojos—. Hasta que te conocí.

—Sebastian… —susurró—. Puede que tus padres no se hayan querido, pero deberían haberte mostrado el cariño que te merecías. Por mi parte, creo que eres un hombre amable y maravilloso que es muy capaz de hacer feliz a una mujer.

«Hacer feliz a una mujer…». Esas palabras, de boca de ella, lo dejaron sin habla; anonadado. Algo cálido le surgió en el centro del pecho. Si era capaz de amar, ella era la única persona a la que podía imaginarse dándole su corazón o con la que se podía ver casado. Pero no quería obligarla a estar amarrado a él como lo había hecho *sir* Jasper.

En lugar de eso, le demostraría cómo serían sus vidas si, en efecto, estuvieran casados. Le mostraría cómo sería la vida con él. Le daría placer en todas las poses del mundo. Le revelaría lo mucho que la adoraba y la deseaba.

—Te protegeré, Emma. Eso está fuera de cuestión.

Se puso de pie y avanzó despacio hacia ella. Luego se arrodilló y le apoyó las manos sobre los muslos. Emma parpadeó con los ojos bien abiertos y destellantes a la luz del hogar.

—Te liberaré —le aseguró antes de tomarle el rostro entre las manos y besarla.

10

SI EL PECADO TUVIERA SABOR, sería el de la boca del duque. Los labios le hacían caricias lentas y sensuales al tiempo que la lengua se frotaba contra la de ella.

Un pensamiento distante le recordó que podía detenerlo, que ella no era ese tipo de mujer. Pero su cuerpo se rehusaba. La piel se le sonrojó y le ardía bajo sus caricias. Los huesos se le derretían de sentirle los labios contra los suyos. El beso duró tanto tiempo que la cabeza comenzó a darle vueltas. Los senos le dolían y se le endurecieron los pezones. Cuando le apoyó las manos sobre los hombros duros y musculosos, el calor de su cuerpo la hizo arder más que el fuego a sus espaldas.

Olía a almizcle masculino y leña, a sándalo y vainilla. Podía saborear el oporto en su lengua mezclado con su sabor delicioso del que no podía saciarse.

Al cabo de unos instantes, se quedó sin aliento y, cuando Sebastian se apartó, vio que el pecho del duque se inflaba y desinflaba rápido. Tenía los ojos oscurecidos y le destellaban voraces… con deseo… por ella. El pensamiento hizo que el suelo desapareciera de debajo de sus pies.

—Emma —le dijo, y la voz le salió como un gruñido bajo—. Pídeme que me detenga y lo haré. Pero quiero demostrarte cómo sería estar con un hombre que te priorice a ti. Y a tu placer.

Emma tragó con dificultad. Un hombre que priorizara su placer… Era una idea innovadora. *Sir* Jasper jamás había hecho nada que se sintiera agradable. Cuando la besaba, sentía como si quisiera hacerle una examinación médica en la boca con la lengua. Y cuando la penetraba, le dolía más que cualquier otra cosa, y en lo único que podía pensar era en cuánto tiempo le llevaría acabar para dejarla en paz.

Pero con Sebastian… quería más. No quería que ese beso acabara jamás. El placer… nunca pensó que el sexo pudiera ser placentero. Excepto que cada roce de sus dedos contra la piel le hacían sentir un estremecimiento de dulzura por cada recoveco de su ser. Y cuando la lavó con la esponja esa primera noche, las caricias sensuales del duque le habían dado ganas de apoyar la cabeza contra el borde de la tina, cerrar los ojos y soltar un gemido.

De modo que tenía dos opciones. Podía seguir poniendo a todo el mundo antes que ella, como lo había hecho cuando se casó con *sir* Jasper. El hombre que la atrapó en un matrimonio fraudulento. El que se acostaba con otras mujeres cada vez que se le presentaba la oportunidad y ni siquiera intentaba negarlo. El que la vendió a un completo desconocido para castigarla, enseñarle una lección y controlarla.

O, por primera vez en su vida, podía ser egoísta y permitirse una noche que se tratara solo de ella. Podía volver a reclamar el poder que *sir* Jasper le quitó porque ella así se lo permitió. Durante una noche, podía pretender que podía amar y ser amada y que no había nadie que la

controlara, la manipulara o la castigara. Sebastian le estaba dando esa oportunidad.

De pronto, supo qué debía hacer. No se arrepentiría. Porque, aunque *sir* Jasper era su marido según la ley, no lo era en ningún otro sentido. La había traicionado al venderla, la había traicionado al engañarla y la había traicionado no solo a ella sino también a su familia al cometer fraude en el contrato de matrimonio.

Comenzaría los trámites para anular el matrimonio lo antes posible.

De pronto, se sintió más liviana que una pluma, como si se estuviera alzando del suelo ligera y libre. Se sentía como si pudiera extender los brazos y abrazar al mundo entero. Como si pudiera abrazar al hombre apuesto que se arrodillaba delante de ella.

—No te detendré —le aseguró, y Sebastian inhaló profundo, cerró los ojos y esbozó una sonrisa tímida—. Con una condición.

—¿Cuál?

—No me puedes dejar embarazada.

No podía ser una institutriz arruinada con un hijo ilegítimo. Y cualquier bebé que resultara de sus actos se merecía algo mejor que una madre soltera y arruinada que intentaba buscar empleo.

Sebastian alzó la comisura de los labios.

—No, no te dejaré embarazada, cariño. Te lo prometo. Ven aquí.

La tomó de las manos y la hizo ponerse de pie antes de recogerla como un novio recoge a la novia en la noche de bodas para llevarla a la cama. La recostó sobre el colchón y se acomodó al lado de ella. Luego la volvió a besar. Las caricias prolongadas y ansiosas de la lengua la hicieron estremecerse bajo él. Unos sonidos roncos se le escaparon de la boca, y sintió que la piel se le ponía tan caliente que pensó que la habitación estaba en llamas.

El duque interrumpió el beso.

—Emma, vas a acabar conmigo…

La volvió de lado y, con manos expertas, le desató los ganchos del vestido. A continuación, le desató el corsé; era más rápido que la criada. La dejó sentar erguida, le quitó el vestido y el corsé por la cabeza, y Emma se quedó únicamente con las enaguas.

Petrificada observó cómo le recorría cada centímetro de la piel con una mirada oscura. La nuez de Adán le osciló de arriba abajo.

—Por todos los cielos, eres hermosa —le dijo con la voz ronca.

¿Era hermosa? Nunca nadie le había dicho eso. A *sir* Jasper le agradaban sus senos, pero jamás dijo nada acerca de su belleza.

Pero ese hombre sí. Además, era el hombre más apuesto que había visto en la vida. Los músculos se le tensaban sobre el torso duro y tenía el poderoso pecho cubierto por una mata de vello rubio oscuro que le daba un aspecto masculino. Emma deseó acariciarlo allí para ver si el vello era terso o áspero. El vientre fuerte parecía esculpido como el mármol. El hombre estaba en la plenitud de la vida, era grande, duro y atractivo, ardía de deseo por ella y le decía que era hermosa.

—No —lo corrigió—. Tú eres hermoso, Sebastian.

Al oírla, se rio entre dientes.

—Me gusta que me llames por mi nombre de pila. —Bajó la vista a las enaguas—. Afuera.

Se las bajó por el cuerpo y por fin quedó completamente desnuda frente a sus ojos.

—Magnífica, Emma —le dijo y apoyó la mirada en la unión de los muslos. A pesar de todo, no sintió vergüenza ni cohibición. Por el contrario, experimentó algo cálido y húmedo en sus partes más íntimas. Respiró con dificultad al tiempo que Sebastian se inclinaba para volver a besarla en los labios.

Con una mano, le acarició un seno y se lo masajeó dibujándole círculos alrededor del pezón. Una agonía líquida la invadió al sentir que se le endurecía el pezón. Gimió contra sus labios y se arqueó contra su mano.

—Ay, amor, ¿qué me haces con esos sonidos? —murmuró Sebastian.

Luego la besó en el mentón y le fue depositando besos por el cuello a medida que iba descendiendo y la boca le dejaba un rastro ardiente contra la piel. A Emma se le aceleró la respiración y apenas fue capaz de tomar una bocanada de aire. ¿Qué era ese deseo, ese placer, que le despertaba en el cuerpo como un amante experto?

Y luego le tomó un pezón en la boca y se lo succionó.

—Oh… —gimió. *Sir* Jasper le había hecho eso, pero siempre se sintió extraño y doloroso cuando la apretaba con demasiada fuerza en el intento de desencadenarle alguna reacción. Y acto seguido, la había llamado frígida.

Pero no lo era. De lo contrario, no estaría sintiendo todo lo que estaba experimentando en ese momento.

Con delicadeza le mordisqueó el pezón y le dibujó círculos con la lengua mientras que con una mano le acariciaba el otro pecho, provocándola, masajeándola y frotándola… Emma estaba en llamas. La sangre era puro deseo. Todo su ser se convirtió en un súcubo que demandaba, deseaba y pedía más.

—¿Te gusta esto? —le preguntó murmurándole contra el pecho.

—¡Sí! ¡Cielos, sí!

Sebastian se acercó al otro pecho con la boca, pero, en esta ocasión, utilizó la mano para apretárselo mientras succionaba. Emma soltó un grito al sentir que el placer se intensificaba.

Con la mano libre, le acarició el vientre y fue bajando cada vez más. Emma se retorció de la excitación al tiempo que se preguntaba si lo que vendría a continuación le dolería como con *sir* Jasper. Pero, hasta el momento, no le dolía nada y tampoco había algo que le resultara incómodo. Por el contrario, el ardor que sentía en el sexo la hacía querer instarlo a acariciarla y aliviarle el deseo. Cuando Sebastian le separó los pliegues e introdujo un dedo entre ellos, se estremeció del intenso placer. Se movió en esa zona y encontró… algo… un punto tan sensible, que Emma no pudo evitar quedarse quieta y gemir.

—Por Júpiter, Emma, ya estás lista para mí… —murmuró—. Tengo que saborearte.

Cuando comenzó a bajar por el vientre, Emma se incorporó alarmada.

—¿Saborearme?

Le dedicó una sonrisa traviesa.

—Sí, cariño. Saborearte. Apuesto a que sabes tan dulce allí como en el resto del cuerpo.

Le separó los muslos mientras ella lo observaba anonadada.

—¿Me vas a besar… allí?

No sabía que algo semejante fuera posible. *Sir* Jasper jamás le había hecho eso.

—Oh, sí, amor —le respondió antes de hundirle la cabeza en la entrepierna.

Soltando un grito, Emma se volvió a acostar y se aferró a la sábana de seda al tiempo que la boca del duque reclamaba su sexo. Con la lengua experta la lamió entera, de arriba abajo, y le dibujó círculos por todos lados. Luego volvió a encontrar ese punto sensible y comenzó a hacer algo que le derritió los huesos. Emma jadeó sin poder hacer nada más que contenerse de explotar ante ese placer que incrementaba cada vez más.

—Oh, Sebastian —gimió—. Por favor…

—¿Por favor qué, cariño? —le preguntó con la voz baja y seductora.

—Oh, ¿qué me haces?

—Te dije que te daría todo el placer del mundo, ¿no?

—Oh, cielos, sí —gimió.

—Pues, habrá más —le aseguró incorporándose de la cama.

Por primera vez, Emma tomó consciencia del notable bulto que tenía entre las piernas. Tragó con dificultad mientras se bajaba los pantalones de piel de ante y la erección salía y se paraba firme. Era larga y gruesa y tenía unas venas visibles.

¿Cómo le iba a caber eso? Era el segundo órgano sexual masculino que había visto en su vida. No sabía que podía ser tan grande.

Le recorrió el cuerpo glorioso con la mirada y se detuvo en los hombros anchos, uno de los cuales estaba vendado, en la cintura estrecha, en el hermoso trasero redondeado, en el que de repente quiso hundir los dedos para acercárselo a su cuerpo sin cesar, en las piernas largas y musculosas y en los pies.

—Para evitar un embarazo, no me derramaré en tu interior —le aseguró mientras volvía a la cama.

Lo único que logró hacer en respuesta fue asentir. Se había olvidado por completo de la condición, pero, aun así, él le demostró consideración al recordarla.

Luego se ciñó sobre ella, hermoso, musculoso y masculino, y le separó los muslos. El miembro duro se presionó contra su sexo, y Sebastian inspiró hondo antes de moverse.

—Por todos los cielos, qué bien te sientes —murmuró.

Tras decir eso, la embistió y comenzó a estirarla deliciosamente. En lugar del dolor que había experimentado en otras ocasiones, a pesar de su tamaño, solo sintió placer. Se aferró a su trasero magnífico y lo instó a penetrarla más mientras se estiraba para darle cabida en su interior. Lo quería entero.

Cuando se terminó de enterrar en su interior, no se movió.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

La observó con los ojos ámbar que habían adquirido un tono caoba y destellaban en la semioscuridad de la habitación. Durante unos instantes, no respondió nada, sino que se hundió en ellos, y una emoción que no logró discernir le cerró la garganta.

—Me encuentro más que bien —le aseguró.

—¡Gracias a Dios! —exclamó antes de comenzar a moverse sin quitarle los ojos de encima.

La fricción era dulce y dolorosa, y cada vez que se hundía en ella, el placer que le proporcionaba con la boca aumentaba. Pero iba más allá y provenía de un sitio en su interior. En breve, comenzó a embestirla mientras entraba y salía de su interior. En ningún momento, apartó la mirada.

Emma sintió que se disolvía en él, el hombre gruñón, pero a la vez protector y cariñoso. El hombre que la había salvado de *sir* Jasper y de los maleantes.

Quería más, mucho más con él. Movió las caderas al mismo ritmo que él en busca de algo, de un placer que desconocía y que jamás quería que acabara.

Sin embargo, algo en su cuerpo se volcó por el abismo, justo cuando estaba con él en la cima más alta y bañándose con la luz del sol. La explosión que radió desde su interior y se expandió por todos lados la hizo soltar un grito.

Sebastian salió de su interior y se derramó sobre su vientre soltando gruñidos casi dolorosos. Cuando acabó, se ciñó sobre ella aferrándose a sus rodillas y respirando entre jadeos sin apartarle la mirada de encima.

Luego la limpió con un trapo que yacía sobre la mesa de luz, se dejó caer a su lado, la cubrió con la manta y la envolvió en sus brazos. Emma soltó un suspiro e inhaló su aroma delicioso con

unas notas de sudor, almizcle masculino y al acto de amor que acababan de hacer.

Respiraron a la par mientras se fue fundiendo en sus brazos. Si moría al día siguiente, esa sería una de las mejores noches de su corta vida.

—Le pediré a mi abogado que trabaje en la anulación de tu matrimonio —le dijo contra el cabello—. Te liberarás de él. Y hasta que lo hagas, te puedes quedar aquí, conmigo.

Emma tragó con dificultad preguntándose qué sería de su nombre, si el escándalo sería mayor de lo que había considerado ahora que su verdadero nombre había salido a la luz entre los miembros de la alta sociedad.

Y si *sir* Jasper accedería a la anulación. Conociéndolo, haría algo para detenerla y volver a tenerla bajo sus garras.

11

TRES DÍAS MÁS TARDE, Emma y Sebastian subieron las escaleras de Sumhall Place, la residencia londinense de la familia Seaton. La propiedad se localizaba en la calle Grosvenor, que estaba de moda y era una de las mejores direcciones en Mayfair. Los Seaton los habían invitado a visitarlos.

De camino allí, Emma notó a un hombre de pie detrás de los árboles de Burlington Square que observaba Longton Place. Sintió un estremecimiento en la columna vertebral al comprender que *sir* Jasper se rehusaba a dejarla en paz. Como Sebastian también lo había visto, había enviado a Benedict, uno de los lacayos, a que lo echara. En cuanto Benedict comenzó a andar en dirección al hombre, este se dio media vuelta y se marchó. Pero Emma sabía que regresaría. Considerando que solo sería cuestión de tiempo hasta que *sir* Jasper volviera a intentar recuperarla por la fuerza, esperaba que la anulación sucediera rápido.

Sumhall era muy diferente a Longton Place. La propiedad era más nueva. Sebastian le había contado que la habían construido hacía treinta años para los padres de los Seaton cuando recién se habían casado. Se notaba que hacía poco habían pintado las paredes blancas prístinas. A través de sus tres plantas, la casa se alzaba hacia el cielo. Las primeras dos plantas tenían ventanas altas y de cristal, mientras que la superior era claramente para los criados, con ventanas pequeñas y techos bajos. A pesar de que no había ningún jardín o patio al que entrar con el carruaje, la entrada era hermosa y elegante.

Un criado los condujo hasta la sala de estar donde estaban reunidos los Seaton. La habitación tenía un aire fresco y distinguido, con refinados empapelados de tiras de colores turquesa pastel. Unas cortinas blancas con patrones bordados de flores del mismo tono decoraban las ventanas largas, y los muebles de madera tenían tapizados blancos. Las pinturas de los paisajes estaban llenas de sol y flores.

El duque de Grandhampton, Preston y *lord* Richard se pusieron de pie cuando Emma y Sebastian entraron en la habitación, mientras que Calliope y la duquesa de Grandhampton permanecieron sentadas.

—Oh, llegaron los recién casados —comentó el duque—. ¿Cómo va la vida en Longton Place, duquesa?

Emma les ofreció una sonrisa temblorosa y miró los ojos amables y oscuros del duque de Grandhampton.

—¿Acaso hay algo que una duquesa pueda necesitar? —le preguntó.

—No lo sé. —El duque se rio con suavidad—. ¿Lo hay?

—Bueno, Sebastian me regala cualquier cosa que pueda necesitar.

—Pero ¿hay algo que «quieras»? —le preguntó Sebastian con los ojos ámbar posados en ella.

¿Cómo tenía la capacidad de mirarla y hacerla sentir como si no existiera nadie más que él?

—Soy una dama del campo. Nunca antes había estado en Londres. Solo conozco la naturaleza. De modo que sí, echo de menos la jardinería. Pero deben pensar que soy una pueblerina.

—De ninguna manera. —*Lady* Calliope le ofreció una sonrisa intensa—. Lo entiendo completamente.

—Las peonías son mis plantas favoritas. Me recuerdan a mi abuela, que me enseñó mucho de jardinería. Cuando estoy en el jardín, siento que está conmigo. —Se rio con suavidad—. En Sherbourne Place, en Staffordshire, mis peonías ganaron el premio de la feria de flores local en tres ocasiones.

—Oh, vaya —dijo la duquesa de Grandhampton arqueando las cejas hasta que se le formaron varias arrugas en la frente—. Eso es algo para esperar con ansias. Me encantaría ver sus peonías la próxima primavera, duquesa.

—Que así sea entonces —accedió Emma ofreciéndole una ancha sonrisa—. Estoy segura de que florecerán muy bien en Loxchester Hall. Sebastian me ha hablado mucho acerca de la residencia de campo de la familia.

Como los ojos de Sebastian brillaban con intensidad y no se apartaban de ella, sintió un escozor en la piel.

—En ese caso, Loxchester, también debes construir un jardín para tu duquesa aquí en Londres —intervino *lord* Preston sonriendo.

Sebastian asintió sin quitarle la vista de encima.

—Lo haré. Te llevaré a Loxchester Hall pronto y podrás cultivar tantas peonías como lo desee tu corazón. Pero antes debemos resolver el asunto de tu matrimonio.

—¿La sociedad la está aceptando bien, duquesa? —le preguntó el duque de Grandhampton.

—Debe ser difícil —reconoció Calliope.

Emma les sonrió y tomó asiento al lado de ella. Sebastian se quedó de pie al lado de Preston, y continuó observándola.

—Un poco —repuso Emma—. Bueno, por algún milagro, el rumor aún no se ha esparcido.

—Y ayuda que sea un duque —añadió Sebastian.

Mientras el mayordomo les servía el té a Emma y Sebastian, la duquesa de Grandhampton bebió un sorbo de su taza.

—Claro que ayuda —coincidió—. Me atrevo a decir que a un duque le perdonan muchas más cosas que a una duquesa.

Emma tomó su taza.

—Ayer fuimos a un baile, y la anfitriona rechinó los dientes, pero nos dejó entrar.

—Por el duque, sin dudas —comentó Preston arqueando una ceja.

Calliope se aclaró la garganta.

—Pero ¿han leído *La sociedad* hoy? —preguntó en referencia al periódico de cotilleos que todos los aristócratas de Londres leían.

—No —respondió Sebastian frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué?

Calliope soltó un suspiro.

—Dice que el duque de Loxchester se casó con la hija de un granjero y que el linaje de los Loxchester está mancillado.

Emma bebió un sorbo de la taza mientras repiqueteaba contra el plato. Sebastian y ella habían pasado los últimos tres días en la dicha pura, como verdaderos recién casados. Habían hecho el amor todas las noches en varias ocasiones. El duque también había ido a hablar con su

abogado para preguntar por la anulación y, a pesar de que el hombre creyó que había buenas bases para conseguirla, no podía decir cuánto tiempo llevaría y recomendó contactar a alguien que se especializara en ese tipo de casos.

Ahora comprendía, con gran temor, que ese hombre le importaba mucho más de lo que jamás había querido.

—Bueno —dijo Sebastian mirándola a los ojos—, no me importa que mi linaje esté mancillado. Sin embargo, sí me importa la reputación de Emma.

—Pero ¿cómo se habrán enterado? —preguntó *lord* Richard.

—¿Cómo es que estas cosas siempre salen a la luz? —le respondió la duquesa de Grandhampton—. La condesa de Whitemouth es la chismosa número uno de la sociedad. Y, dado que no te casaste con su hija, no es muy proclive a ti, Sebastian. Todos los miembros de la sociedad habrán oído alguna versión acerca de quién es tu duquesa en realidad, y el periódico habrá escogido la versión más escandalosa del chisme.

Emma nunca había tenido más claro lo cerca que estaba de arruinar su propio nombre.

—Y al menos no publicaron mi nombre —dijo—. Aún no saben que soy una dama y creen que soy la hija de un granjero. El hecho de poder confiar en ustedes significa mucho para mí.

El duque de Grandhampton alzó el mentón.

—Sebastian es parte de la familia. Es el cuarto hermano que no tuvimos.

Emma entendía por qué. Cualquiera querría a un hombre cariñoso y honorable como Sebastian de amigo o hermano. Tras lo que Sebastian le había contado acerca de lo solo que se había sentido aún mientras sus dos padres vivían, comprendió por qué esas personas cálidas y amistosas eran como una segunda familia para el duque.

—Aun así, la pregunta sigue estando —señaló *lord* Preston frunciendo el entrecejo—. ¿Cómo lidiaremos con estos rumores y qué verdad diremos? Solo tres personas han oído a ese hombre llamar a la duquesa por su verdadero nombre y esas tres personas se encuentran hoy aquí. Pero tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. Y hasta un duque, y en especial usted, duquesa, es vulnerable.

—Supongo que se puede decir que todo fue una broma, Sebastian —señaló la duquesa de Grandhampton—. Es evidente que tu esposa no es una granjera. Es la hija de un caballero, y eso no mancilla tu linaje, ¿no?

Sin embargo, no estaban casados de verdad, y esa información saldría a la luz en algún momento. A menos que el matrimonio con *sir* Jasper quedara anulado rápido.

La única manera de salvar su reputación era casándose con el duque. A pesar de eso, no sabía si estaba lista para encerrarse en otro matrimonio cuando aún no terminaba de escapar del anterior.

Sebastian podía liberarla, y ya no estaba segura si jamás quería casarse. Por primera vez, admitió la posibilidad de que se había casado con el hombre equivocado. Pero ¿sería Sebastian el indicado?

—¿Me das tu consejo acerca de la anulación del matrimonio, Grandhampton? —le pidió Sebastian—. Tienes más contactos con abogados que yo. Quizás sepas algo que se me haya pasado por alto.

Los hombres se dirigieron a una esquina de la habitación, mientras Emma, *lady* Calliope y la duquesa de Grandhampton se quedaron sentadas a la mesa de té.

—Bueno, querida —comenzó la duquesa con una sonrisa que le iluminó los rasgos bondadosos—, en el corto período que llevas aquí has transformado al duque.

Emma apoyó la taza sobre el plato y la dejó sobre la mesa.

—¿De verdad lo cree?

—Oh, sí —repuso *lady* Calliope—. Está distinto, ¿no, abuela? Tiene luz en los ojos. Jamás lo había visto así.

—Sí —coincidió la duquesa soltando un suspiro—. Sé que él y Preston se conocieron en Oxford, pero conocí a sus padres mucho antes de eso. Era difícil de ver cuando visitaba Loxchester Hall, y daban una fiesta. Recuerdo que siempre estaba solo, aun en presencia del tutor. Se lo veía tan gruñón y abandonado. Miraba a las personas con los ojos bien abiertos tras las pestañas, como un cachorro de lobo solitario.

A Emma le dolió el corazón por Sebastian mientras se imaginaba a un niño abandonado que se comportaba mal para llamar desesperadamente la atención.

Unas arrugas se formaron alrededor de los intensos ojos celestes de la duquesa de Grandhampton cuando se volvió a mirarla.

—Siempre supe que, si conocía a una mujer que pudiera mostrarle algo de amor, se convertiría en el gran hombre que estaba destinado ser.

Emma podía mostrarle amor. Quería hacerlo. Sebastian estaba muy equivocado en cuanto a ser el motivo de infelicidad de sus padres, porque Emma veía lo mismo que la duquesa: un hombre maravilloso con un corazón de oro.

—Es un hombre maravilloso —dijo—. Me perdonó cuando robé el alhajero de su madre.

A pesar de que el duque la había perdonado, su madre ciertamente no lo había hecho. No le hablaba demasiado a Emma, excepto lo que había dicho cuando se encontraron por casualidad en el largo vestíbulo de Longton Place.

—Eres una ladrona —le susurró la duquesa acalorada clavándole los dedos huesudos en el antebrazo—. Deberías colgar en la horca en lugar de pasearte por aquí como la señora de la casa. Lo único que me impide presentar cargos de robo es el temor al escándalo. ¡No tienes idea de lo que has hecho, del desastre que podrías provocar para el duque y para mí!

—Por favor, discúlpeme —le pidió avergonzada y confundida por las palabras de la duquesa. ¿Qué tipo de desastre podría generar un simple alhajero? —Lo siento mucho. Iba a devolverles hasta el último centavo.

—El dinero jamás podrá reemplazar ese alhajero. Lo mejor que puedes hacer por nosotros es marcharte y no regresar jamás.

Emma se ruborizó de vergüenza al revivir ese recuerdo.

—¿Ha robado? —exclamó *lady* Calliope—. ¡No! ¿Por qué?

Emma se clavó la mirada en las manos que tenía apoyadas en las rodillas.

—Pensé que tenía que ahorrarle la molestia de echarme de la casa. Quería ser libre, pero cuando llegué a su casa, no tenía nada. Iba a buscar empleo de institutriz y devolverles todo el dinero. No tengan dudas de que me arrepiento muchísimo de mis actos.

La duquesa de Grandhampton se rio por lo bajo.

—No caben dudas de que tienes un espíritu muy perspicaz, querida. ¿Qué alhajero era?

—Uno pequeño, hecho de madreperla. Necesitaba dinero para comprar pasajes a Escocia o a Canadá. Tenía un nombre grabado en el fondo: duque de Ashton. Supongo que es extraño.

De repente, cualquier indicio de humor desapareció del rostro de la duquesa, que arrugó el ceño.

—No le digas nada a nadie acerca de ese alhajero. —Tomó una profunda bocanada de aire y se relajó dando a entender que no pretendía decir nada más del tema.

Sin embargo, Emma no dejaba de hacerse preguntas. Sebastian había dicho que su madre había engañado a su padre. ¿Sería que el duque de Ashton había sido su amante? ¿Sería

Sebastian ilegítimo? Y si lo era, ¿cambiaría algo para ella? Miró al duque al otro lado de la sala de estar y, cuando la miró a los ojos, le ofreció una sonrisa desmesurada. A Emma le dio un brinco el corazón y sintió como si alguien hubiera encendido una vela en el centro del pecho. Sin pensarlo, le devolvió la sonrisa. Era la primera vez que veía una sonrisa real en su rostro.

—Nunca en mi vida lo he visto sonreír de ese modo —comentó Calliope—. Se ve radiante.

La duquesa de Grandhampton miró a Emma con los ojos destellantes.

—Ya se los dije. Solo necesitaba una buena mujer que le mostrara amor.

12

A LA SIGUIENTE NOCHE, Sebastian, Preston, *lord* Richard y Grandhampton se encontraban en el club de boxeo favorito de Grandhampton, Portside, cerca de los muelles. Del alto cielorraso abovedado, colgaban unos candelabros de hierro forjado con velas. Sobre todas las mesas había lámparas. En el centro de la sala, había un cuadrilátero rodeado de varias filas de bancos y sillas para los espectadores que acudían a ver las peleas.

Sebastian adoptó la posición de boxeo con una almohada de entrenamiento en cada una de las manos alzadas. Ante él, se encontraba Grandhampton con el pecho al descubierto chocando los puños contra las almohadas al tiempo que los músculos del poderoso pecho se tensaban y movían bajo la piel y el estómago duro destellaba de sudor. Soltaba cortas bocanadas de aire mientras golpeaba las almohadas, y varios mechones de cabello oscuro se le pegaron a la frente húmeda.

En ese momento, la sala estaba bastante vacía. En otra esquina del club, Preston y *lord* Richard boxeaban con otro entrenador y varios hombres más, algunos de los cuales eran caballeros, mientras que otros eran trabajadores, marineros, cocineros y lacayos que querían aprender la habilidad del boxeo. En una mesa redonda, había dos caballeros sentados que hablaban y bebían oporto, mientras que una camarera secaba copas con una toalla detrás de una larga barra.

El sitio apestaba a sudor viejo, cuero y alcohol. A Sebastian le agradaba ir allí con Grandhampton, a pesar de que solía practicar esgrima con Preston más a menudo. Pero había algo muy satisfactorio en el simple hecho de utilizar los puños para derribar a un oponente.

—¿Ya has contactado a Lamb? —le preguntó Grandhampton mientras rebotaba sobre los pies delante de Sebastian y daba unos pasos hacia atrás y otros hacia adelante para continuar asestando puñetazos contra las almohadas.

—¿El abogado que me has recomendado? —preguntó Sebastian—. Pues, sí. Mañana tengo una cita con él.

—Excelente. —Grandhampton volvió a golpear la mano derecha de Sebastian con tanta fuerza que hizo que le resonaran los huesos—. Ven al club Tyche mañana por la noche. Te presentaré al obispo de Londres y le explicaré tu caso. Es un amigo mío y estará dispuesto a oírte.

Sebastian se enderezó, pero el siguiente puñetazo, que fue dirigido al otro cojín, casi lo hace caer.

—Te lo agradezco mucho, Grandhampton.

Grandhampton se rio mientras se erguía y se apartaba el cabello humedecido de la frente.

—De nada, viejo amigo. Eres como nuestro cuarto hermano. Claro que te voy a ayudar. No

tienes que agradecerlo.

Soltó un profundo suspiro y miró alrededor con el ceño fruncido.

Sebastian echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Ocurre algo?

—No… —repuso Grandhampton algo distraído—. No, es solo que… creo que alguien me está siguiendo.

—¿A ti? —Sebastian entrecerró los ojos. ¿Acaso *sir* Jasper sería capaz de contratar maleantes para que siguieran a Grandhampton? ¿Por qué? ¿Se imaginaba que podía llegar a Emma a través de los Seaton?

—Oh, no es nada. Hace unas dos semanas vi a alguien en la calle de noche. Ni siquiera sé quién era o qué vi con exactitud. Solo sé que algo no iba bien, y desde esa noche veo movimientos por el rabillo del ojo en momentos extraños. He sentido ojos clavados en la espalda.

Dos semanas atrás… eso era antes de la subasta de Emma, de modo que no podía tratarse de *sir* Jasper.

—Sin dudas, suena siniestro —señaló Sebastian—. ¿Se lo has contado a Preston?

—Sí, se lo conté, pero siendo sincero, me arrepiento de haberlo hecho porque no tengo ninguna prueba, es solo un presentimiento.

—¿Puedo hacer algo? —le preguntó Sebastian desconcertado pero preocupado por el hombre que sentía como el hermano mayor que siempre había deseado tener de pequeño.

Grandhampton se rio y volvió a adoptar la posición de boxeo flexionando los brazos para que los codos quedaran delante del pecho y los puños cerrados a la altura del rostro.

—Sí… —respondió al tiempo que le asestaba un nuevo puñetazo en la almohada izquierda —. Puedes ser mi saco de boxeo.

Al día siguiente, tras la reunión con el abogado, que era un hombre listo, conocedor y experimentado, Sebastian regresó a casa de muy buen humor.

Fue a la habitación de Emma y la encontró leyendo sentada con las piernas dobladas. Alzó la vista para verlo mientras entraba, y la mirada de felicidad que reflejaba su rostro hizo que el corazón le diera un vuelco.

Esbozó una sonrisa y se dio cuenta de que su boca había comenzado a sonreír en su presencia, un hábito que no podía ni quería detener.

—Tengo buenas noticias, cariño —anunció mientras entraba y la tomaba en sus brazos para darle un profundo beso en los labios que le hizo desear más—. Cielos, qué bien hueles…

Emma se rio. Era un sonido dulce y hermoso.

—¿Esas son las buenas noticias?

—Sí. El abogado dijo que tienes un buen caso, y mejor todavía con los consejos de Grandhampton. Comenzará a hacer indagaciones acerca de la propiedad para encontrar evidencia de que, en efecto, la vendieron antes de que se firmara el contrato de matrimonio.

Al oírlo, echó la cabeza hacia atrás y se rio. La felicidad de ella lo derritió por dentro y acabó riéndose con ella. Cada vez era más difícil ser el mismo hombre triste que había sido durante toda su vida.

—Me encanta regresar a casa contigo —le confesó.

Luego la volvió a apoyar en el suelo y se llevó la mano al bolsillo interno del traje de levita

para extraer una caja plateada.

—Es para ti.

Emma frunció el ceño al tomarla.

—Sebastian, no.

—Sí, ábrela.

—Pero te robé.

—Porque te viste obligada a hacerlo. No porque seas mala persona. Por favor. Ábrela.

Tragó con dificultad e hizo lo que le pidió mientras Sebastian observaba cómo se le agrandaban los ojos y se le iluminaban por el asombro. Esa era precisamente la reacción que quería. Había encontrado un broche en forma de peonía en Rundell, Bridge & Rundell.

—Has dicho que las peonías son tus flores favoritas, pero no crecían en tu casa de Bedfordshire, así que pensé que de este modo siempre tendrás una peonía que te recuerde a tu abuela.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras le pasaba los brazos por el cuello y apretaba el cuerpo suave y delicado contra el suyo. Sebastian la envolvió en sus brazos y se la acercó aún más. Tomó una profunda bocanada de su delicioso aroma deseando poder inhalarlo por completo y hacerla suya para siempre.

Le dio un beso dulce y largo que le encendió un fuego en la sangre. Lo que más quería era arrancarle las prendas y tomarla allí mismo, pero se detuvo.

—Aguarda, cariño… también quiero darte esto. —Le entregó una bolsa con dinero.

—Sebastian, ¿qué es esto? —La tomó y la abrió. En el interior había monedas y notas bancarias.

—Es para que no tengas que volver a robar si te quieres marchar —le explicó—. Quiero que lo tengas todo y que te sientas libre. Quiero que te sientas a salvo.

Emma negó con la cabeza.

—No, no puedo aceptarlo. —Estiró la mano para devolverle la bolsa—. Aunque es increíblemente generoso de tu parte, es demasiado.

—No, para mí no es nada y para ti lo es todo. Por favor.

Los ojos verdes y grandes brillaban. Era esa luz interior que Sebastian había llegado a conocer y a adorar en el transcurso de los últimos días que había pasado con ella. La luz interior que le había abierto y calentado el corazón frío.

Pero cuanto más sonreía y más se permitía soñar con ella, más dudaba la parte herida de su ser que ella pudiera llegar a amarlo de verdad.

Cuando dos días atrás Emma invitó a la duquesa de Grandhampton a ver las peonías en Loxchester Hall la próxima primavera, el corazón por poco le había explotado. Porque eso significaba que podría estar considerando quedarse con él para siempre.

Pero ¿cómo podría hacerlo? De alguna manera, tarde o temprano, echaría a perder esa relación, aunque en poco tiempo se había convertido en una de las cosas más importantes que tenía en la vida.

Además, lo que más quería ella era su libertad. Y a Sebastian le importaba lo suficiente como para querer que fuera feliz, aunque eso implicara que lo dejara. Por lo tanto, si debía alejarse de él porque no podía amarlo de verdad, tendría algo de que valerse.

—Gracias —le dijo con una sonrisa que se sintió como un rayo de sol sobre la piel.

Sebastian le devolvió la sonrisa. Era imposible no hacerlo cuando se la veía tan radiante y feliz. Hipnotizada, le tocó los labios.

—Te ves muy feliz últimamente. Verte sonreír así es un regalo precioso.

El corazón se le abrió con esas palabras. Era un tonto. Ya no había vuelta atrás. Se había enamorado de ella como jamás se había enamorado de nadie. Todo su ser estaba revuelto. ¿Era capaz de creer que se merecía esa felicidad? Nunca había sabido cómo era el amor… Hasta ahora. Porque la amaba. Y moriría antes de permitir que nadie le hiciera daño.

La besó, pero en esta oportunidad, el beso fue diferente. Quería devorarla, pero también quería adorar a esa diosa de la primavera y el sol que había llegado a su mundo oscuro para cambiarlo todo.

Se sentía suave y cálida en sus brazos, y podía saborear el té que acababa de beber en su lengua. Le introdujo la suya en lo más profundo de la boca y la lamió, la succionó y la provocó. ¿Cuántas veces la había tenido desde que le permitió acostarse con ella?

De seguro, no eran suficientes. Una vida entera con ella no bastaría.

Le acarició los hermosos senos cubiertos por el corsé espantoso que quería hacer añicos. Había visto las marcas que le dejaba en el cuerpo y no entendía por qué las mujeres soportaban esas cosas. Tenía un cuerpo exquisito. Unos pechos gloriosos que no eran ni demasiado grandes ni demasiado pequeños… simplemente perfectos para sus manos.

La acorraló contra el tocador, que produjo un estrépito de frascos de vidrio y cajas moviéndose.

—Date vuelta —le ordenó—. Te voy a quitar estas prendas espantosas…

—¿Espantosas? —Se rio—. ¿No te gusta el vestido que me hizo *madame* Dubois?

Se dio la vuelta y pudo ver su rostro hermoso reflejado en el espejo. Tenía los labios hinchados y rosados de los besos, y los ojos oscuros le destellaban con deseo. Sebastian estaba satisfecho.

Su propio rostro parecía al borde del asesinato. ¿Así se vería cuando la deseaba?

—Detesto cualquier trozo de tela que separe tu cuerpo del mío —gruñó mientras desataba los ganchos del vestido lila pastel que, de hecho, era bastante hermoso.

Mientras la desvestía, le besó el cuello e inhaló el aroma a lavanda y rosas mezclado con su esencia femenina. Le apretó la erección contra el hermoso trasero y se sintió tan impaciente por tomarla que le temblaron los dedos.

—Diablos —gruñó mientras se apresuraba a desatarle los ganchos hasta que se oyó el sonido de la tela desgarrándose cuando jaló demasiado fuerte de uno.

Emma soltó un jadeo y se rio.

—¡Sebastian!

—Te compraré otro. Te compraré cien, si quieres.

Le bajó el vestido hasta que quedó de pie con el trasero redondeado y tentador frente a él, las piernas envueltas en medias, con las enaguas levantadas y el corsé, a pesar de que había querido desgarrarlo. La imagen lo volvió loco. Le aflojó los lazos para que pudiera respirar mejor. Quería que estuviera cómoda para lo que tenía en mente.

—Mmm, Emma, no tienes idea de lo deliciosa que te ves —le dijo tomándole las nalgas en las manos y masajeándoselas mientras disfrutaba de lo que veía.

—Duque de Loxchester —lo llamó mirándolo por encima del hombro—, ¿qué hace?

—Quiero que te veas del mismo modo en que yo te veo, Emma —le respondió mirándola a los ojos—. Date la vuelta y observa cómo te tomo. Mira lo hermosa que eres cuando acabas. —Le levantó un pecho por arriba del corsé y la enagua y se lo apretó con la mano mientras que le llevaba la otra a la entrepierna, al sitio cubierto de rizos suaves, y le introducía un dedo entre los pliegues cálidos. Emma soltó un jadeo, echó la cabeza hacia atrás con los ojos entrecerrados—. Ve el tesoro que eres.

Con el otro dedo, buscó el clítoris y comenzó a masajeárselo mientras la embestía con el tercer dedo hacia adentro y afuera de la profundidad cálida y húmeda.

Soltó un jadeo y sintió cómo se tensaba alrededor de su dedo y se humedecía cada vez más. Luego comenzó a mover las caderas al ritmo de los movimientos de Sebastian.

—Sí, eso es —le dijo notando cómo se le ruborizaban las mejillas y se le entreabrían los labios carnosos. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y los dos brazos apoyados sobre la mesa. Sebastian encontró el punto en su interior que sabía le daría aún más placer y comenzó a frotarlo. Un estremecimiento la embargó, y la excitación le empapó las manos a Sebastian.

—Abre los ojos, cariño —le dijo. Cuando hizo lo que le pedía, se miraron a través del espejo —. Observa lo preciosa y hermosa que eres. Con las mejillas sonrosadas, los labios enrojecidos y los ojos encendidos de deseo.

Emma se miró mientras continuaba dándole placer y soltó otro jadeo.

Con una mano, Sebastian se abrió los pantalones y se los bajó. Con dos movimientos más, le retiró el dedo y se hundió por completo en su interior. Por todos los cielos, se sentía muy estrecha y cálida a su alrededor. Se sentía celestial. Emma arqueó la espalda y se apretó contra sus caderas para recibirlo más adentro.

Sin apartar la mirada de su reflejo en el espejo, comenzó a embestirla. No le había quitado los dedos del clítoris, sino que se lo masajeaba como sabía que más le gustaba. A Emma se le sonrojó el cuello y el pecho al tiempo que abría la boca y gemía su placer.

—No apartes la mirada —le ordenó—. Quiero que te veas cuando llegas a la cima. Es una imagen hermosa, cariño.

Mientras Sebastian no dejaba de embestirla, hizo lo que le ordenó. Los preciosos senos le rebotaban al tiempo que el miembro duro entraba y salía de su interior y las nalgas firmes y redondeadas se apretaban contra él. Era suficiente para volverlo loco. En breve, el deseo que sentía por ella, el ardor animalesco, la necesidad de tomarla, de poseerla y adueñarse de ella, se apoderó de él. Le sujetó las caderas con las manos y comenzó a embestirla como un animal. La habitación se llenó de los sonidos que producían sus cuerpos al encontrarse, de los jadeos y gemidos que se les escapaban de las bocas y de los gruñidos que no lograba contener Sebastian.

Al poco tiempo, la sintió estremecerse y tensarse alrededor de él y supo que se encontraba cerca del final. Sin embargo, se abstuvo de acabar y se concentró en darle placer, en embestirla hasta hacerla gritar, estremecerse y temblar mientras observaba su propio orgasmo.

Por todos los cielos, era una vista hermosa. Con dos embestidas más, sintió una ola de placer que lo llevaba al borde del abismo. Se apartó y se aferró a ella mientras se derramaba sobre ese hermoso trasero.

Con la respiración agitada, mientras se reponía del acto de amor que acababan de compartir, deseó que un día quisiera llevar un hijo suyo y le permitiera acabar en su interior.

Era un día hermoso con el que podía soñar, pero dudaba que alguna vez llegara a suceder.

13

Dos días después, Sebastian y Emma montaban a caballo por un soleado y casi vacío Hyde Park. La mayoría de los miembros de la alta sociedad londinense se habían retirado a sus casas de campo durante el otoño y el invierno, pero algunos aún permanecían en la ciudad. Algunas parejas y grupos de personas caminaban por senderos de grava que discurrían entre las colinas y los campos de césped corto.

Los árboles habían comenzado a perder las hojas. El viento arrojaba follaje en tonos rojos, amarillos y marrones sobre los senderos. Como se encontraban alejados del hedor del río Támesis que se había intensificado durante el verano, se respiraba un aire agradable allí; abundaban las fragancias húmedas a hojas caídas, árboles y césped.

Con el estómago estrujado, Sebastian observó cómo el viento jugaba con los rizos oscuros de Emma debajo del sombrero de montar, que estaba cubierto de flores de seda y plumas largas. Emma estaba sentaba con elegancia sobre la montura de amazona y tenía las mejillas sonrosadas y los ojos destellantes del aire fresco y el ejercicio.

Era hermosa, bien educada y de un corazón amable. Le había llevado luz a su vida. Podía hablar con ella durante varias horas. Le encantaban los caballos tanto como a él. ¿Acaso podía ser más perfecta para él?

Emma se volvió a mirarlo y le ofreció una sonrisa tan intensa que le volvió a derretir el corazón. ¿La perdería en cuanto anularan su matrimonio?

Tres figuras femeninas conocidas caminaban a lo largo del camino paseando entre las zonas verdes. Sebastian reconoció a su madre de inmediato, con su silueta delicada, la pelliza de un bordó intenso y un sombrero con una compleja decoración de flores y plumas.

—Es la duquesa —señaló Emma.

Otra de las damas era más rellena y llevaba una pelliza de color verde oscuro mientras que la tercera era más joven y tenía puesto un jubón azul. Siguiendo el sendero serpenteante, desaparecieron detrás de unos rosales y, cuando reaparecieron, Sebastian se dio cuenta de quiénes se trataba.

—Y la condesa de Whitemouth… con *lady* Isabella… —murmuró.

Se detuvieron delante de las tres. Su madre, como siempre, estaba parada con la espalda completamente erguida y miraba a Emma con frialdad. La condesa de Whitemouth miraba a Emma sin ocultar su desdén. Por su parte, Isabella, como la buena mujer que Sebastian sabía que era, le dirigió una mirada rápida, pero permaneció imperturbable y no demostró ninguna emoción en el rostro bajo el bonete celeste de moda.

—Oh —dijo su madre—. Es mi hijo con su duquesa.

—Buenos días —los saludó la condesa—. Justo estábamos hablando de las posibilidades de

casamiento de mi hija para la próxima temporada.

Lady Isabella se sonrojó y parecía desear estar en cualquier otro sitio. No tenía la culpa de eso. Era una mujer hermosa y bastante amable, pero no era para él. Sebastian la habría resentido durante el resto de la vida si se hubiera visto obligado a casarse con ella.

Emma le había devuelto el control de su vida, tal y como quería tomar el control de la suya desde que *sir* Jasper la había privado por completo de eso.

Pero antes de poder responderle a la condesa, Emma abrió la boca.

—Estoy segura de que *lady* Isabella no tendrá ningún problema para encontrar marido.

Las tres damas se volvieron a mirarla fijo.

—Una dama tan hermosa y dotada como usted… —prosiguió—. Estoy segura de que los caballeros competirán por usted, *lady* Isabella.

Emma les dedicó una sonrisa ancha y genuina. Su bondad brillaba en todo su ser y hacía que Sebastian se sintiera liviano. Isabella le devolvió la sonrisa.

—Es muy amable, *milady*.

—¡*Milord*! —gritó alguien a sus espaldas, y Sebastian volvió la cabeza.

Benedict corría por el sendero hacia él. Las piernas largas y delgadas se movían rápido y tenía el rostro sonrojado por el ejercicio.

Sebastian hizo girar al caballo con el pecho pesado y doloroso.

—¿Qué sucede, Benedict?

El lacayo se detuvo delante de ellos, se apoyó las manos sobre las rodillas y respiró entre jadeos.

—Disculpe, *milord*… Es el duque de Grandhampton…

A Sebastian se le ciñó el estómago. ¿Grandhampton? La preocupación lo golpeó como un rayo.

Su madre se acercó.

—¿Qué le pasó al duque?

—Lo han matado —repuso Benedict entre jadeos, y Sebastian dejó de respirar—. *Lord* Preston le ha enviado un mensaje, *milord*. Le pide que vaya de inmediato.

—¿Lo mataron? —repitió Sebastian anonadado. ¿Cómo podía estar muerto el duque de Grandhampton? Siempre había sido un hombre de lo más poderoso, encantador e inteligente… Muerto… No sonaba cierto. Era como si alguien le estuviera asegurando que el sol salía por el oeste. No podía ser verdad.

Parpadeó sin dejar de fruncir el ceño e intentando comprender su vida sin el hombre que siempre lo había ayudado con consejos, incluyendo las sugerencias recientes acerca de la anulación del matrimonio de Emma. El estómago le ardía de ira y tristeza. No, él no. «¡Por favor, Dios, él no!».

Benedict exhaló abruptamente.

—El mensaje decía que lo asesinaron anoche en el muelle. *Lord* Preston requiere su presencia en Sumhall.

Cuando Emma lo miró, el apoyo y la empatía que reflejaron sus ojos hizo que le diera un vuelco el corazón.

—Debo darme prisa —anunció sin reconocerse la voz.

—Iré contigo —se apresuró a decidir Emma.

Galoparon entre las calles de Londres hacia Sumhall esquivando carruajes y peatones, algunos de los cuales soltaron chillidos mientras los dos jinetes se alejaban. Les debió llevar unos quince minutos comenzar a asentar la noticia. A Sebastian se le retorcía el estómago de la ira, de

la injusticia de perder a alguien tan joven y tan querido.

Entraron corriendo en Sumhall. A Sebastian lo condujeron de inmediato al estudio, mientras que a Emma la acompañaron a la sala de estar.

Tras entrar en el estudio, Sebastian vio a Preston de pie frente al hogar apoyando un brazo sobre la mampostería y con la mirada perdida en las llamas. En la otra mano, sostenía una carta arrugada.

—Preston —lo llamó cerrando la puerta a sus espaldas.

Preston alzó la vista hacia él. Los ojos le brillaban y tenía unas profundas arrugas de tristeza alrededor de la boca. La tez se le veía pálida, casi grisácea.

—¿Es cierto? —le preguntó Sebastian avanzando despacio hacia él.

Preston soltó el aliento y se enderezó.

—Me temo que sí —le confirmó.

Sebastian le apretó el hombro.

—Lo siento mucho. ¿Qué ocurrió?

Preston sacudió la cabeza.

—Es mi culpa. Todo es mi culpa. Nunca quise esto. Se suponía que era el duque de repuesto, pero no quiero ser duque.

Sebastian sabía a la perfección cómo se sentía su amigo.

—Pero ¿cómo es tu culpa? —le preguntó.

Preston lo llevó a un asiento cerca del escritorio. La habitación parecía reflejar el mismo estado de ánimo sombrío que él: las cortinas moradas, largas y gruesas estaban casi completamente cerradas y sumían la habitación en penumbras. Unas estanterías con libros cubrían la pared frente a la chimenea, mientras que las otras dos paredes estaban decoradas con pinturas al óleo. En el aparador, había un globo terráqueo junto a varias pilas de papeles y carpetas. Sebastian notó una jarra de líquido transparente sobre una bandeja redonda.

—¿Quieres ginebra? —le ofreció Preston al tiempo que se acercaba al aparador.

—Si tú bebes, sí —repuso Sebastian.

—Por supuesto que beberé —masculló Preston y le sirvió una copa. Luego de entregársela, tomó otra copa que tenía llena en el escritorio y se la bebió toda. Sebastian siguió el ejemplo de su amigo y sintió cómo el alcohol le quemaba la garganta.

—Anoche discutimos —le contó Preston dejando la carta sobre el escritorio y apoyándose sobre la superficie.

—¿Acerca de qué?

—¿De qué hemos estado discutiendo durante varios meses?

—Oh… —musitó Sebastian.

Recordó la discusión. El notorio conquistador de la alta sociedad, el duque de Grandhampton, había mostrado un interés inquebrantable en la señorita Penelope Beckett. Aunque para cualquier persona parecía ser simplemente un intento de seducción, algo por lo que era famoso, el duque le había confesado a su hermano que en realidad quería casarse con ella.

—La cazafortunas —masculló Preston sirviendo dos bebidas más—. Le dio falsas esperanzas. Jamás tuvo ningún interés en él, solo en su dinero. Pero él estaba muy cegado como para verlo y, por eso, discutimos. Otra vez. Tenía que ir con él a Portside, a verlo pelear. Pero fue solo porque no podía soportar mi compañía.

Le entregó la copa a Sebastian.

—Pero eso no quiere decir que sea tu culpa, Preston —le aseguró Sebastian al tiempo que aceptaba la copa.

—¡Si hubiera estado allí, si hubiera ido con él, y de no ser por la señorita Beckett, no habría muerto! —rugió Preston—. Siempre nos peleábamos, pero jamás quise que le pasara nada a mi hermano.

Preston terminó el contenido de la copa mientras Sebastian bebía un sorbo de la suya.

—No puede ser tan simple. No te puedes culpar por esto.

—Sí que puedo. Y debo hacerlo. Si hubiera insistido en ir con Spencer como quería hacer, quizás habría podido protegerlo. Lo molieron a golpes hasta matarlo.

Sebastian se enderezó sobre la silla.

—¿Cómo has dicho? ¿Durante la pelea?

—No. Unos matones. Probablemente les pagaron por hacerlo. ¿Quién sabe? El médico forense nos envió sus pertenencias: el pañuelo ensangrentado con sus iniciales... el reloj que llevaba en el bolsillo. —El rostro de Preston se transformó en una máscara distorsionada de pena y dolor, y rompió en llanto.

Sebastian se puso de pie, abrazó a su mejor amigo y sintió cómo se le rompía el corazón por Grandhampton.

Más tarde esa noche, de regreso en casa, Sebastian y Emma estaban acostados y acurrucados en la cama. Sebastian inhaló el aroma limpio y femenino del cabello y le dio un beso en la coronilla al tiempo que absorbía su calor. Estaba viva. Y él también. Tras ese día, supo que eso era mucho por lo que estar agradecido.

—Creo que mañana iré a ver a mis padres, Sebastian —le informó—. Si te parece bien. Prefiero ir a buscar la copia del contrato de matrimonio yo misma. Además, no los he visto en mucho tiempo.

La idea de que se fuera lo desgarraba. Quería decir que no. Quería decir que iría con ella, pero no podía dejar a los Seaton solos en ese momento de tragedia. Y tenía razón, necesitaban el contrato de matrimonio para conseguir la anulación. El padre de Emma se había negado a enviárselo por correo al abogado de Sebastian porque pensaba que era un documento demasiado valioso y estaba preocupado de que pudiera perderse.

No había nada que Sebastian pudiera hacer por ella en ese momento, aunque le dolía admitir que eso significaba que estaría mejor sin él.

—¿Regresarás, Emma? —le preguntó tragándose todo el dolor y el temor.

—Claro que sí.

Como deseaba poder estar seguro de que regresaría, se aseguró de satisfacer todas sus necesidades sexuales. Pero ¿y si no lo necesitaba más allá de lo sexual y se daba cuenta de eso mientras estaba lejos de él?

A pesar del temor de que eso pudiera llegar a ocurrir, no la encerraría en otra prisión.

—Ve, cariño. Pediré que cuatro lacayos te acompañen para protegerte. Y contaré los días hasta que regreses a mi lado.

14

DOS DÍAS DESPUÉS, en un día tormentoso y ventoso, Emma descendió del carruaje en Sherbourne Place, Staffordshire. La casa de ladrillo de dos pisos en la que había crecido le parecía más pequeña ahora. El jardín, como siempre, estaba descuidado. La hiedra cubría el lado izquierdo de la casa, y las dos columnas blancas en la entrada central aún estaban astilladas y agrietadas.

La puerta se abrió, y su madre salió corriendo con una gran sonrisa en el rostro. Al igual que la casa, ella tampoco había cambiado. Era la misma mujer rellena, con mejillas sonrosadas y rizos oscuros que saltaban desde debajo de una cofia blanca. El pecho de Emma se llenó de calidez al verla y, de inmediato, se le humedecieron los ojos.

—¡Emma! —exclamó su madre—. ¡Oh, Emma! ¡Has venido!

Su madre se detuvo delante de ella y le tomó las manos.

—Tu padre me dijo que esperaba que llegaras a recoger el contrato en persona, pero no comprendo por qué tú y *sir* Jasper han venido separados…

A Emma se le borró la sonrisa que tenía en el rostro al tiempo que un aire frío le recorría todo el cuerpo.

—¿*Sir* Jasper está aquí?

—Sí, claro. Como tu padre le escribió para preguntarle por qué necesitaban que enviara el contrato de matrimonio a una dirección en Londres, ha venido a recogerlo en persona. ¡Oh, cielos! —De pronto recorrió a Emma con la mirada—. *Sir* Jasper te ha estado consintiendo, ¿no? ¡Si hasta pareces una duquesa!

Un presentimiento de inquietud hizo que se le revolviera el estómago mientras entraba en la casa con su madre. El viento le agitaba las faldas del costoso vestido azul verdoso. *Sir* Jasper estaba allí. ¡Y sabía del contrato! «¡Oh, papá!, ¿por qué tuviste que escribirle?». Sin embargo, Emma entendía por qué. Sus padres eran muy tradicionales. A los ojos de él, al igual que de la mayoría de la sociedad, una mujer era propiedad de su esposo. Por lo que no era difícil de comprender que no pudiera imaginar que Emma pudiera manejar sus propios asuntos y, por lo tanto, pensó que sería mejor que lo hiciera *sir* Jasper.

Su madre la condujo a través de un estrecho pasillo hasta la sala de estar que Emma había conocido toda su vida. Su padre y *sir* Jasper se levantaron detrás de la mesa de té redonda, mientras que sus tres hermanas, Rose, Evie y Sophie, se pusieron de pie y le dieron la espalda a una gran mesa cubierta de labores de costura y cajas de hilos, tijeras y otras herramientas de bordado. Mientras la rodeaban y abrazaban no dejaron de exclamar lo bonita que estaba y lo hermoso que era su vestido.

Emma inhaló sus fragancias tan queridas y hogareñas, así como también el aroma a lilas que pendía en el aire en la sala de estar durante todo el año gracias a su madre, que escondía saquitos

de lino con flores secas en los cojines del antiguo sofá amarillento. Sobre la repisa de la chimenea, que estaba pintada de un color blanco ya desgastado, había tres jarrones, y tras la parrilla unas brasas de carbón ardían ligeramente. Las cortinas amarillentas, que debían tener tantos años como su padre, aún colgaban alrededor de la ventana. Y el retrato redondo de la bisabuela de Emma las observaba desde arriba de la chimenea.

Allí, en medio de todo lo que consideraba su hogar, *sir* Jasper la miraba fijo con los ojos peligrosos y entrecerrados. Emma había tenido la esperanza tonta de no tener que volver a verlo por el resto de su vida. A *sir* Jasper se le curvó el labio superior y se contuvo de soltar un gruñido. A pesar de la expresión feroz, le pareció más pequeño, un hombre patético que intentaba ser más poderoso de lo que era.

No obstante, tenía información que podía arruinar a su familia y destruir por completo las posibilidades de que sus hermanas lograran un buen matrimonio, o, llegado el caso, cualquier matrimonio.

Cuando le deslizó la mirada lentamente por el cuerpo, temió que fuera a vomitar delante de todos. La embargó el recuerdo de estar vestida con ropa sucia y maloliente frente a docenas de hombres; hombres que la miraban como si fuera una vaca que podían comprar y arrojaban comentarios sobre su cuerpo, cosas que ninguna dama debería escuchar… Mientras que, a solo un paso de distancia, su esposo se regodeaba de su angustia. Todo eso le provocó una sensación abrasadora de humillación.

En un instante, recordó todos los días en los que le decía todo lo que estaba mal en ella como esposa y como mujer. Todas las noches en las que había yacido adolorida mientras él entraba y salía de ella, sin importarle si le gustaba o cómo se sentía. Y recordó cómo Sebastian la adoraba, la hacía sentir especial y cuidaba de todas sus necesidades, incluso la de la libertad, aunque eso significara perderla.

La jaula de hierro del matrimonio en la que *sir* Jasper la había encerrado era como un *oubliette*. Mientras que con Sebastian, no solo se sentía libre, sino también amada, respetada y apreciada.

—Mi querida esposa —la saludó *sir* Jasper.

«Esposa…». Ya no era su esposa. Y no permitiría que tuviera ningún poder sobre ella. Si había ido a contarle a su familia lo que había ocurrido para avergonzarla, le ganaría de mano.

—No soy su esposa —le dijo enderezando la espalda—. Me vendió, ¿no se acuerda?

Su familia soltó un jadeo, y la expresión de victoria se esfumó del rostro de *sir* Jasper.

Emma miró a sus padres.

—*Sir* Jasper me vendió durante una subasta en Clovham. Fue idea suya. De modo que ya no le pertenezco a él. Y, papá, por favor, no le des el contrato porque…

Sir Jasper dio una zancada hacia ella y la sujetó del codo.

—Querida —le dijo con los dientes aprestados. El olor que emanaba le produjo arcadas, tanto el de su piel como el del jabón que utilizaba—. ¿Podemos hablar en privado, por favor? Te aseguro que es por tu propia conveniencia.

Murmuró una excusa a su familia y la arrastró fuera de la sala de estar, hacia el oscuro pasillo. El viento afuera aullaba a través de las rendijas alrededor de las ventanas, y las primeras gotas de lluvia golpeaban la pequeña ventana que había sobre la puerta.

Le clavó los dedos haciéndole daño en el codo y apretó tanto los labios que se fruncieron como una pasa de uva. Mientras la fulminaba con la mirada de esos ojos oscuros y pequeños, Emma tuvo la impresión de que parecía el mismísimo demonio.

—¡Suélteme! —Se liberó el codo, pero él la sostuvo con firmeza.

—Regresa a la sala y diles a tus padres que te vienes a casa conmigo.

Emma no le respondió, sino que se limitó a mirarlo a los ojos sin ceder. No podía demostrarle lo mucho que la asustaba en ese momento.

—No.

—Tienes que hacerlo. Sigues casada conmigo.

—No, usted cometió fraude, *sir* Jasper. Vendió las tierras que le prometió a mi padre en el contrato matrimonial mucho antes de firmarlo. Nuestro contrato no tiene ninguna validez.

Las palabras de Emma le hicieron tragar con dificultad.

—Bueno, pero eso no importa porque tengo algo más poderoso. Si no vienes conmigo, les escribiré a los editores de *La sociedad* para informarles que el duque de Loxchester es un bastardo. Tengo una prueba que hará que lo pierda todo: el título, las tierras y cualquier fuente de ingresos.

A Emma se le congeló la sangre en las venas. Una cosa era el modo en que ya había destrozado la reputación de Sebastian… bueno, él mismo estaba feliz de destrozarla. Pero era muy diferente que cuestionaran su legitimidad. En eso, *sir* Jasper estaba en lo cierto. Sebastian lo perdería todo.

Además, como todos los miembros de la alta sociedad sabían que sus padres no habían sido fieles, les resultaría muy fácil de creer.

—¿Qué prueba tiene? —le preguntó sospechando y temiendo conocer la respuesta.

Con calma, la soltó, se llevó la mano al bolsillo interno del traje de levita y extrajo el alhajero de madreperla que los ladrones le habían robado. Acto seguido, lo abrió, algo que a Emma jamás se le había ocurrido hacer al huir en busca de libertad, y extrajo una carta doblada.

—Esta es la prueba —le respondió, y la piel caída del mentón le brilló del sudor cuando inclinó la cabeza hacia atrás para observarla con detenimiento.

—Muéstremela —le pidió estirando la mano temblorosa.

Sir Jasper ladeó la cabeza y le entregó la carta. La desdobló y la giró para que la luz iluminara las palabras. Con una escritura elegante, decía:

A su gracia, el duque de Ashton,

Querido Stuart:

Ya sabes que soy la última mujer que se debería haber casado con Loxchester. Pero he hecho mi deber. Estoy embarazada del heredero o la heredera de Loxchester. Mi marido no es ingenuo y sabe que no es el único hombre en mi cama. Jamás he amado a otro hombre como te amo a ti.

Tu querida Lydia, duquesa de Loxchester

Con gran pesar y temor, Emma releyó la carta, pero *sir* Jasper se la arrebató de los dedos antes de que terminara.

—Esto no demuestra que sea ilegítimo —señaló.

—No, pero es suficiente para que todos lo cuestionen. Por no mencionar que humilla a la duquesa. —Sonrió con altanería, pero la alegría no le iluminó los ojos—. A los editores de *La sociedad* les encantará.

Tenía razón, y Emma no podía hacerle eso a Sebastian. A pesar de lo que tenían, a pesar de lo cerca que estaba de lograr la libertad, lo amaba demasiado como para permitir que lo tildaran

de bastardo por su culpa. Y se negaba a permitir que mancillaran el nombre de su madre, sin importar lo hostil que se hubiera mostrado con ella.

—La encontró cuando envió a esos hombres por mí —le dijo.

—Sí. Y, a pesar de que fracasaron en su misión, al final te recuperé.

El estómago le dio un vuelco. Se volvía a encontrar en la misma prisión que antes, donde podía ver la luz de la libertad fuera del alcance.

—Pero ¿para qué me quiere, *sir* Jasper? Es tan infeliz con este matrimonio como yo. Además, ¿no recibió el pago del duque por mí?

—Sí, pero ya no me queda nada. Y, en cuanto a la primera pregunta, querida, es muy simple. Eres mía. Para bien o para mal. Y yo no pierdo lo que es mío.

15

Una semana después…

Un rayo de luz del sol se coló a través de la ventana e iluminó el papel que Sebastian sostenía en la mano en el que se declaraba la anulación del matrimonio de Emma Sherbourne y *sir* Jasper Bardsley. En la penumbra de su estudio, donde normalmente se aburría firmando papeles y hablando con su abogado y su administrador, se sentía emocionado por primera vez en la vida. El pecho se le expandía como si hubiera un globo aerostático dentro de él que se estuviera calentando y a punto de elevarse.

Tenía la libertad de Emma en las manos.

Su abogado le había llevado los documentos de la anulación más temprano ese mismo día. Era un hombre astuto que había logrado encontrar una copia de la escritura de venta de las tierras mencionadas en el contrato y había obtenido una copia del contrato de matrimonio del abogado de *sir* Jasper en Bedfordshire. Todo había salido bien y terminó resultando bastante sencillo. En sus manos tenía la decisión del obispo, agilizada gracias a que el difunto Grandhampton se lo había presentado a Sebastian unos días antes de morir.

Sebastian había pasado la semana siguiente a la tragedia con los Seaton, ayudando a Preston y a la familia con los arreglos del funeral y tan solo acompañándolos. Echaba de menos a Emma como si fuera una extremidad perdida de su propio cuerpo. Según lo acordado, su carruaje y los lacayos habían regresado. Se quedarían en Londres hasta que recibiera noticias de que ella estaba lista para regresar. Habían transcurrido siete días, y toda su piel añoraba su contacto.

Hubo un golpe en la puerta, y Standen entró. El mayordomo mostraba preocupación detrás de una expresión perfectamente tranquila y educada.

—¿Qué sucede? —le preguntó Sebastian.

—*Sir* Jasper Bardsley y *lady* Bardsley han venido a verlo, *milord*.

A Sebastian se le congeló la sangre en las venas, y la sonrisa se le evaporó del rostro. El globo aerostático del pecho se le desinfló. El estómago le dio un vuelco. *Lady* Bardsley. Su Emma. No la duquesa de Loxchester. *Sir* Jasper no podría haber marcado su territorio con más claridad.

—Por favor, hazlos pasar —le instruyó Sebastian abriendo y cerrando los puños temblorosos sin poder evitarlo.

Standen asintió y salió del estudio. Al cabo de varios minutos insoportables, la puerta se abrió de nuevo, y Emma entró acompañada por un hombre. Sebastian lo reconoció de inmediato, a pesar de su vestimenta de caballero pulcra: tenía la misma cara redonda y arrogante del

granjero que la vendió en Clovham. Y ahora, sus ojos reflejaban triunfo.

Emma no llevaba puesto uno de los vestidos que él le había mandado hacer. De seguro estaba vestida con la ropa que tenía en su hogar, un vestido perfectamente apropiado, pero bastante modesto que no hacía nada por realzar su hermoso cutis, ni sus ojos verdes que eran tan preciosos que le quitaban el aliento, ni el rico color de su brillante cabello caoba.

Sir Jasper Bardsley estaba junto a ella, y Sebastian notó el brazo que rozaba el de Emma de una manera tan íntima que proclamaba a gritos quién era su esposo. La vista le destrozó el estómago por completo.

Los ojos de Sebastian se encontraron con los de Emma, tan distantes y fríos, que se le congeló todo el ser. Su rostro era una máscara, como si estuviera desprovista de cualquier emoción. Como si los días que habían pasado juntos, al igual que las noches, las conversaciones y la intimidad, no significaran nada para ella. Como si él no significara nada.

—*Milord* —comenzó *sir* Jasper con la nariz en alto—, mi esposa y yo hemos venido a visitarlo para agradecerle por la hospitalidad que le extendió a *lady* Bardsley. Ahora que hemos reparado nuestro matrimonio, le evitaré su presencia. Emma no será más una carga para usted. Y me quedaré con el dinero.

¿Emma, una carga? Era todo lo contrario. Era su tesoro, la luz en su vida de pesadumbre y obligaciones. Sebastian quería asestarle un puñetazo, pero no podía arriesgarse a apartar la mirada de Emma. El dinero no le importaba en lo más mínimo.

—Emma, ¿qué pasó? —le preguntó intentando que no le temblara la voz. Recogió el documento más valioso del mundo y se lo ofreció—. Tengo la anulación de tu matrimonio. Solo debes firmarla.

Emma abrió la boca y arqueó las cejas. Luego parpadeó con los ojos llenos de lágrimas y clavó la mirada en los papeles que podrían haber significado su salvación. Pero, al final, tragó con dificultad y le dijo:

—No la necesito.

Sintió como si alguien le hubiera asestado un puñetazo en el plexo solar. Se quedó sin nada de aire en los pulmones.

Como si la estuvieran arrastrando a una sentencia de muerte, Emma añadió:

—Lo escojo a *sir* Jasper. No a usted.

El corazón se le rompió y agrietó hasta que se le murió por dentro y se le calcificó como una ostra en el fondo del mar. Nunca había sentido tanto dolor en toda la vida. Nadie tenía el poder de herirlo como ella podía hacerlo.

Sabía que eso sucedería. Que la felicidad que habían tenido juntos no era más que una ilusión. No era para él. Su camino era el de la soledad y la infelicidad, al igual que el de sus padres. La máscara que había llevado toda su vida antes de que llegara ella le endureció los músculos del rostro, le hizo curvar las comisuras de la boca hacia abajo, le formó una arruga acompañada de una tensión dolorosa entre las cejas. Le dolían los hombros. Parecía como si todo el mundo se volviera sombrío, como si el sol estuviera desapareciendo detrás de la cortina y el estudio comenzara a sumirse en las penumbras.

Apoyó los papeles sobre el escritorio y asintió con la cabeza.

—De cualquier modo, nunca te quise. Siempre has sido un simple juego.

¿Se lo estaría imaginando o algo se había roto en sus ojos al oírlo?

—Destruiré los papeles. Adiós, *lady* Bardsley. Cuídese.

Se dio media vuelta y se cerró para siempre a ella. Se le hizo difícil respirar y mantener los trozos del corazón roto en su sitio. Y no sabía para qué lo seguía haciendo cuando había tenido la

felicidad al alcance de la mano y la había perdido para siempre.

16

Sir Jasper se ciñó sobre Emma mientras cosía una peonía blanca en la sala de estar de su hogar en la residencia Bardsley, con las paredes de un beige pálido y las acuarelas amarillentas de paisajes locales. La habitación siempre estaba fría, sin importar el clima, y siempre había una corriente de aire que provenía de una rendija en el marco de la ventana que enviaba ráfagas sobre el carbón en la chimenea y lo hacía crujir y chisporrotear. A pesar de que debían haberlo reparado hace tiempo, *sir* Jasper no quería gastar dinero en ello.

El viejo sofá verde donde Emma estaba sentada estaba tan desgastado que el relleno de lana de oveja asomaba por algunas partes. Nunca había sentido que ese lugar fuera su hogar. *Sir* Jasper se negaba a aceptar cualquier sugerencia que ella hiciera para mejorarlo o repararlo, o hacerlo más acogedor y hogareño, como ella deseaba.

Debido a la cercanía, la entrepierna del baronet, cubierta con unos pantalones de color beige, estaba peligrosamente cerca de su rostro. A Emma se le tensaron los dedos alrededor de la aguja, y se ordenó a sí misma intentar pensar en peonías.

—Han pasado dos semanas, querida —le dijo *sir* Jasper apoyándose una mano en la cintura —. Y aún no me has permitido tocarte.

La idea de que pudiera tocarla hizo que se le subiera la bilis a la garganta. Se encontraba de regreso en su vieja prisión cuando había estado tan cerca de lograr la felicidad de tener a Sebastian y su libertad…

Enderezó los hombros y mantuvo la cabeza en alto a pesar de que se sentía morir por dentro.

—¿Acaso *lady* Kinlea no está disponible? —le preguntó sin mirarlo.

—Cierra el pico —le gruñó—. No me hagas utilizar la prueba que tengo en contra del duque de Loxchester para lograr que me permitas entrar en tu cama. Si tengo que usarla, lo haré.

—*Sir* Jasper, no se está comportando como un caballero —le dijo con calma.

Sir Jasper le sujetó la mano con la que sostenía la aguja.

—No te atrevas a darme un sermón acerca del comportamiento. Eres una mujerzuela. ¿Acaso crees que no sé que te entregaste al duque mientras que rechazas a tu propio marido?

Emma retiró la mano con un movimiento abrupto. No le importaba en absoluto el acoso de *sir* Jasper; lo único que había tenido en la mente durante las últimas dos semanas era la mirada fría que Sebastian le había dado, el dolor que le reflejaron los ojos cuando le dijo que elegía a *sir* Jasper… No podía soportarlo.

Pero él estaría bien. Nunca la había amado de todos modos. No era más que un juego. Un medio para lograr su fin de romper el matrimonio no deseado con *lady* Isabella Greene. Un medio para crear un escándalo. Pero lo cierto era que nunca le había prometido un final feliz. Había sido claro en sus intenciones desde el principio.

Como una tonta, había creído en la felicidad porque eso era lo que era… una mujer ingenua y demasiado optimista. Se había enamorado de él.

Al menos lo había mantenido a salvo de peligro por ahora, y lo seguiría manteniendo a salvo, no solo a él, sino también a su madre, por el resto de su vida, si era necesario.

—Me ha venido la regla —le contestó sabiendo perfectamente bien que no podría volver a utilizar esa excusa durante el resto de su miserable vida.

A través de la ventana, oyó un repiqueteo de cascos de caballo y ruedas que le llamaron la atención. Un carruaje grande y lujoso se acercaba por el camino y se detuvo en la entrada de la casa. Un lacayo abrió la puerta del coche, y la duquesa de Grandhampton se apeó vestida de luto.

—¿Quién es? —le preguntó *sir* Jasper.

A Emma le dolió el corazón cuando se puso de pie. La duquesa siempre sería un recordatorio y una conexión con Sebastian. Pero ¿por qué habría ido allí?

—La duquesa de Grandhampton —le respondió.

Luego de que la ama de llaves la anunciara, la anciana ingresó, y *sir* Jasper cerró la boca que hasta entonces le había colgado abierta.

—Oh, *lady* Bardsley. *Sir* Jasper —saludó la duquesa. Tenía una expresión sombría, pero intentó sonreír—. Me pregunto si podría dar un paseo con usted, *lady* Bardsley.

Emma asintió con la cabeza y colocó la costura encima de la mesa. Mientras salían hacia el pequeño pasillo, se colocó la pelliza y el bonete y salieron al aire libre. Inhaló el aroma a las hojas en estado de descomposición y miró los árboles con copas doradas, rojizas y anaranjadas que coronaban la colina más lejana.

—Duquesa, me ha sorprendido —reconoció Emma—. ¿Cómo están sus nietos?

La duquesa tragó con dificultad y apretó los labios.

—Estamos de luto por Spencer. Mi querido muchacho… Preston es a quien más lo afectó la pérdida.

A Emma se le llenaron los ojos de lágrimas. Recordaba la expresión de perplejidad y entumecimiento en el rostro de Calliope, así como también la máscara de tristeza en el de *lord* Richard el día en que Emma y Sebastian se enteraron de la muerte de Grandhampton.

—Pero no he venido por eso —continuó la duquesa.

—Y entonces, ¿por qué ha venido?

—Por el duque de Loxchester… está en el peor estado de su vida.

A Emma le dolió el pecho al oír de él.

—¿Qué le sucede?

—Va a ese horroroso club de boxeo prácticamente todas las noches para que lo golpeen casi hasta la muerte. Si no está allí, está encerrado en su estudio. Está cubierto de moretones, ensangrentado y sucio; duerme en el sofá y no come. Lo único que ingiere es ginebra. Tiene todas las persianas cerradas y ni siquiera quiere ver a Preston. Va a beber hasta la muerte, querida. Recuerda lo que te digo.

Una ola fría la recorrió entera al imaginárselo enfermo y moribundo por envenenamiento de alcohol… El suelo se hundió bajo sus pies.

A diferencia de *sir* Jasper, Sebastian no era su carcelero. Todo lo contrario. Era su libertad, su amor y el matrimonio feliz con el que siempre había soñado.

—Oh, no… —murmuró.

La duquesa hizo un ademán y agitó el bastón delante de ella.

—¿En qué estabas pensando cuando dejaste al duque por ese orangután?

—No tenía elección. *Sir* Jasper tiene una prueba… En el alhajero de la duquesa había una

carta que le había escrito al duque de Ashton, y que supongo que nunca le envió, en la que menciona que habían sido amantes.

La duquesa soltó un jadeo, se detuvo y clavó el bastón en el sendero de gravilla para darse balance. Sus ojos reflejaban puro pánico. Las prendas negras la hacían ver más pálida, pero las palabras de Emma le habían llenado de color el rostro.

—Por todos los cielos… —dijo la duquesa.

—Sí, en efecto. Amenazó con enviársela a los editores de *La sociedad* si no regresaba con él. —Se le llenaron los ojos de lágrimas al volver a pensar en lo cerca que había estado de compartir una vida llena de felicidad con Sebastian—. Tenía que protegerlo. Si sale a la luz que podría ser ilegítimo, podría perderlo todo. El título, las tierras… Su madre quedará deshonrada. No le puedo hacer eso.

La duquesa soltó un profundo suspiro y negó con la cabeza.

—Qué hombre más vil. Utilizar la información de esa manera… Es el tipo de cosa que me temía que pudiera pasar cuando desapareció el alhajero. Pero es un disparate. Sebastian es legítimo y es el verdadero duque de Loxchester. ¿Recuerdas la fecha de la carta?

—La escribió cuando estaba embarazada de Sebastian —le contó.

—¡Ja! —exclamó triunfante la duquesa—. Ashton pasó dos años en los Estados Unidos. No podría ser el padre de Sebastian por el simple hecho de que no se encontraba aquí.

Emma soltó un suspiro de alivio.

—Aun así, la carta sería suficiente para crear un escándalo si la publican. Y, aunque Sebastian diga que no le importa su reputación ni los chismes, estoy segura de que a su madre sí. No me gustaría que tuviera que atravesar nada de eso.

—Sí, tienes razón. —La duquesa se dio vuelta para regresar a la casa—. Ven conmigo. Tengo que ver a *sir* Jasper.

Cuando regresaron a la sala de estar, *sir* Jasper se puso de pie.

—¿Le puedo ofrecer un té, *lady* Grandhampton? —le preguntó al tiempo que llevaba la mano a la campana que había sobre la mesa de té.

—No. —La duquesa apoyó las dos manos sobre el elegante bastón y lo miró con los ojos entrecerrados como si estuviera estimando desde qué ángulo dispararle una flecha al corazón—. Déjeme ser bien clara. Cuando se casó con esta dama, cometió fraude. A los ojos del obispo, su matrimonio carece de validez. Ella no es su esposa, ni a los ojos de la ley, ni a los de nadie.

Con gran satisfacción, Emma vio cómo el rostro de *sir* Jasper adoptaba una expresión de pánico puro.

—Por lo tanto, si continúa amenazando a un querido amigo de mi familia, tendré que pedirle al señor Sherbourne que lo demande por fraude, porque jamás recibió el ingreso de las tierras que le prometió y tampoco lo recibirá jamás. Me ofreceré a pagar los gastos legales del señor Sherbourne y me aseguraré de que contrate a los mejores abogados del país para que pierda todo lo que tiene.

A *sir* Jasper le temblaban las manos.

—*Lady* Grand…

—Y déjeme recordarle que el hecho de que el alhajero de la duquesa de Loxchester se encuentre en su posesión solo demuestra que ordenó un ataque y un robo que terminó con un cochero y el duque malheridos y un carruaje destruido. Deme la carta que robó y el alhajero. Y firme los documentos de anulación que traerá mi criada del carruaje en unos instantes.

Emma frunció el ceño. ¿Acaso Sebastian no los había destruido como le había dicho que haría?

—Y despídase de la señorita Sherbourne —concluyó la duquesa—. Porque jamás fue *lady* Bardsley.

Sir Jasper abrió y cerró la boca intentando decir algo. La esperanza floreció en el pecho de Emma. Estaba dispuesta a darle un beso en la mejilla a la duquesa.

—¿Entiende? —añadió la duquesa.

—Sí —repuso *sir* Jasper sin dejar de temblar.

—¿Y qué dice?

Se le hundieron los hombros y bajó la cabeza antes de introducirse la mano en el bolsillo del traje de levita y extraer un papel plegado. Se lo ofreció a la duquesa, que se lo arrebató de los dedos.

—Excelente. Ahora tráigame también el alhajero —le ordenó—. Luego firmará los documentos y me marcharé para llevar a Emma de regreso con el duque.

Sebastian parpadeó al ver la luz de sol que iluminó abruptamente la dichosa oscuridad del estudio. Aunque, en realidad, de dichosa no tenía nada. Le dolía la cabeza y le ardía el estómago. Tenía un ojo tan hinchado, que lo tenía cerrado y no podía ver. El rostro, lleno de cortes y moretones, le dolía en varios puntos y creía que tenía una costilla rota.

—Standen, por el amor de Dios… —masculló volviéndose en el pequeño sofá sobre el que estaba recostado—. Cierra las cortinas y tráeme más ginebra.

—No soy Standen —le informó una voz femenina…

«Emma».

Aunque la cabeza le daba vueltas y una neblina le cubría la mente, la reconoció. Y vio la silueta iluminada por la luz que se colaba por la ventana y supo, sin dudas, que no se trataba del mayordomo.

Era la figura de Emma. Llevaba puesto el vestido de tiro alto, había adoptado una postura erguida y llena de confianza que resaltaba esos hombros delicados. El cabello…

—Mírate. —Se acercó y se arrodilló delante de él. Cuando se encontró a la altura de sus ojos, añadió—: ¿Qué te estás haciendo?

—Me has dejado —le respondió parpadeando para despejarse la mirada y verla mejor. Se veía más delgada de lo que recordaba. Y tenía esas prendas horrorosas que no le quedaban bien, pero los ojos le brillaban tan hermosos y verdes como los recordaba. Las pestañas largas y enrizadas y los pómulos altos. Y, cielos, esos suculentos labios rosados—. Me has dejado por él.

—Y tú me dijiste que jamás me habías amado —le recordó tomándole el rostro entre las manos. Sebastian recibió contento el dolor que le causaron las suaves caricias porque significaba que ella era real y que se encontraba allí con él.

Le sujetó la mano y se la llevó al rostro sin afeitar. Se dio la vuelta y le besó la palma al tiempo que inhalaba su familiar aroma floral y dulce mezclado con el polvo del camino y el carruaje.

—Me lastimaste como nunca nadie me lastimó —le dijo—. Ni siquiera cuando dejé que me molieran a golpes en el cuadrilátero en busca del olvido.

—Pero no has destruido los documentos de la anulación.

—Jamás podría haberlo hecho.

—Por eso, la duquesa de Grandhampton me los entregó, y *sir* Jasper y yo los hemos firmado. Ya no estamos casados.

Sebastian tragó con dificultad y se arrepintió de haber bebido tanto. No podía creer que estuviera oyéndola bien. Lo que no daría por tener la cabeza despejada… y por darse un baño.

—Entonces ¿por qué me dejaste por *sir* Jasper?

—Encontró una carta que tu madre le escribió al duque de Ashton donde insinúa que eran amantes. Como cuestionaba tu legitimidad, amenazó con enviársela a los editores de *La sociedad* a menos que regresara con él. Tenía que protegerte a ti y a tu madre. Lo podrías haber perdido todo, y el nombre de tu madre habría quedado destrozado.

Sebastian se sentó en el sofá y parpadeó. No daba crédito a lo que oía. Emma había regresado para encerrarse en la prisión de un matrimonio horrible por él, para protegerlo a él y a su madre…

—Emma… lo has hecho por mí… y por mi madre.

—Te amo —le dijo—. Tenía que protegerte. Haría lo que fuera para mantenerte a salvo.

Lo amaba…

Algo más estrecho que un puño se abrió en su interior. Se sintió cálido y lleno de luz. Lo amaba tanto que estaba dispuesta a sacrificar su libertad por él.

Se puso de pie, y ella lo imitó. Le tomó el rostro entre las manos y la besó con ternura sintiendo cómo se fortalecía todo su ser con tan solo tocarla. Era suave, cálida y deliciosa.

—Te amo, Emma —le dijo. Y ella le regaló esa sonrisa que le iluminaba los ojos desde dentro. Era la sonrisa por la que estaba dispuesto a morir.

Emma hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Y yo a ti. Amo todo de ti. De verdad. Tu cuerpo grande y hermoso. Tu corazón lleno de bondad. Tu protección. Tu sentido del honor. Tu comportamiento hacia tu madre, aunque pienses que no te quiere, algo en lo que te equivocas, por cierto. Tu infancia debería haber sido mejor. Siempre te deberías haber sentido amado y valorado. Pero estoy dispuesta a pasar el resto de mi vida haciéndote increíblemente feliz.

Sebastian se sintió rebosar de alegría y se preguntó si esa sensación de expansión cálida en el interior sería lo que algunos llamaban felicidad. ¿Vendría de saber que amaba y era amado?

—Emma, cariño —le dijo acariciándole la piel tersa del rostro con los nudillos—. ¿Y qué me dices de tu deseo de no casarte jamás porque el matrimonio se siente como una prisión?

—Comprendí que no todos los matrimonios son como una prisión, solo el mío con *sir* Jasper. Pero estar contigo… así se siente la libertad. Como si estuviera en el lugar que pertenezco.

Sebastian no daba crédito a lo que oía. Se sentía muy cálido y completo. Si Emma lo volvía a rechazar, quedaría destrozado. Pero sabía que tenía que correr el riesgo. Ella era la indicada para él. Era su duquesa.

Ignorando el dolor, hizo una mueca y se arrodilló delante de ella para tomarle una mano.

—Señorita Emma Sherbourne, si me lo permite, me pasaré el resto de mis días haciéndola feliz. ¿Quiere casarse conmigo?

Emma se rio entre dientes y le ofreció una sonrisa tan radiante que, por primera vez en dos semanas, sintió una sonrisa similar asomar a su rostro.

—Sí —le respondió—. Me casaré contigo.

Con esas palabras, las grietas en el corazón se le cerraron y una sensación cálida lo recorrió entero. Mientras la volvía a besar, abrazó el cuerpo tan querido y supo que su vida estaba completa y que cada día estaría lleno de alegría y luz.

Siempre y cuando la tuviera a su lado.

EPÍLOGO

UNA SEMANA MÁS TARDE, Sebastian besó la mano de su hermosa esposa mientras entraban en el comedor de Longton Place. El desayuno de bodas estaba preparado para nueve personas. El obispo los había casado con una licencia especial en una ceremonia pequeña y secreta que había tenido lugar en la sala de estar. Como todos los miembros de la sociedad creían que ya estaban casados, no vieron la necesidad de atraer la atención hacia ese evento. Hasta el obispo de Londres, que era un pariente de los Seaton, había jurado guardar el secreto; en memoria del difunto Grandhampton, mantendría la boca cerrada.

Los Seaton aún guardaban luto, pero habían hecho una excepción a su abstinencia de eventos sociales para apoyar a Sebastian y a Emma. Sin embargo, iban vestidos de negro. Solo había pasado un mes desde la muerte de Grandhampton.

En otras circunstancias, Sebastian no se hubiera casado con Emma tan pronto luego de la muerte de su amigo, pero era necesario para evitar cualquier escándalo. Al cabo de unos días, visitarían a la familia de Emma, porque los Sherbourne no estaban al tanto de la anulación.

Sebastian le había contado todo a su madre. Aunque al principio había pensado que Sebastian y Emma ya estaban casados, quería que su madre fuera parte de la ceremonia y que no hubiera más malos momentos entre ellos, de modo que le contó toda la verdad.

La mesa del comedor estaba repleta de pan y tostadas untadas con mantequilla, jamón, huevos, frutas y queso. En el centro de la mesa se encontraba el pastel, que parecía un tronco bajo una nevada de azúcar glas refinada y perfectamente blanca y olía a brandy y almendras tostadas.

Mientras se sentaban a comer, no pudo apartar la mirada de su esposa. Su esposa… Su felicidad. Ella lo había sanado. Ya no era un hombre roto y no amado, que no dejaba de preguntarse qué es lo que tenía de malo.

Era… él mismo. Ella le mostraba todos los días que merecía la felicidad. Ni en sus sueños más descabellados se habría imaginado que estaría tan lleno de alegría y vida. Porque no había tenido sueños antes de ella. Y ahora… Sabía que podía hacerla feliz, igual que ella lo hacía feliz a él. Algo dentro de él se relajó y se llenó de calor, y se sintió completo.

Su madre charlaba con Emma, con una expresión amable y educada. Más temprano, la duquesa le había dado a Emma el anillo de bodas que su esposo le había regalado y le agradeció por haber intervenido por ella y por Sebastian.

La duquesa se acercó a Emma y sin dejar de mirarla a ella y Sebastian, les dijo:

—Espero que su matrimonio sea todo lo que no fue el mío.

A Sebastian se le cerró la garganta de la emoción.

—Gracias, madre.

Les sonrió con tristeza.

—Solo quería protegerte de los chismes, el escándalo y la miseria, Sebastian. Por eso fui tan desagradable contigo, Emma. Lo siento, querida. Quiero darte la bienvenida a la familia. Mi hijo ha encontrado una duquesa maravillosa.

—Gracias, madre —le respondió Emma, y las dos mujeres más importantes de su vida se sonrieron.

—Seb —lo llamó alguien.

Alzó la mirada para ver a Preston, que se veía más blanco que una sábana y más triste que la muerte. Ahora que Preston era el duque, la etiqueta requería que lo llamara Grandhampton. Pero su amigo había insistido en que lo llamara por su nombre de pila. Al igual que Preston nunca lo había llamado a él Loxchester tras la muerte de su padre porque Sebastian tampoco quería que sus amigos lo llamaran por su título.

—¿Pasó algo? —le preguntó.

—¿Podemos hablar?

—Claro —repuso al tiempo que se incorporaba—. Con permiso —se excusó con su madre y Emma. Le ofreció una sonrisa tierna a su esposa y el corazón le dio un vuelco cuando ella se la devolvió. Se veía muy hermosa con el vestido de color crema y las perlas que le decoraban el cuello.

Cuando él y Preston llegaron al otro lado de la sala y se detuvieron al lado de la ventana, su amigo tragó con dificultad.

—Tengo… que contarle a alguien… Descubrí algo… algo que me hace querer tomar un palo de críquet y reducir todo a polvo.

—¿Qué has descubierto? —Sebastian observó con detenimiento la gran angustia reflejada en el rostro de su amigo. Además, tenía unos círculos oscuros alrededor de los ojos y unas arrugas de pena alrededor de la boca. Se veía más delgado y, al mismo tiempo, más hinchado, un claro indicio de que estaba bebiendo mucho y a diario.

—Bueno, todo no. Todo lo que le pertenece a un hombre.

—¿A quién?

—A *lord* Neville Beckett.

—¿El padre de la señorita Penelope? ¿El barón?

Preston asintió con la cabeza y miró hacia afuera de la ventana.

—Así es.

—¿Por qué?

—¿Conoces el Tyche?

—El club en la calle St. James. Claro, soy miembro.

El Tyche era un club de caballeros que tenía la mala fama de ser un infierno de apuestas. Aunque era para los aristócratas, el administrador, Solomon Eastbourne, era un hombre que carecía de los valores de un caballero, y todos sabían que no debían meterse con él. Era un sitio donde se discutían las mejores inversiones, se hacían tratos estrechando manos y se hacían las apuestas más descabelladas en una partida de cartas.

Preston asintió con la cabeza.

—Yo también. Poco antes de morir, Spencer me dijo que pensó que alguien lo estaba siguiendo, aunque nunca logró ver bien a la persona.

Sebastian también recordó una conversación similar que había tenido con Grandhampton en el cuadrilátero.

—Y luego, hace dos semanas —continuó Preston—, un empleado de Tyche me buscó para

contarme que antes de la muerte de Spencer, *lord* Neville Beckett había estado hablando con un caballero importante acerca de darle una buena paliza a Spencer… para enseñarle una lección.

Sebastian parpadeó.

—¿Darle una paliza a Grandhampton?

—Sí, al parecer *lord* Neville estaba preocupado de que un libertino de renombre como Spencer no se casaría con su hija y solo la arruinaría. Y sabiendo lo mucho que necesitaba formar una buena unión para ella con un marido rico…

—Pero, de seguro, Grandhampton no debería haberlo preocupado. Era un duque. Y, de cualquier modo, se quería casar con ella, como bien sabes.

Preston soltó un bufido.

—Supongo que nadie se lo informó a *lord* Beckett. El empleado escribió y firmó una declaración con el testimonio de la conversación que oyó. Dice que *lord* Beckett contrató a unos matones para que le dieran una paliza a Spencer. Y, como ya sabes, las cosas se fueron de las manos…

Y Grandhampton murió…

—Diablos, Preston, entonces fueron los hombres de *lord* Beckett los que golpearon a Spencer y… lo mataron.

Preston asintió con detenimiento. Sebastian nunca lo había visto de ese modo. Sus ojos estaban muertos.

—Voy a vengar a mi hermano. Lo único que me importa en la vida es vengar la muerte de Spencer. Penelope también es culpable. Si no hubiera coqueteado con él y lo hubiera alentado como lo hizo, no se hubiera sentido tan esperanzado. No tengo dudas de que solo quería su dinero. Todos saben que *lord* Beckett es adicto a las apuestas y está lleno de deudas por todo Londres. Y, sobre todo, en Tyche.

Quizás era por la boda, o porque era un hombre muy feliz, un hombre cambiado ahora que había conocido el amor y sabía cómo transformaba a la gente, pero no podía permitir que su amigo siguiera con su plan.

—No lo hagas, Preston. La venganza te destruirá.

Preston negó con la cabeza.

—No me harás cambiar de parecer.

Alguien le apoyó una mano en el hombro y, cuando se dio vuelta, vio a Emma con los ojos luminosos del color del césped en las primeras horas de la mañana.

—Disculpen —dijo—, ¿puedo hablar con mi esposo?

Sebastian le cubrió la mano con la suya y miró a Preston.

—Lo digo en serio. No lo hagas.

—Es demasiado tarde. Tengo un plan que incluye a la preciosa señorita Penelope Beckett. Neville lamentará haberle hecho algo a Spencer. Y ella también.

Emma parpadeó y, para asegurarse de que no oyera más charlas de venganzas sangrientas, Sebastian la condujo lejos de Preston. Salieron del comedor y se dirigieron a una de las salas de estar. Emma se rio con jovialidad y, al verla de ese modo, se olvidó de cualquier pensamiento oscuro.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, la acorraló contra una pared para besarla y deleitarse con sus deliciosos labios hermosos y suculentos. Le introdujo la lengua en la boca y la besó hasta que la sangre le hirvió en las venas y la deseó con tanto ardor, que sintió un dolor en la boca del estómago.

—Eres muy hermosa, duquesa —le dijo mientras comenzaba a descender por su precioso

cuerpo y le besaba el mentón, el cuello, el glorioso escote y los exquisitos senos.

Emma le apoyó las manos en la cabeza y le hundió los dedos en el cabello.

—Duque, alguien podría acabar aquí.

Sebastian le subió la falda del vestido y la pelliza hasta el estómago y dejó al descubierto esas piernas largas y deliciosas de muslos cubiertos con medias blancas.

—Oh, te aseguro que aquí alguien acabará —le dijo y se acercó al triángulo de vello en la entrepierna. Luego, se acomodó una pierna por encima del hombro y le separó los pliegues antes de acercarle la boca al delicioso sexo—. Serás tú, mi amor.

—Oh… —gimió mientras le exploraba los pliegues suaves y encontraba su clítoris para dibujarle círculos con la lengua.

Le introdujo un dedo y notó que ya estaba muy húmeda y lista para él. La sintió tensarse a su alrededor. El miembro se le endureció al tiempo que la sangre se le encendía por ella. Le siguió dando placer hasta que la sintió estrecha y lista para acabar.

Luego se apartó, se puso de pie, la recogió en sus brazos y le envolvió las piernas alrededor de la cintura.

—No podía esperar a la noche de bodas —le dijo al tiempo que acercaba el miembro a la entrada cálida y húmeda.

—Yo tampoco —le confesó sonrojada. Era tan hermosa. Le encantaba verla de ese modo.

Con un movimiento ágil se enterró en la profundidad dulce y estrecha y soltó un gruñido de lo bien que se sentía allí. Era perfecta para él. Era su luz. Su felicidad. Su corazón.

Emma se aferró a su cuello con los dos brazos. Oh, la iba a tomar de ese modo y embestirla contra la pared. Estaba muy excitada y lo deseaba. Mientras la penetraba, no le quitó los ojos de encima.

—Ahora estamos casados. Eres mía. ¿Aún quieres que acabe afuera?

Emma ladeó la cabeza y soltó un gemido.

—Quiero tener niños, Sebastian. Quiero tener hijos tuyos…

Las palabras lo deshicieron y supo que estaba a punto de perder el control. Pero aún podían llegar al orgasmo juntos. Soltó un gemido y comenzó a embestirla como un animal salvaje. Sintió cómo se incrementaba el placer al tiempo que su esposa se tensaba alrededor de él.

Esa sería la primera vez que acabaran juntos. Cuando la sintió estremecerse y temblar en sus brazos, se derramó en su interior soltando un gemido. El orgasmo fue como un solo aliento, como si se hubieran convertido en un solo ser. Emma se hundió contra su cuerpo jadeando. Sebastian la recogió y la llevó hasta el sofá mientras ella Emma se acurrucaba contra él y le apoyaba la cabeza en el hombro, para permitirle que le besara la coronilla e inhalara su aroma celestial.

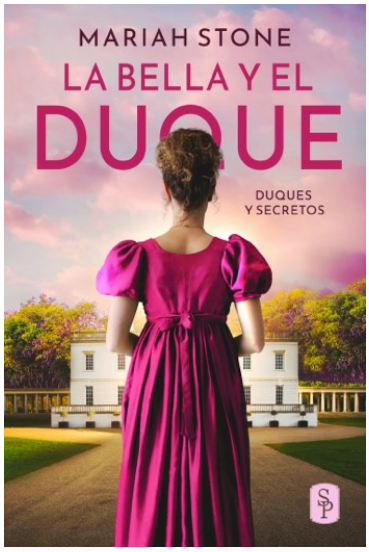
—¿Te gusta esta prisión, mi amor? ¿La prisión de este matrimonio conmigo?

Emma alzó la mirada de ojos destellantes para verlo.

—Será un gusto cumplir la condena en esta prisión perpetua de placer contigo, mi amor.

Gracias por leer VENDIDA AL DUQUE. Si disfrutaste de nuestra precuela de la serie DUQUES Y SECRETOS, descubre qué sucede a continuación en el primer libro de la serie, LA BELLA Y EL DUQUE.

Un duque solemne. Un libertino infame. Movilizado por la pena, obliga a la hija de su enemigo a casarse por venganza. Y ahora está a punto de



perder el corazón.

★★★★★ *"¡Simplemente maravilloso! Penélope y Preston son dos de mis personajes favoritos, ¡de siempre!"*

Lee LA BELLA Y EL DUQUE ahora >

¿Te apetece un Highlander?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER**.

Impresionante, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

★★★★★ *"¡Una de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"*

Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

O quédate en el Londres de la Regencia, y sigue leyendo para un extracto de LA BELLA Y EL DUQUE.

LA BELLA Y EL DUQUE, Capítulo 1

Londres, 1813

—Es el primer baile de la temporada en Almack's —declaró el padre de la señorita Penelope Beckett mientras entraban juntos en la magnífica sala de baile—. ¿No estás contenta de que tu padre se las haya ingeniado para conseguirte una invitación?

Penelope se tomó la falda con las manos sudadas cubiertas por los guantes que le llegaban hasta los codos.

—Por supuesto, padre —repuso intentando mantener un tono de voz firme—. Es el baile más exclusivo de Londres.

La espaciosa habitación estaba ajetreada debido a la multitud de cientos de damas y caballeros vestidos con prendas elegantes. Los accesorios con plumas de las mujeres se mecían cuando se movían, mientras que la luz de las incontables velas y los dos candelabros de cristal de dos niveles centelleaba sobre los paneles de vidrio oscuros de las seis ventanas con forma de arcos. Unas elegantes cortinas de color azul pastel bordeaban las ventanas detrás de los bastidores con exquisitos ornamentos.

Las extensas paredes albergaban varios compartimientos separados por columnas de mármol rosado adornadas con patrones en espiral. En algunos de los compartimientos se exhibían esculturas de estilo romano de atractivos hombres semidesnudos. Penelope deseaba tener un lápiz y un papel a mano para poder hacer un esbozo. En otros había espejos de estilo rococó que creaban la ilusión de un espacio más grande. Varias secciones de las paredes estaban decoradas con frisos, festones y páteras, los platos poco profundos que se utilizaban en la antigua Roma.

Los doce bailes que tenían a lugar en Almack's todas las temporadas no solo eran los eventos más exclusivos, sino también los más importantes para las damas solteras en busca de un marido. Sin embargo, Penelope tenía otro objetivo en mente.

Jugueteó con el lóbulo de sus orejas para intentar calmar los nervios. Tras tres temporadas fallidas, de seguro la habían tildado de solterona indeseada y pasada de moda. Para ella se abría otro camino. La duquesa de Ashton, una de las patronas de las artistas femeninas más apasionadas de Londres, acudiría al evento. Si le presentaban a la duquesa, Penelope podría tener la esperanza de exhibir su arte y quizás comenzar una carrera como artista. ¿Quién necesitaba un marido para eso?

A su lado, se encontraba su prima, la señorita Alexandria Beckett, que observaba todo con la misma fascinación que Penelope. Alexandria era una mujer hermosa con rasgos dulces y bien definidos y tenía el cabello peinado con pequeños rizos. Se veía hermosa con el vestido de gala de color lila pastel.

—Me alegra estar aquí, padre —agregó Penelope mientras se adentraban en la sala de baile. Su padre ignoraba el verdadero motivo de su entusiasmo. Con la mirada, escaneó a los invitados en busca de una dama de unos cincuenta años con el cabello blanco y negro y los ojos oscuros a la que había visto en alguna que otra ocasión en ciertos eventos sociales, pero a la que jamás le habían presentado formalmente.

En lo alto, desde la galería de los músicos, una orquesta tocaba un vals inglés. En la habitación se oían los murmullos de varias conversaciones y se olían los aromas a vino, perfume y transpiración.

—Pero ¿cómo logró conseguir una invitación? —le preguntó Penelope—. ¿Y por qué ahora, si debuté hace tres temporadas?

A pesar de que la consideraban una solterona, su padre, un hombre barrigón y de estatura baja de unos cincuenta años, debía seguir considerando la idea de casarla. Cuando apretó los labios, se le formaron unas arrugas en las mejillas. Había perdido parte de su atractivo tras la muerte de su esposa, quizás debido al exceso de oporto y coñac y a las noches que pasaba en vela lejos de casa. La miró con los ojos celestes y amarillentos entrecerrados. La peluca empolvada, una moda del siglo anterior, se le estremeció como cada vez que se enfadaba.

—¿No estás agradecida de que logré conseguirte una invitación? —le preguntó—. Me atrevería a decir que me costó unos cuantos favores, pero los hice.

A Penelope se le ciñó el pecho. ¡Cómo deseaba que su madre siguiera viva! Su padre siempre había sido un mejor hombre en su presencia. Desde su muerte, parecía como si su padre apenas lograra reparar en la existencia de su propia hija. Hacía un tiempo, le había prohibido seguir cultivando su interés por el arte y le había explicado que el único deber de una mujer era criar hijos. A pesar de eso, sus ausencias frecuentes le habían permitido seguir pintando y dibujando.

—¿Dónde tienes la tarjeta de baile? —le preguntó—. Veo que el vizconde de Bridgemere se está acercando.

Una sensación devastadora hizo que se le formara un nudo en el estómago. «Oh, no empecemos de nuevo…», rogó en silencio. Si su padre había recurrido a tantos favores para llevarla a Almack's, de seguro estaba determinado a buscarle un marido. Y, si ello llegaba a suceder, era muy probable que su futuro marido, al igual que la mayoría de los hombres de esa época, compartiera la opinión de su padre y le prohibiera desarrollar sus habilidades artísticas.

Un hombre alto con una barriga redondeada y hombros angostos los saludó. Como la dama educada que era, Penelope le ofreció la forzada sonrisa intensa que solía usar en esos bailes y le dejaba el rostro rígido al final de la velada. Al final de cuentas, era la hija de su madre y no avergonzaría a su padre ni mancillaría el nombre de la familia.

—Bridgemere —lo saludó su padre y esbozó una sonrisa ancha que Penelope no solía ver en él—. Permítame presentarle a mi hija, la señorita Penelope Beckett, y a mi sobrina, la señorita Alexandria Beckett.

Con los ojos abiertos de par en par, Bridgemere la recorrió con la mirada de pies a cabeza, y luego hizo un gesto de asentimiento. El extraño brillo que le vio en los ojos la hizo estremecer.

—Señoritas Beckett —las saludó apenas dirigiéndose a Alex—. Es un placer conocerlas. —Se volvió hacia su padre—. Como suelen decir, *lord* Beckett, su hija es toda una belleza.

Penelope miró anonadada a Alex, que abrió los ojos de par en par. ¿Sería que había oído bien? ¿La sociedad no la había tildado de novia pasada de moda o de solterona?

A pesar de que estaba confundida, quería ser amable, por lo que agrandó la sonrisa hasta que le dolieron las comisuras de los labios.

—¿Qué le parece el baile, *milord*? —le preguntó al vizconde de Bridgemere.

—Me atrevería a decir que he tenido el privilegio de asistir a bailes mejores —respondió apartando la mirada—. Las rebanadas de pan son demasiado delgadas y la mantequilla demasiado espesa para mi gusto. Y los pasteles secos siempre me producen acidez en el estómago.

Hablaba con un tono de voz bajo y monótono, y a Penelope se le tensó el mentón de contener un bostezo. Le echó un vistazo a su prima, que arqueó las cejas y ocultó una sonrisa con sutileza.

—Ya veo —dijo Penelope—. Espero que se sienta mejor. —Luchando por encontrar un tema de conversación, añadió—: Quizás un poco de té le siente bien.

—Quizás —asintió y la volvió a mirar. Penelope mantuvo la sonrisa intensa—. Oh, por todos los cielos, tiene una sonrisa de lo más encantadora, señorita Beckett. ¿Me concede el honor del siguiente baile?

Penelope abrió la boca con la esperanza de pensar una razón para rechazarlo, pero al cabo de varios instantes, no se le ocurrió ni una.

—Claro. Será un placer.

Luego de eso, se quedaron en silencio. Por algún motivo, el vizconde parecía reacio a dejar su lado. Alentados por su padre, varios hombres más se le acercaron. En los siguientes diez minutos, le habían pedido tres bailes más. Mientras miraba el salón de baile en busca de alguna excusa para apartarse de él, se quedó petrificada.

A solo tres metros de distancia, la duquesa de Ashton hablaba con la duquesa de Grandhampton, una dama agradable en extremo. Era la abuela de Spencer, el difunto duque de Grandhampton, uno de los mejores amigos que había tenido en la sociedad.

Spencer… el recuerdo del increíble y maravilloso hombre aún le producía gran pesar en el pecho. Había recibido la noticia de su muerte en septiembre y no había podido creerla. Echaba de menos las conversaciones con el duque. Tenían gustos similares en arte, y él siempre la había alentado a conseguir sus metas. Era la única persona a la que le había confiado sus ambiciones, y él la había apoyado. Siempre había sentido que podían hablar de lo que fuera. Spencer le había dicho lo mucho que admiraba su punto de vista independiente, y también sostenía que una mujer no necesariamente debía casarse y que él mismo pensaba que las mujeres deberían disfrutar de los mismos privilegios que los hombres.

Por supuesto que sabía que jamás había estado interesado en ella más allá de la amistad. Era un reconocido libertino, y las mujeres que conquistaba eran mucho más experimentadas que ella. Pero a su padre no le gustaba ni que hablara con él ni que pasara tiempo en su compañía. Le había mentido al menos en dos ocasiones en las que el duque la había ido a visitar y le había dicho que no se encontraba en casa.

El duque le había presentado a su abuela, y si lograba liberarse del círculo de hombres que la rodeaba como moscas, podría dirigirse a la duquesa para saludarla. Sin dudas, la duquesa de Grandhampton le presentaría a la duquesa de Ashton.

No obstante, primero se vio obligada a bailar los tres bailes que prometió. Mientras bailaba, se dio cuenta de que casi todos los hombres, tanto jóvenes como mayores, la miraban fijo. Hablaban entre ellos, y los ojos les brillaban. Se concentraban en su pecho y en sus piernas que se movían bajo el vestido mientras bailaba.

¿Qué había pasado? En las dos temporadas anteriores, había hecho todo lo posible para evitar cualquier tipo de conexión romántica porque temía que un marido le prohibiera pintar como lo hacía su padre. ¿Cómo podría haber dejado de ser una de las jóvenes más insignificantes en el mercado matrimonial para convertirse en el centro de atención del baile?

Cuando el último baile llegó a su fin de una buena vez, le agradeció a su pareja, aplaudió a los músicos y se volvió a estudiar a los invitados en búsqueda de la duquesa de Grandhampton.

Alex se le acercó.

—¿Cómo estuvo el baile? —le preguntó con suavidad y se le acercó.

Antes de que Penelope pudiera responder, el aplauso se acalló y todos los presentes guardaron silencio al tiempo que clavaban la mirada en la puerta de entrada.

La multitud se abrió frente a un hombre, como el mar lo había hecho para Moisés, y un estremecimiento la recorrió entera. Era un caballero alto y tan atractivo que era difícil mirarlo. Llevaba un corte de cabello de moda, con un estilo medio despeinado, unas patillas cortas y el

tono tan oscuro como el de Spencer. Tenía rasgos entallados, un mentón cuadrado y una nariz recta. Bajo una frente alta, unas fuertes cejas se arqueaban sobre un hermoso par de ojos de color ónix y unas pestañas largas y curvadas por las que cualquier dama moriría. Tenía una boca ancha y recta con labios suculentos y un mentón prominente.

Las anfitrionas, *lady* Jersey, *lady* Castlereagh y la condesa de Lieven, las patronas de Almack's, avanzaron hacia él.

—Es el nuevo duque de Grandhampton —susurró Alex mientras las dos miraban a las tres damas que saludaban al duque—. El hombre más rico de Inglaterra. Y el más libertino.

Sin embargo, Penelope sabía que no era tan terrible como su hermano mayor. Spencer le había hablado de su hermano Preston. Y ella lo había visto en algunos bailes. El nombre de los Seaton era muy respetado, la familia tenía un linaje que se remontaba a la guerra de las Dos Rosas. Arrogantes y atractivos, los tres hermanos tenían reputaciones infames. Y, aunque todos querían que sus hijas se casaran con un duque, era más probable que esos hombres mancillaran la reputación de las damas a que se casaran con ellas. A pesar de eso, cualquier madre casamentera soñaba con que su hija conquistara a uno de los libertinos y se convirtiera en la esposa de un duque.

—Ya lo sé —dijo Penelope, y el corazón le martilleó en los oídos tan alto que apenas podía oír su propia voz.

Por su parte, Preston apenas reparaba en las mujeres que lo rodeaban mientras observaba los rostros entre la multitud y se abría paso entre los invitados.

Cuando su mirada se posó en Penelope, hizo que se le acelerara el corazón en el pecho y se sintiera como un conejo delante de una cobra. Siempre le había parecido un hombre misterioso, taciturno e intimidante. Además, por algún motivo, parecía sentir mucha aversión hacia ella. Cuando sus ojos se encontraron, sintió como si las llamas de su desdén la redujeran a cenizas. No podía entender por qué la detestaba tanto.

Mientras el duque se acercaba, su padre apareció al lado de ella como por arte de magia. Varias personas les dirigieron miradas llenas de curiosidad tanto al duque como a Penelope, y eso le produjo una sensación de inquietud.

—*Lord* Beckett —saludó el duque al detenerse delante de su padre.

—*Milord* —lo saludó su padre con un tono de voz extraño. Penelope notó que su padre repiqueteaba el pie nervioso contra el suelo y una rodilla le temblaba. Parecía evitar mirar al duque a los ojos, y ella entendía por qué—. No esperaba verlo aquí hoy.

El duque era por lo menos una cabeza más alto que ella y se le ceñía encima como una torre oscura.

—Hummm —respondió antes de volver a concentrarse en ella.

Allí estaba, la extraña furia gélida en lo más profundo de sus ojos. Sintió la necesidad de huir de él, pero se encontraba paralizada. De pronto, el enorme salón de baile destellante se sintió como una jaula que se encogía a su alrededor, y se le hizo difícil respirar.

—¿No me va a presentar a las dos damas, *lord* Beckett? —dijo sin quitarle la mirada de encima.

A su padre se le tensó el mentón al tiempo que apretaba los dientes.

—Mi hija, la señorita Penelope Beckett, y mi sobrina, la señorita Alexandria Beckett. Y el duque de Grandhampton. —Su padre la tomó del hombro y se la acercó—. Con permiso, *milord*, tengo que presentarle mi hija a…

Sin embargo, el duque no lo dejó terminar.

—¿Me concede el honor del próximo baile, señorita Beckett?

Penelope tragó con dificultad. Todos los instintos le gritaban que huyera. Pero si lo rechazaba, tendría que rechazar a todos los demás. Y lo ofendería. Lo cierto era que no podía ofender al hermano de Spencer. La tristeza que le provocaba la ausencia de su amigo parecía un aguijonazo en el corazón.

Todo iría bien. Solo tendría que sobrevivir a un baile. Nada más. Luego regresaría a su misión: intentar hablar con la duquesa de Ashton.

De modo que volvió a esbozar la sonrisa para la sociedad.

—Será un placer.

El duque asintió con la cabeza y le apartó la mirada.

—Oh, abuela —dijo, y por primera vez desde que entró la mirada dura se le derritió—. Has venido.

—Así es —repuso la duquesa de Grandhampton al tiempo que se les acercaba. Llevaba el cabello gris plata recogido en un peinado pasado de moda con muchos rizos. Vestía un atuendo violeta y se apoyaba sobre un bastón. Tenía el rostro de una mujer que envejecía con gracia y había sido hermosa en su juventud—. Señorita Beckett, se ve encantadora esta noche. Le presento a mi vieja amiga, la duquesa de Ashton.

A Penelope por poco le da vueltas la cabeza al ver los amables ojos de color chocolate de la mujer que reflejaban tristeza. Se veía hermosa con el atuendo de moda de color escarlata de mangas abullonadas que resaltaban la perfección de su tez.

—Es un placer conocerla, duquesa —logró decir Penelope—. Le presento a mi padre, *lord* Beckett, y a mi prima, la señorita Alexandria Beckett.

Esa era su oportunidad. Por fin estaba conociendo a la mujer que podría cambiarle la vida.

—El placer es mío, señorita Beckett. —La duquesa asintió—. Es maravilloso conocerlos a los tres. ¿Es su primera vez en Almack’s?

—Así es.

—¿Y cómo lo están pasando hasta ahora?

—Espléndido. —Le sonrió a la duquesa—. No me contuve de admirar las estatuas. Ojalá pudiera dibujarlas.

—¿Acaso es una artista? —le preguntó la duquesa con curiosidad.

—No, le aseguro que no —intervino su padre—. Mi hija no es ni será nada por el estilo. Como todas las mujeres, un día será una esposa y una madre.

La curiosidad que habían reflejado los ojos de la duquesa se apagó y se le formó una arruga entre las cejas. A Penelope se le encendieron las mejillas y se sonrojó. Por todos los cielos, cómo deseaba que el suelo se abriera y se la tragara como una bestia del mar. Con solo tres oraciones, su padre podría haber arruinado la rara oportunidad de hacer una conexión importante en el mundo del arte.

—Y entonces, ¿para qué las quería dibujar, señorita Beckett? —le preguntó la duquesa.

Penelope abrió la boca para responder, pero su padre la interrumpió.

—Para complacerla, *milady* —repuso su padre—. A mi Penelope solo le importa la felicidad y la comodidad de los otros. Es igual que su difunta madre. Como cualquier mujer debería ser.

Penelope sintió la cálida mirada del duque sobre la piel. Ahora sería otra excelente oportunidad para que el suelo se la tragara. ¡Lo antes posible!

Pero antes de que pudiera añadir nada para defenderse o salvar su reputación ante los ojos de la duquesa, anunciaron el siguiente baile.

—¿Vamos? —le preguntó el duque…

¡Sigue leyendo LA BELLA Y EL DUQUE ahora mismo!

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

En Inglés

CALLED BY A VIKING SERIES (TIME TRAVEL):

Viking's Temptation (prequel)—grab for free!

Viking's Desire

Viking's Claim

Viking's Bride

Viking's Love

Viking's Captive

FATED (URBAN FANTASY):

Age of Wolves

Age of Ice

Age of Fire

A CHRISTMAS REGENCY ROMANCE:

Her Christmas Prince

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, incluyendo su popular serie de regencia Duques y secretos, su serie de romance histórico Al tiempo del highlander y sus apasionantes novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah escribe sobre mujeres fuertes que se enamoran de sus almas gemelas a través del tiempo. Sus libros están disponibles en todo el mundo en varios idiomas, en formatos de e-book, impresos y audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah para obtener hoy mismo un libro de romance histórico gratis! en https://mariahstone.com/es/

